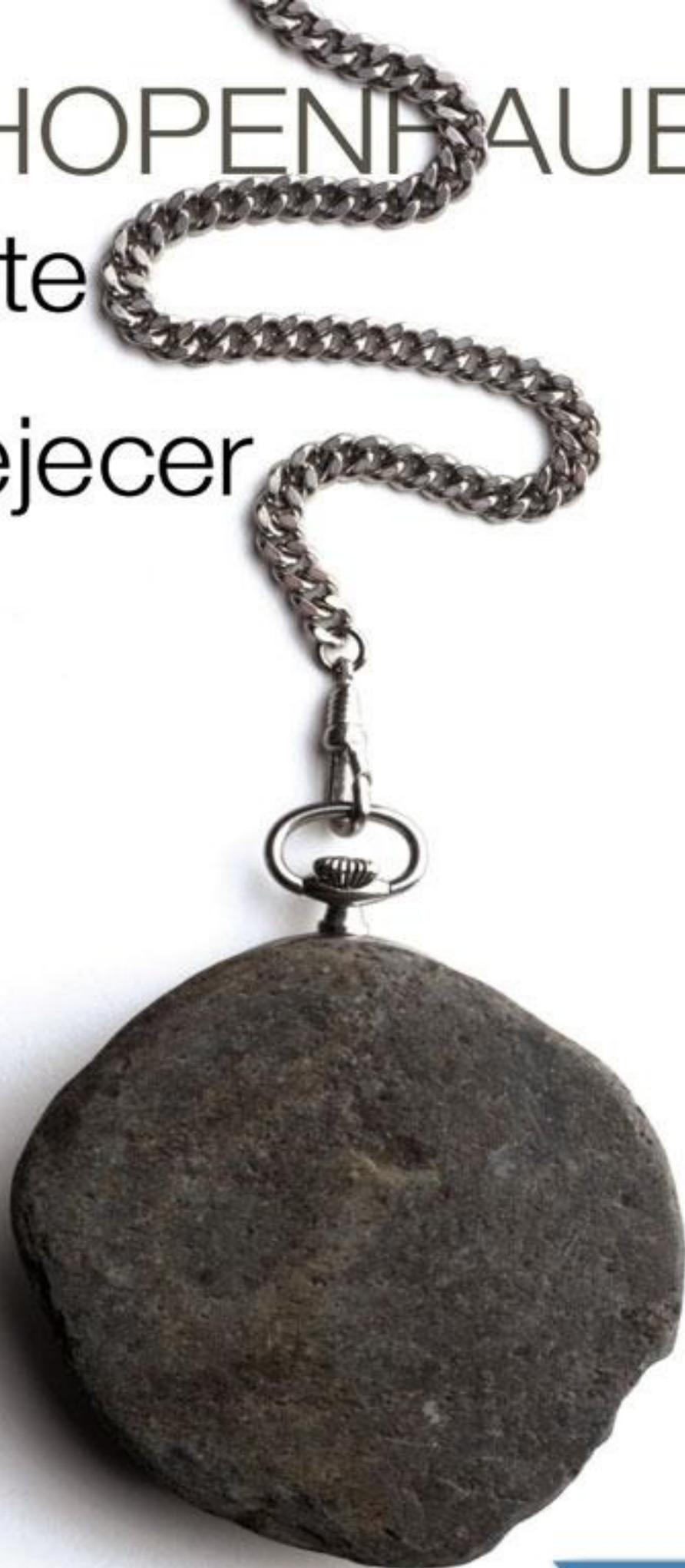


SCHOPENHAUER

El arte
de
envejecer



Lectulandia

Durante los últimos ocho años y medio de su vida, Arthur Schopenhauer (1788-1860) fue reuniendo en un apretado volumen que tituló *Senilia* los frutos de sus habituales meditaciones, observaciones y reflexiones, en lo que constituía su particular remedio espiritual para hacer más llevadero, o incluso agradable, el momento en que «el Nilo llega a El Cairo». Preparado y prologado por Franco Volpi, *El arte de envejecer* reúne una selección de 319 fragmentos de aquella obra, seleccionados por su especial interés y amenidad, en lo que constituye una inteligente y sagaz defensa de la edad avanzada a cargo del padre del pesimismo.

Lectulandia

Arthur Schopenhauer

El arte de envejecer

ePub r1.0

Titivillus 27.01.16

Título original: *Die Kunst, alt zu werden, oder Senilia*
Arthur Schopenhauer, 2009
Traducción: Adela Muñoz Fernández
Edición, introducción y notas: Franco Volpi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

Cuando el Nilo llega a El Cairo

por Franco Volpi

1. Un manuscrito inédito: las últimas palabras de Schopenhauer

Entre los papeles póstumos del viejo Schopenhauer se encuentra un volumen con más de 200 páginas, de las cuales 150 son de compacta escritura. Se trata del último de los denominados «manuscritos», en cierto modo un testamento filosófico, cuyo comienzo reza así: «Este libro se titula *Senilia*, comenzado en Frankfurt a. M. en abril de 1852».

Durante aproximadamente ocho años y medio y hasta su muerte, la cual le sorprendió el 21 de septiembre de 1860, el viejo pensador fue reuniendo día tras día los frutos de sus habituales meditaciones: citas, reflexiones, recuerdos, meditaciones científicas, observaciones psicológicas, insultos y diatribas contra sus enemigos, bosquejos y planes, reglas de conducta y máximas para la vida. Son las últimas gotas de la sabiduría que le ofrece el filosofar: una medicina espiritual que le hace más llevadero, incluso agradable, el envejecer. Él la lleva consigo como un soporte ante la inevitable aproximación de la *ultima linea rerum*, con el sentimiento resignado que otorga la calma de saber que «el Nilo llega a El Cairo»^[1].

Pero eso lo sabemos demasiado bien: en realidad la filosofía no resuelve los problemas. Ella instruye, en todo caso, sobre cómo sobrellevarlos hasta cierto punto. Con respecto a la vida, madre de todos los problemas, Schopenhauer tenía ya, desde sus años juveniles, las ideas claras: solo los necios esperan hasta hacerse mayores y ponerse enfermos para meditar sobre la miseria de la *conditio humana*. Como le explicó a Wieland, el «Voltaire alemán», quien, con ocasión de su primer encuentro en 1811 le había desaconsejado seguir el áspero, inseguro camino de la filosofía: «La vida es una cosa precaria: me he propuesto pasarla reflexionando sobre la misma»^[2].

2. Escéptico y pesimista...

Consecuente con ello Schopenhauer había diseñado en su obra principal, *El mundo como voluntad y representación*^[3] [*Die Welt als Wille und Vorstellung*], un sistema filosófico en el cual la vida es concebida como mero fenómeno y mera manifestación de «la cosa en sí». A diferencia de Kant y de los postkantianos no deja, sin embargo, indefinido este concepto, como una frontera intraspasable de las argumentaciones metafísicas, sino que define la cosa en sí como voluntad: no en el sentido de la disposición individual a través de la cual el sujeto se afirma e impone, sino en el sentido de una fuerza ciega, irracional e insondable que dirige todo y que se sitúa en el origen de todas las cosas. La vida resultante de una voluntad así concebida no puede servir a ningún fin ni tener ningún sentido racional. Toda finalidad, toda teleología, todo orden y organización que creemos reconocer en ella, se revela como algo engañoso. Todo eso conforma el perpetuo fantasma de la existencia, la ceguera inevitable que dota cada proyecto de vida y cada tarea vital con la ilusión de un

significado. En verdad, todo ello conlleva solo la inagotable e inevitable manifestación de la voluntad para expresarse; a la cual el ser humano intenta imponer inútilmente una forma. La vida consiste en privación, miseria, necesidad, en pesar y preocupación, tensión y ambición, esfuerzo y dolor. Y si, por un momento, parece que podamos darnos por satisfechos con la consecución de un objetivo o por haber calmado un deseo, entonces surge de repente, apenas gozado de ello, el sentimiento de hartazgo y de aburrimiento. Por último sobreviene una sensación reveladora que se hace sentir cuando menos se la espera, para recordarnos que la vida consiste en una insignificante bagatela carente de contenido.

La conclusión de Schopenhauer es radical: *la vida no es bella*, sino algo que oscila continuamente entre el dolor y el tedio. Y para hacer este destino aún más cruel y tortuoso, pende sobre cada existencia individual la certeza de la derrota final. Y cuando la conciencia de esta certeza aumenta, se acrecienta también el dolor. El filósofo, a quien la inteligencia ha condenado con una conciencia plena, está inevitablemente sentenciado a ser desgraciado: *qui auget scientiam, auget et dolorem*, declama el Eclesiastés (1, 18). Al final de la existencia la balanza se mantiene firme tanto si se ha sido bueno o malvado, alegre o desdichado, espléndido o miserable: «La vida es un negocio cuyos costes no se cubren»^[4].

3. ... y, sin embargo, feliz sin haberlo esperado

Pero nada resulta más imprevisible que la vida. Nada puede sorprendernos tanto, para bien o para mal, en la felicidad o en la desgracia. Y esto le ocurrió también al maestro del pesimismo. En contra de lo esperado y más allá de toda expectativa, el último periodo de vida le deparaba un derroche de alegrías y satisfacciones. Las derrotas y humillaciones sufridas en la juventud, la carrera académica estrellada ante la obstinada oposición de Hegel, el terco y largo silencio mantenido sobre su obra por los filósofos de la universidad, todo ello palideció en los años de la vejez hasta convertirse en un recuerdo que ya no inquietaba seriamente su ánimo. Como compensación a las injusticias soportadas se presentaba —tarde, pero aún a tiempo— eso que él, con la distancia irónica, denomina la «comedia de mi fama»^[5].

Una casi interminable comedia. Desde que Jean Paul había reseñado en su *Kleinen Bücherschau* el primer volumen de *El mundo como voluntad y representación*, las breves pero bien intencionadas palabras del escritor romántico causaron el mismo efecto que las piedrecillas que se arrojan en un charco: como círculos concéntricos la fama de Schopenhauer comenzó a extenderse de una forma imparable.

Un primer indicio de que el destino estaba cambiando, y de que la fortuna comenzaba a sonreírle al pesimista del mundo, ocurrió con ocasión del éxito obtenido por una propuesta suya: para el proceso de preparación de las obras completas de

Kant propuso incluir la primera edición de la *Crítica de la razón pura* [*Kritik der reinen Vernunft*] en lugar de la segunda, la cual había sido desfigurada —a su juicio— por las intervenciones de un Kant ya anciano. Su propuesta, contenida en una «*epistula exhortatoria*» fechada el 24 de agosto de 1824, y que finaliza con un «*dixit et animam salvavi*», fue acogida por los editores Karl Rosenkranz y Wilhelm Schubert. Ambos eran profesores en la universidad de Königsberg, es decir, pertenecían al «condenado gremio» que, hasta ahora, había participado en el ostracismo declarado contra él.

En 1839 la Real Sociedad Científica Noruega había premiado en Trondheim su escrito *Sobre la libertad de la voluntad*^[6] [*Über die Freiheit des menschlichen Willens*]. En 1844 se publicó la segunda edición de *El mundo como voluntad y representación*, la obra principal que en 1819 apenas fue vendida y, por tanto, acabó siendo reducida a pasta de papel. En 1846 se volvió a imprimir con una edición considerablemente ampliada, su tesis doctoral *Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente* [*Über die vierfache Wurzel des Satzes vom zureichenden Grunde*].

En 1851 apareció *Parerga und Paralipomena*, cuyo primer volumen contenía los sagaces y fascinantes *Aforismos sobre el arte de vivir*^[7] [*Aphorismen zur Lebensweisheit*]. Aunque la obra fue publicada por un editor apenas conocido, pronto se impuso como una de las lecturas filosóficas favoritas de su tiempo. A su éxito contribuyeron especialmente dos opiniones muy favorables de un notable crítico inglés, John Oxenford (1812-1877), quien, en primer lugar, reseñó el libro en su *Westminster Review* (1852) y, posteriormente, publicó el ensayo *Iconoclasm in German Philosophy* (1853), en el cual elogiaba a Schopenhauer como «el más genial, ingenioso y ameno» escritor y oponía su filosofía a la metafísica nebulosa del idealismo alemán. Ambos artículos, traducidos por Otto Lindner para el *Vossische Zeitung* berlinés, afianzaron su reconocimiento definitivo en Alemania. Incluso en la renombrada *Revue des deux mondes* apareció una reseña firmada por Saint René Taillandier (1856). Poco después le seguiría el famoso artículo de Francesco De Sanctis, *Schopenhauer e Leopardi* (1858)^[8].

De todas partes le llovieron, en un continuo *crescendo*, los reconocimientos y homenajes que la vida durante tanto tiempo le había escamoteado. La multitud de discípulos, admiradores y lectores era cada vez mayor y más convincente. En 1853 incluyó Johann Eduard Wagner un capítulo completo sobre el pensamiento schopenhaueriano en su voluminosa historia de la filosofía *Die Entwicklung der deutschen Spekulation seit Kant*. Richard Wagner le dedicó en 1854 *El anillo del nibelungo* (*Ring des Nibelungen*) como muestra de «veneración y agradecimiento» por todo lo que su música le debía a *El mundo como voluntad y representación*. En el mismo año se tuvieron que reimprimir *Sobre la voluntad en la naturaleza* y el tratado *Über das Sehnen und die Farben*. En 1856 anunció la Facultad de Filosofía de la Universidad de Leipzig un concurso sobre la mejor presentación crítica de su

filosofía. En mayo de 1857 Friedrich Hebbel se desplazó hasta Fráncfort para conocerlo personalmente. En 1858, con ocasión de la celebración de su setenta cumpleaños, la Real Academia de las Ciencias de Berlín le propuso el nombramiento como miembro ordinario, pero, famoso como ya era, se permitió el lujo de rechazarlo. Inmediatamente después apareció la tercera edición de *El mundo como voluntad y representación*, por la cual cobró por primera vez incluso unos honorarios.

Con la llegada de la fama creció también el interés por su persona. Conocidos pintores —como Jules Luntenschütz, Julius Hamel y Angilbert Göbel— solicitaron retratarle: de medio cuerpo, como él deseaba, ya que si había merecido la fama con sus creaciones intelectuales, estaba convencido de que era su cabeza la que debía ser, ante todo, retratada. Schopenhauer, como el filósofo en plena actualidad que era, se dejó eternizar en algunos daguerrotipos que, en aquel tiempo del comienzo de la fotografía, comenzaban a circular.

Dulcis in fundo: en octubre de 1859 se presentó en su casa la encantadora escultora Elisabeth Ney. Después de haber modelado a celebridades de su época como Alexander von Humboldt, Jacob Grimm y Karl August Varnhagen von Ense, quería elaborar un busto del famoso pesimista del mundo. El viejo filósofo depuso su brusca resistencia inicial y se dejó conquistar. Satisfecho escribe a Ottilie von Goethe que Ney es una joven dama de «24 años, muy guapa e indescriptiblemente amable y original»: aparte del retrato, le corresponde con su donaire en esos últimos días que le ha concedido la vida^[9]. Al músico Robert von Horstein le cuenta dichoso: «Ella trabaja durante todo el día en mi casa. Cuando regreso de comer bebemos juntos café, sentados el uno junto al otro en el sofá, entonces me parece como si estuviera casado»^[10]. Y él escaló la cima de la satisfacción cuando ella le propuso, para embelesarlo, modelar también a su pudel, a quien el viejo filósofo amaba como a un ser humano.

Así se encontró el «Kaspar Hauser» de la filosofía —al cual se le había privado con tanto esmero durante casi cuarenta años de luz y aire, como él mismo se lamentaba— en la vejez situado en el centro de atención^[11]. Y de aquel misántropo y criticón devino, inesperadamente, un anciano sabio, feliz y satisfecho.

4. Filosofía práctica y cuidado de sí mismo

De esta forma le encontramos en el *Senilia*. En sus últimas anotaciones y fragmentos aparece como el maestro del arte de vivir, mostrando familiaridad con las reglas y estratagemas del así llamado *ars bene vivendi*. Resulta evidente que estaba convencido de que la filosofía —esa modificación singular de la vida que posibilita la comprensión y orientación de esta— no debe contemplar la vida desde lejos, describiéndola de una manera teórica y neutral y convirtiéndola, finalmente, en un objeto más entre otros objetos, esto es, «cosificándola». La filosofía no consiste solo

en edificar andamiajes teóricos, indiferentes y ajenos, frente a la vida, sino también en dotar a esta de forma y orientación, esto es, en ser una comprensión práctica de la vida. Como tal la filosofía implica inteligencia práctica y cuidado de sí mismo: esta interpretación del filosofar ha sido, sin embargo, ignorada y sustraída por la tradición universitaria académica y, se trata ahora, de recuperarla y resucitarla.

Pero ¿cómo puede la filosofía aspirar a tal función? Ya hace bastante con formular los problemas de una forma clara, pero idear soluciones no entra en su especialidad. ¿Qué orientación práctica puede, no obstante, ofrecer? Y ¿cómo imagina que puede conseguir aminorar la amargura en la vejez o, incluso, instruirnos sobre cómo sobrellevarla de un modo feliz?

No es posible indicar aquí, ni siquiera en sus puntos esenciales, la historia de la sabiduría de la vida y del cuidado de sí mismo, es decir, aquellos ámbitos de la filosofía que, comúnmente, se denomina «filosofía práctica»^[12]. Sirva para refrescar la memoria que el saber filosófico ha contribuido desde siempre no solo con un puro conocimiento teórico, sino también ha ejercitado una función «conciliadora», aconsejadora y orientadora. El verdadero filosofar capacita para dotar a la propia existencia de una forma lograda; al igual que el artista estampa en su obra de arte una bella forma. El auténtico filosofar dota a la existencia de una estética. Este es el motivo recurrente en la denominada literatura «del cuidado de sí mismo»: ella abarca más que el puro «conocimiento de sí mismo» intelectual^[13], es decir, hace referencia a un conjunto de ejercicios y reglas que ayudan a conducir con éxito la vida. Con relación a este lado práctico de la filosofía se entiende por qué Kant asegura que, sin conocimientos, no es posible llegar a ser un filósofo, «pero solo con conocimientos no se forma un filósofo»^[14]. Esto significa que, si alguien quiere ser filósofo, entonces debe aplicar la teoría al modo de vida correspondiente. De ahí se entiende, asimismo, el interés aparentemente contradictorio de Schopenhauer, el maestro del pesimismo, por la eudemonología o arte de ser feliz. En el campo de la metafísica defiende la tesis de un mundo como *mundus pessimus*; está, sin embargo, convencido de que la filosofía, en su ámbito práctico, puede protegernos de las adversidades de la vida y mitigarnos los pesares que esta nos causa.

5. Old is beautiful

De ahí el «arte de envejecer» que aquí presentamos. Nos encontramos con un reflexivo y consolador acompañamiento para el ocaso de la vida, un vademécum, en el cual se hallan fijados los puntos esenciales de una reflexión práctica que, desde los albores del pensamiento occidental, camina junto a la sabiduría filosófica; y que cobra forma también en una tradición iconográfica, en la cual el filósofo se descubre gustosamente ante las facciones del viejo sabio, quien posee la capacidad de

representarse el último periodo de la vida como una situación deseable^[15].

Desde el perdido *Peri ghéros* de Aristón hasta el *Cato Mayor* o el *De senectute* de Cicerón, desde el *De marcore* de Galeno hasta el *Retardatione accidentium senectutis* y las colecciones de escritos geriátricos atribuidos a Roger Bacon, desde *De sanitate tuenda* de Gerolamo Cardano hasta el *Liber de conservanda iuventute et retardanda senectute* de Arnaldo Villanova, desde el *Makrobiotik oder die Kunst, das menschliche Leben zu verlängern* de Wilhelm Hufeland hasta el encantador *Elogio della vecchiaia* del positivista Paolo Mantegazza, existe una amplia tradición de estudios geriátricos, la cual intenta —mediante un reparto equilibrado entre las *vituperatio* y las *laudatio*, unido a una reflexión sobre la brevedad de la vida y su ocaso— relativizar las desventajas que el envejecer trae consigo, subrayando, en contraste con ello, sus ventajas y oportunidades. Esta tradición nos instruye sobre cómo hacer de la necesidad una virtud^[16].

Es conocido el apotegma atribuido a Sófocles: el gran trágico se alegró de ser viejo, porque se sintió finalmente liberado de los impulsos sexuales, a los cuales se hallaba sometido en fases más tempranas de la vida^[17]. Así pues: cuanto más viejo, tanto mejor. Pero la sentencia de Sófocles fue más bien famosa y transmitida a lo largo de la historia por su paradoja que por su verdad: nadie desea realmente envejecer. Porque, aun cuando la vejez indica sabiduría, también significa agotamiento; y aunque lleve consigo experiencia y prudencia, acarrea asimismo flojera y debilidades para las actividades de la vida diaria. Y por mucho que ofrezca la posibilidad de repartir consejos, son, sin embargo, los jóvenes quienes en realidad viven la vida.

La vejez representa, no obstante, precisamente con relación al cuidado de sí mismo y su desarrollo, el tiempo de la cosecha, el punto de realización de la existencia. El hombre viejo —liberado ya de impulsos y antojos, cuya ambición ha sido ya satisfecha y cuyas obligaciones para con la *vita activa* depuestas, siendo rico en experiencia vital— es aquel capaz de bastarse a sí mismo, de hacer surgir de sí toda satisfacción y dicha, sin tener que buscar nada en lo ajeno, sea en los placeres de la carne, para lo cual no está ya en condiciones, o en la gloria, la *fama mundi*, la cual, o bien ya la ha recibido o ha renunciado a ella. Él es quien, al final, «ha llegado a ser quien es» y se ha reconciliado consigo mismo, ya que se erige en dueño de su persona y se congratula de su autarquía. Su única tarea consiste en permanecer él mismo. Aun sin pretender emular el mito de Matusalén, podemos afirmar: *Old is beautiful*.

A este respecto el anciano no representa al inválido del tiempo ni el envejecer simplemente la decadencia de la vida, cuya llegada deba ser retrasada todo lo posible; no es solo la fase del «marasmo» senil y de la pérdida de las capacidades sensoriales que desemboca en la muerte. La vejez representa más bien la coronación de la existencia, el final positivo para el que uno se prepara y hacia el que se dirige el transcurso de la vida. Si es verdad que ya desde el nacimiento comenzamos a envejecer y que, «tan pronto como un ser viene al mundo, es lo suficientemente viejo

para morir»^[18], en ese sentido *es nuestra tarea, entonces, saber envejecer bien en cada fase de la vida.*

Pero ¿cómo es posible prepararse para ello y llevarlo a cabo de la mejor manera y disposición? ¿Qué nos enseña Schopenhauer para lograrlo? ¿Cómo concibe el arte de envejecer?

6. Ars longa, vita brevis

En *Senilia* observamos, en cierto modo, al maestro del pesimismo ejercitar asiduamente este arte, que parece consistir para él en una actividad que podríamos definir como «biblioterapia»: la lectura profunda de los clásicos de todas las épocas —estrictamente en su idioma original—. Para un lector que entiende realmente de leer, como Schopenhauer, estos clásicos se han convertido en sus contemporáneos, ofreciéndole el mejor vademécum para hacer más soportables las vulgaridades y el tedio de los días. La auténtica lectura —no la mera pose de leer— no es neutral: nos deja más seguros o inseguros, más felices o tristes, más fuertes o débiles, pero nunca en el mismo estado en el que nos encontrábamos antes de comenzar a leer. Nos ofrece la mejor escuela del pensamiento, pues nos obliga a confrontarnos con él sobre aspectos en los cuales no habíamos pensado. Y, del mismo modo que nos sentimos más heroicos ante un desfile militar, así nos sentimos más inteligentes a través de la lectura de un libro inteligente. La lectura de periódicos será, por el contrario, evitada o, como mucho, efectuada en pequeñas dosis: para Schopenhauer resulta un aperitivo de mal sabor. Hegel pensaba también sobre este aspecto justamente lo contrario: la lectura de periódicos sustituye en el mundo moderno a la oración de la mañana.

Pero leer no es suficiente. Según la antigua tradición de aprendizaje la lectura debe ser acompañada por la escritura. Así como las abejas recolectan el polen a lo largo del día, yendo de flor en flor, y cuidando de que al atardecer no se licué, sino que se condense hasta convertirse en miel, existe, del mismo modo, el riesgo de que los frutos de las diferentes lecturas que realizamos a lo largo del día se pierdan si no los recogemos y fijamos en una forma escrita. De ahí que Plinio el Viejo recomiende: «*nulla dies sine linea*», es decir, «ningún día sin una línea» (*Naturalis historia* XXXV, 84).

La biblioterapia y el ejercicio diario de escribir no son otra cosa sino las dos técnicas elementales del dominio y la administración del envejecer. Otras vienen sobreañadidas, que Schopenhauer recoge de la literatura helenística de los epicúreos y de los estoicos (especialmente de Séneca, Epicteto, Marco Aurelio) y de la moralística reciente (Montaigne, La Bruyère, Pascal, La Rochefoucauld, Baltasar Gracián, Vauvenargues, Chamfort). Son las técnicas cotidianas, como por ejemplo, la redacción de un libro de reglas con principios de la conducta y máximas sobre la prudencia que uno se apropia y memoriza para hacer uso siempre de él —*prócheiron*

échein, según la formulación griega o *in promptu habere*, según la latina— como también hace Marco Aurelio al compararlo con el maletín que el cirujano lleva siempre consigo. O como aquella serie de ejercicios intelectuales que comienzan con el *praemeditatio malorum* —la reflexión sobre los males futuros, que no tienen como finalidad la masoquista e inútil anticipación de posibles sufrimientos, sino fortalecer en nosotros el convencimiento de que no se trata de auténticos dolores— y que culmina con el *melete thanatou*, el *commentatio* o *mediatio mortis*.

Estos ejercicios que intentan, incluso, domesticar mediante la sabiduría aquel extremo dolor que representa la muerte, fueron considerados en la Antigüedad como la quintaesencia del ejercicio filosófico (Platón, *Fedón*, 81 a). Dichos ejercicios conforman el origen de la tradición literaria del *ars bene moriendi*, la cual, mientras iba recabando el material proporcionado por escritos antiguos y patrísticos, alcanzó su cumbre en «el otoño de la Edad Media», con obras como *De arte bene moriendi* de Jean Gerson, la tercera parte de su *Opus tripartitum* (1408), o, posteriormente, con el tratado del mismo nombre de Roberto Bellarmino (1620). Esta tradición se sirve de la analogía entre las edades de la vida (desde la infancia hasta la ancianidad), las estaciones del año (desde la primavera hasta el invierno) y las partes del día (desde el amanecer hasta la puesta del sol). Y recomienda vivir la vida como si fuera tan breve como un solo día, y cada día como si en él se hallase contenida una vida entera. Esto quiere decir: vivir cada día como si fuera el último. De este modo podemos esperar alcanzar el éxito en todo aquello que emprendamos, como señaló Séneca con las en cierto modo paradójicas palabras *consummare vitam ante mortem*, es decir, «consumir la vida antes de morir» (*Cartas a Lucilo*, 32): puesto que somos radicalmente seres mortales en el sentido que, mientras somos, no somos todavía, debemos —si aspiramos a ser felices en esta imparable fundición del tiempo— *dotar a nuestra vida de una forma bella y acabada antes de que la muerte nos sorprenda*. Como advierte Epicteto: la muerte sorprende al zapatero mientras cose sus zapatos; la muerte sorprende al artesano mientras modela su figura; la muerte sorprende al marinero durante la navegación. Y tú, ¿en qué actividad quieres que la muerte te sorprenda? Buscala... y, cuando la encuentres, tendrás el principio para lograr una vida feliz.

7. La edad avanzada

Junto al *modus utens* del arte de envejecer que observamos en *Senilia*, ofrece también Schopenhauer un compendio clarificador sobre el *modus docens*. Esto lo encontramos formulado de una forma concisa en el capítulo «De la diferencia sobre las edades de la vida», con el que concluyen los *Aforismos sobre el arte de vivir* y que suministra el marco en el cual deben ser comprendidos los fragmentos aquí presentados.

Como consideración de los cambios «que las edades de la vida nos producen»^[19],

el arte de envejecer es presentado aquí como una complementación imprescindible de la eudemonología o, más generalmente denominado, del «arte de ser feliz»^[20]. Este arte nos ayuda, sometidos como estamos a este valle de lágrimas que es el mundo, a superar «lo mejor que podamos» nuestra existencia.

Al confrontar la juventud y la vejez pondera Schopenhauer minuciosamente los pros y contras de ambas. Puesto que la vida no consiste en otra cosa que en miseria y el dolor resulta la única realidad, está convencido de que los aspectos negativos se reparten de una forma equitativa: «Si el carácter de la primera mitad de la vida viene determinado por el anhelo insatisfecho de la felicidad, de igual modo el carácter de la segunda mitad viene determinado por la preocupación ante la infelicidad»^[21]. En la primera prevalecen ilusiones, sueños y quimeras; en la segunda, el desencanto, en el cual «se destaca la vanidad de todo»^[22]. «En la juventud predomina la opinión, en la vejez el pensamiento: de ahí que aquella sea el tiempo de la poesía y esta más bien de la filosofía»^[23]. En la primera hay «más concepción», en la segunda «más juicio, penetración y fundamento»^[24]. Y mientras en la juventud prevalecen alegría y sociabilidad, la experiencia acumulada en la segunda mitad de la vida deja paso a una inclinación hacia la misantropía. Mientras en la primera la energía de la vida brota a borbotones, en la segunda se va extinguiendo inexorablemente, como el aceite de una vela que pronto se apagará. Así, la vida puede compararse igualmente «con un tejido de punto», el cual uno ve, en la primera mitad de su existencia del derecho, y en la segunda, sin embargo, del revés: este no resulta tan bonito, aunque sí instructivo, porque permite reconocer el entretejido de los hilos^[25]. Para decirlo brevemente: «Solo quien alcanza la vejez recibe una representación completa y comedida de la vida, pues él la abarca de una ojeada en su plenitud y en su transcurso natural, de una forma especial y no meramente como hacen otros, solo desde su comienzo, sino también desde su final, a través del cual reconoce perfectamente la vanidad de la misma»^[26]. Y finalmente: «En otro sentido se puede decir asimismo que: los primeros cuarenta años de nuestra vida suministran el texto; los treinta siguientes el comentario del mismo, el cual nos instruye en la comprensión de su verdadero sentido y cohesión, así como también de su moral y todas sus sutilezas»^[27].

No es verdad, por tanto, que «la juventud constituya el tiempo feliz de la vida», y que «la vejez el triste»^[28]; así como tampoco que «el destino de la vejez sea la enfermedad y el aburrimiento»^[29]. Por el contrario, «la juventud va despedazada de un lado a otro debido a las pasiones, con poca alegría y muchas penalidades. A la atemperada vejez le dejan las pasiones en calma y, seguidamente, adquiere una apariencia contemplativa: pues el conocimiento se libera y se sitúa en lo más alto»^[30]. Podemos decir, entonces «La juventud es el periodo de la intranquilidad; la vejez el del sosiego»^[31]. Y «La vejez conlleva la alegría de quien ha soportado los grilletes durante mucho tiempo y se mueve ahora libremente»^[32]. El anciano dispone, pues, de aquella especial tranquilidad de espíritu que le permite contemplar

seducción, exaltación y dolor desde la distancia. «Esta tranquilidad constituye una parte considerable de la felicidad; es más, constituye, incluso, la condición y lo esencial de ella»^[33].

8. Ultima linea rerum: ¿Qué hacer?

Naturalmente está también el inexorable paso del tiempo, la dureza de la decadencia biológica, el *unus dies par omni*: la muerte, es decir, el único día democrático en el que realmente todos nos igualamos. En la juventud, cuando, por decirlo de algún modo, escalamos la montaña de la vida, no podemos «ver la muerte, porque esta quedó al pie del otro lado de la montaña»^[34]. Pero cuando hemos atravesado la cumbre, «entonces divisamos realmente la muerte, a la que hasta ese momento solo conocíamos de oídas»^[35]. Somos conscientes de su proximidad porque todas las fuerzas de nuestro organismo comienzan a flaquear con aquel suficientemente penoso proceso de «marasmo» que, aunque necesario, resulta incluso benéfico y saludable: «Puesto que la muerte es tan difícil de sobrellevar, [el agotamiento de todas las fuerzas] nos va preparando el terreno. De ahí que la mayor ganancia que conlleva el alcanzar una edad muy avanzada sea la eutanasia, un modo sumamente ligero —y para nada sentido— de morir no provocado por ninguna enfermedad ni acompañado por ninguna convulsión»^[36]. Por lo demás solo queda, en vista de la vanidad de todo, reflexionar sobre si «la vida es una cosa que es mejor dejar tras de sí o tener por delante». Pues como enseña el Eclesiastés: «El día de la muerte es mejor que el día del nacimiento»^[37].

La conclusión de nuestro tenaz pesimista —quien, finalmente, no es más que un optimista bien informado— resulta bastante simple: «Se debe envejecer de una forma elegante, lo demás viene dado»^[38].

La configuración del texto y las ediciones utilizadas de las obras de Schopenhauer

El manuscrito *Senilia* se encuentra entre los escritos póstumos de Schopenhauer y no ha sido, hasta ahora, ni transcrito ni editado de una forma completa. Una selección de 108 fragmentos fue publicada por Arthur Hübscher en su edición de los manuscritos póstumos (volumen IV/2, págs. 1-35); dicha selección contiene solo una fracción del manuscrito, que abarca unas 150 páginas densamente escritas y de difícil lectura.

La edición que presentamos aquí se basa en la primera transcripción completa llevada a cabo por el Dr. Ernst Ziegler (San Gallo) en el marco de un proyecto de investigación dirigido por mí. Ofrece 319 fragmentos, una selección, por tanto, considerablemente ampliada con respecto a la ofrecida por Hübscher, presentada en una forma amena de leer, en la cual se ha prescindido de todo aparato filológico y se han desechado las correcciones internas y la literatura excesivamente especializada, pero que conserva la ortografía y la puntuación originales. En los paréntesis cuadrados se indican las traducciones de las expresiones extranjeras y citas, así como los datos bibliográficos correspondientes. Ernst Ziegler y yo acordamos publicar una edición crítica del manuscrito completo para la editorial Verlag C. H. Beck, con ocasión del 150 aniversario de la muerte de Schopenhauer.

Sämtliche Werke, hg. von Paul Deussen, 13 Bde., Múnich: Piper, 1911-1942.

Die Welt als Wille und Vorstellung, hg. von Otto Weiss, Leipzig: Hesse & Becker, 1919. [Ed. cast.: *El mundo como voluntad y representación* (2 vols.), Madrid: Alianza, 2010].

Sämtliche Werke, hg. von Arthur Hübscher, 7 Bde., 3 Aufl., Wiesbaden: Brockhaus, 1972; 4.^a edición revisada por Angelika Hübscher, Mannheim: Brockhaus, 1988.

Werke in fünf Bänden, hg. von Ludger Lütkehaus, Zúrich: Haffmans, 1988.

Der handschriftliche Nachlass, hg. von Arthur Hübscher, 5 Bde., Frankfurt a. M.: Kramer 1966-1975; reimpresso en Múnich: Deutscher Taschenbuch Verlag, 1985.

Gesammelte Briefe, hg. von Arthur Hübscher, Bonn: Bouvier, 1978.

Die Schopenhauers. Der Familien-Briefwechsel von Adele, Arthur, Heinrich Floris und Johana Schopenhauer, hg. von Ludger Lütkehaus, Zúrich: Haffmans, 1991.

Die Briefwechsel mit Goethe und andere Dokumente zur Farbenlehre, hg. von Ludger Lütkehaus, Zúrich: Haffmans, 1992.

Die Kunst, Recht zu behalten, hg. von Franco Volpi, Frankfurt a. M.: Insel, 1995. [Ed. cast.: *El arte de tener razón*, Madrid: Alianza, 2009 (2002)].

Die Kunst, glücklich zu sein, hg. von Franco Volpi, Munich: Beck, 1999.
Die Kunst, sich selbst zu erkennen, hg. von Franco Volpi, München: Beck, 2006. [Ed. cast.: *El arte de conocerse a sí mismo*, Madrid: Alianza, 2008 (2007)].
Gespräche, hg. von Arthur Hübscher, Stuttgart-Bad Cannstatt: Frommann-Holzboog, 1971.

El arte de envejecer

Este libro se llama *Senilia* y se comenzó en Frankfurt a. M. en abril de 1852

1

El mundo no es algo creado, pues ha existido —dice Ocellos Lucano^[39]— desde siempre, ya que el *tiempo* se halla condicionado por el ser cognoscente y, por lo tanto, por el mundo; así como *el mundo* lo está por el tiempo. El mundo no es posible sin el tiempo, pero el tiempo tampoco lo es sin el mundo; de ahí que ambos sean inseparables y resultaría imposible imaginar siquiera que existiese un tiempo en el cual no hubiese mundo, como que existiese un mundo sin absolutamente nada de tiempo.

2

En tanto que pongáis como *conditio sine qua non* a toda filosofía que haya sido cortada según el patrón del *teísmo judío* no será posible pensar en comprender la naturaleza, incluso en ninguna investigación seria de la verdad.

3

¿Alguna vez ha *bisqueado* algún ser humano de gran inteligencia? No lo creo, aunque me son conocidas las dos causas físicas del estrabismo, las debilidades del ojo o la corta extensión fuera de lo normal del músculo ocular. ¿Tienen estrabismo los animales?

4

En los animales se aprecia perfectamente que su *intelecto* se activa meramente en función de su *voluntad*; en los seres humanos pasa, por lo general, casi lo mismo. También en estos se aprecia de forma general, en algunos incluso todavía, que el intelecto nunca ha estado activo de forma diferente, sino que ha sido dirigido de

manera constante y meramente para las mezquinas finalidades de la vida utilizando medios bajos e indignos. Quien posee un decisivo excedente de intelecto, lo utiliza en la medida precisa para ir más allá de ser un mero instrumento al servicio de la voluntad, excedente que desemboca, pues, por sí mismo en una actividad completamente libre, no suscitada ni por la voluntad ni por los objetivos de esta, actividad cuyo resultado será una concepción puramente objetiva del mundo y de las cosas, quien es capaz de esto es *un genio* y ello se refleja en su rostro: dicho excedente se halla, pues, en menor medida al servicio de la voluntad.

5

El tiempo y la inconsistencia de todas las cosas en él y mediante él es solo la forma bajo la cual la *futilidad* manifiesta sus anhelos a la voluntad de vivir, como cosa en sí impercedera que es esta.

6

Para ser sinceros: los seres humanos son los diablos de la tierra y los animales las almas atormentadas.

7

Creo que los acontecimientos y las personas en la *historia* se parecen más o menos a los protagonistas auténticos; como la mayoría de las veces los retratos de los escritores sobre la cubierta de los libros se asemejan solo algo en el contorno, guardando una débil y totalmente —a menudo gracias a *un falso rasgo*— desfigurada similitud; a veces, incluso, ninguna.

8

Comprender todo consiste en una percepción inmediata y, por tanto, intuitiva del nexo causal, aunque dicha percepción deba ser depositada inmediatamente en conceptos abstractos para ser fijada.

De ahí que el cálculo no consista en comprender y no suministre, por sí mismo, ninguna comprensión de las cosas. Dicha comprensión solo se obtiene por el camino de la percepción, a través del correcto entendimiento de la causalidad y de la

construcción *geométrica* del acontecimiento, como lo ha hecho *Euler* mejor que ningún otro, ya que comprendió el asunto en su raíz. El cálculo, por el contrario, tiene que ver solo con grandes conceptos abstractos, constatando la relación de unos con otros. Con tal procedimiento no se alcanza nunca la más mínima comprensión de un proceso físico; pues para tal se precisa una comprensión *intuitiva* de las relaciones espaciales, mediante las cuales las causas surten los efectos. El cálculo determina el cuánto y el cómo de grande, resultando, por tanto, imprescindible a la *práctica*.

Puede decirse, incluso, que *donde comienza el cálculo termina el comprender*, pues la cabeza ocupada con los números se aleja totalmente, mientras calcula, de la concatenación causal y de la construcción geométrica del acontecimiento físico: esta cabeza se halla sepultada bajo puros conceptos numéricos abstractos. El resultado no indica nunca, sin embargo, otra cosa que el *cuánto*; nunca el *qué*. Con *l'expérience et le calcul*, este lema de los físicos franceses no resulta de ningún modo suficiente.

9

La *necesidad de la muerte* se deriva, en primer lugar, del hecho de que el ser humano consiste en puro fenómeno, no es una cosa en sí; no es por tanto un *ontos on* [un ser que realmente es], pues si lo fuese no podría perecer nunca. Pero, dado que la cosa en sí en el fondo yacente solo puede representarse mediante fenómenos de esta clase, constituye una consecuencia de su índole.

10

Nuestra *vida es de corte microscópico*: es un punto indivisible que distendemos mediante las dos lentes potentes del espacio y el tiempo, de ahí que se dividan en un tamaño sumamente considerable.

11

Cuanto más fácil es el pensamiento *físico-teológico*, que un *intelecto (a mind)* debiera ser, el cual ha moldeado y ordenado la naturaleza para agradar al tosco entendimiento, tanto más erróneo resulta: pues el intelecto nos es conocido verdaderamente solo desde la naturaleza animal; se trata, por consiguiente, de un principio del mundo, secundario y subordinado, y, como producto de origen tardío, no puede, por tanto, jamás haber sido su requisito. La voluntad, que todo lo llena y hace acto inmediato de presencia en cada uno, aparece, por el contrario debido a ello y de forma característica, como su fenómeno, como el origen de todas las cosas. De ahí que todos los hechos teleológicos puedan ser explicados desde la propia *voluntad* del ser, en la cual se encuentran tales hechos.

12

Quien vive *dos o, incluso, tres generaciones de la especie humana* se siente como un espectador de las representaciones de ilusionistas de toda especie en sus barracas de feria, mientras permanece sentado y ve repetir la actuación dos o tres veces seguidas: como solo estaba planeada una actuación no producen ya ningún efecto, una vez que la ilusión y la novedad han desaparecido.

13

Cada *héroe* es un *Sansón*: el fuerte sucumbe a las intrigas de los débiles y numerosos; pero si pierde finalmente la paciencia, entonces les aplasta a ellos y a sí mismo; o él es solo un Gulliver entre los liliputienses, cuya proporción numerosa le superan, sin embargo, en última instancia.

14

El *sobrevivir* en las relaciones humanas solo puede provenir de que no se necesite al otro de ninguna forma ni manera, dejándose además percibir.

15

Quien chismorrea sobre lo que hacen los demás trabaja en su propio perfeccionamiento. Esto es, aquellos que tienen la inclinación y la costumbre de someter con calma, con recogimiento, a una *crítica mordaz* y atenta el comportamiento exterior, el modo de vida en general de los otros, trabajan con ello en su propia mejora y perfeccionamiento: pues no poseerán el suficiente sentido de la justicia o del orgullo y la vanagloria para evitar ellos mismos aquello que censuran en los otros, a menudo de una forma tan rígida. Para los tolerantes es válido lo contrario, a saber: *hanc veniam damus, petimusque vicissim* [«nos concedemos esta licencia y la solicitamos de forma recíproca», Horacio, *De arte poética*, 11]. El Evangelio moraliza de forma ejemplar sobre la astilla en el ojo ajeno y la viga en el propio: pero la naturaleza del ojo lleva consigo el hecho de que el ojo mira hacia fuera y no hacia adentro; de ahí que observar y censurar los errores en los otros resulte un método muy apropiado para interiorizar nuestros propios errores. Para contribuir a nuestra enmienda precisamos un espejo.

Esta regla vale también con respecto al estilo y a la forma de escribir: quien

admira una nueva tontería la imitará, en lugar de censurarla. Por ello recurre todo el mundo en Alemania tan rápidamente a tal imitación. Los alemanes son muy tolerantes; se nota. *Hanc veniam damus, petimusque vicissim* es su lema.

16

Quien haya venido al mundo *para instruirle* seriamente y en los asuntos más importantes, puede llamarse a sí mismo afortunado si sale de esa empresa con la piel entera.

17

Entrar a la edad de cinco años en un taller textil o en cualquier tipo de fábrica y desde entonces permanecer allí, primero diez, luego doce y hasta catorce horas diarias y llevar a cabo el mismo trabajo mecánico significa pagar un alto precio por *el placer de tomar aliento*. Este es el destino de millones y muchos otros millones tienen uno análogo.

18

Conforme a su *individualidad* y su situación cada uno vive, sin excepción, con cierta *limitación de los conceptos y de las opiniones*. Cada uno tiene la suya, pero no precisamente *esta* limitación: una vez ha descubierto las limitaciones del otro puede, entonces, confundirle, desconcertarle, casi avergonzarle haciéndoselo notar, incluso si el otro le es superior intelectualmente. La astucia utiliza frecuentemente esta circunstancia para alcanzar una superioridad falsa y momentánea.

19

Que de todo aquello que se lee,
Tres cuartas partes se olviden,
Es algo que me enoja.
¡Ojalá todo de memoria pudiera aprender!

20

Sería hermoso que aquello que se *aprendió* hubiese sido aprendido de una vez para siempre, pero no es así: todo lo aprendido debe ser refrescado de cuando en cuando mediante la repetición; de lo contrario será olvidado para siempre. Pero dado que la mera repetición aburre, se debe siempre aprender todavía algo; de ahí *aut progredi, aut regredi* [o se avanza o se retrocede].

21

Todos los seres humanos quieren vivir: pero ninguno sabe por qué vive.

22

Las *leyes* no deben condenar a los hombres, sino sus acciones; para que estas no lleguen a producirse los hombres deben ser conscientes de la condena que les espera.

23

En contra de ciertas necias objeciones, hago notar que la *negación de la voluntad de vivir* de ningún modo significa la destrucción de una sustancia, sino del mero acto del no-querer: lo que se ha *querido* hasta ahora, deja de *quererse*. Dado que conocemos esta sustancia, que es la *voluntad* como cosa en sí, solo a través y mediante el acto mismo del *querer*, somos, de ese modo incapaces de decir o de concebir en qué consista, una vez que dicho acto ha finalizado; no podemos decir más allá de este acto lo que es o lo que hace: de ahí que la negación sea *para nosotros*, como fenómeno del querer que somos, una transición hacia la nada.

La afirmación y la negación de la voluntad de vivir consiste en un puro *Velle et Nolle* [querer y no querer]. El sujeto de ambos *actus* es uno y el mismo; no puede ser destruido como tal, por consiguiente, ni mediante un acto ni mediante el otro. El acto del *Velle* se manifiesta en este mundo visible, el cual, por eso mismo, consiste en el fenómeno de la cosa en sí. Del acto del *Nolle* no conocemos ninguna manifestación, salvo solo aquella de su aparición, por cierto en el individuo, acto que pertenece ya, originalmente, a la manifestación del *Velle*. Por esta razón vemos que, en tanto exista el individuo, existirá aún y de forma constante la lucha del *Nolle* contra el *Velle*: ha fenecido el individuo y prevalece en él el *Nolle*, ha sido esto mismo, entonces, una pura manifestación del *Nolle*. (Este es el sentido de la canonización papal). Del *Nolle* solo podemos decir que su apariencia no puede ser la misma que la del *Velle*. Pero no sabemos siquiera si se manifiesta, es decir, si conserva una existencia secundaria para

un intelecto que ha generado previamente y, puesto que conocemos el intelecto solo como un órgano de la voluntad en su afirmación, no vemos por qué, tras la abolición de dicha afirmación, pueda generar un intelecto, y además no podemos enunciar nada acerca del sujeto del mismo; dado que solo conocemos al sujeto de forma positiva, a través del *Velle*, como a la cosa en sí en su mundo de apariencia.

24

Actuar conforme a *principios abstractos* es difícil y solo se consigue tras ejercitarse mucho en ello y, aun así, no siempre, pues ocurre a menudo que dichos ejercicios resultan insuficientes. Cada ser humano cuenta, sin embargo, con ciertos *principios innatos y concretos* que le son propios, en tanto que son el resultado de todo su pensar, sentir y querer. La mayoría de las veces reconoce tales principios no *in abstracto*, sino más bien se da cuenta, al echar la vista hacia atrás y contemplar su vida, que los ha estado siguiendo a menudo y que ha actuado conforme a ellos como siguiendo un hilo invisible. Según sean tales principios le conducirán a su felicidad o a su desgracia.

25

Solo hay una *medicina que cura* y es la naturaleza: ungüentos y pastillas no curan nada, como mucho pueden dar un aviso a esta medicina que es la naturaleza, para advertirla allí donde tiene que actuar.

26

Así pues, quien ha profundizado tanto en la contemplación del mundo y se ha perdido, de tal forma que se percibe ya solo como *puro sujeto de conocimiento*, descubrirá a través de esta experiencia que él, como tal sujeto, representa la condición, es decir, el soporte del mundo y de toda la existencia objetiva, la cual se le aparecerá ahora como dependiente de su propia existencia: él se implica a sí mismo con la naturaleza, de tal forma que la percibe como un accidente de su propio ser. ¿Cómo podría tal sujeto tenerse a sí mismo, en contraposición a la naturaleza inmortal, por un ser absolutamente perecedero? Más bien dirá como en el *Veda*: *Hac omnes creature in totum ego sum et praeter me ens aliud non est — quid ego timerem?* [Todas esas criaturas en su conjunto soy yo y, fuera de mí, no existe ningún otro ser. ¿Qué podría temer?].

27

Cuando en la contemplación del curso del mundo en general, y sobre todo dada la rápida sucesión de las generaciones humanas y de su efímera existencia aparente, vuelve uno la cabeza hacia *el detalle de la vida humana*, tal y como, por ejemplo, se representa una comedia, así es la impresión que esta, la vida humana, produce ahora: la visión comparable a aquella que por medio del microscopio solar produce la contemplación de una gota plagada de animalitos minúsculos, o también aquella visión que proporciona un invisible montoncito de bacterias del queso, cuya fervorosa actividad y disputas nos hacen reír. Pues, al igual que aquí en el más estrecho de los espacios, así también allí, en el más breve lapso del tiempo, opera esta grande y seria actividad de una forma cómica.

28

Cuando los poetas cantan a la alegre mañana, la bella tarde, la tranquila noche de luna y demás cosas por el estilo, el objeto propio de su exaltación es el *puro sujeto del conocimiento*, el cual es originado por esas bellezas de la naturaleza; y cuando este sujeto hace acto de presencia desaparece la voluntad de la conciencia, y por eso mismo se alcanza aquel sosiego del corazón, sosiego que, por lo demás, no se encuentra en el mundo.

29

Precisamente porque la *materia* es la visibilidad de la voluntad, y toda fuerza en sí misma es voluntad, ninguna fuerza puede manifestarse sin un sustrato material, ni tampoco ningún cuerpo sin la exteriorización de la fuerza. Ambas son inseparables y, en cierto modo, lo mismo.

30

Ni nuestra *conducta* ni nuestro *curriculum vitae* constituyen nuestra obra; pero sí aquello que nadie pensaría que lo es: *nuestra esencia y existencia*. Pues con base en estas y, en un riguroso nexos causal, a las emergentes circunstancias y acontecimientos exteriores preceden a nuestra conducta y currículo con perfecta necesidad. Por consiguiente todo el currículo del ser humano, hasta el más mínimo detalle, se halla irrevocablemente determinado ya desde su nacimiento, de tal forma que un

sonámbulo en grado máximo podría predecirlo exactamente.

Deberíamos retener en la retina esta cierta y gran verdad al considerar y juzgar nuestro currículo, nuestros actos y sufrimientos.

31

Con respecto a los *inspirados escritores* del Nuevo Testamento debemos lamentar que la inspiración no se haya extendido también a su lengua y estilo; ¡es una burla!

32

En el *Zoológical garden* de Londres ha muerto en octubre de 1852, y en plazo de una hora, un vigilante que fue mordido por una *cobra de capello*. Se quejaba especialmente de los dolores y de un estrangulamiento patológico en la garganta. La autopsia reveló como síntoma principal que la *pharynx* [faringe] estaba hinchada, era de un marrón oscuro y en general mostraba un estado patológico, y los médicos opinaron que murió de *asphyxie* [asfixia]. El informe posterior y exacto de la autopsia en el *Medical Times* afirmaba, sin embargo, que todo el conducto alimentario, esto es, el *oesophagus* [esófago] estaba sano; los pulmones, y especialmente los bronquios, se hallaban, por el contrario, marrones y con síntomas patológicos. Murió de asfixia.

De ello deduje que los *tres venenos animales* son causantes directos del *pharynx*: en el caso de la hidrofobia provoca el estrangulamiento de la garganta, lo cual imposibilita la capacidad de tragar y también guarda relación con el aborrecimiento de todo tipo de líquidos. Es sabido que la sífilis, tan pronto como pasa a la sangre, muestra su primer síntoma en la faringe.

33

«*Qué caballerosamente tratan los señores a Kant*».

Rosenkranz es lo suficientemente *estúpido y descarado* como para decir en *Meine Reform der Hegelschen Philosophie* [Königsberg, 1852, página 41]: «*Yo he afirmado explícitamente que espacio y tiempo no existirían en absoluto si no existiese la materia. En primer lugar que el extenso éter constituye el espacio real; también que el movimiento de este —y como consecuencia de ello, el devenir real de todo lo especial y único— constituye el tiempo real*».

Estoy acostumbrado a que los señores no sepan nada ni entiendan nada de la filosofía kantiana. En una exclusiva y erudita revista de literatura (*Göttinger*

Gelehrten Anzeige del 1 de enero de 1853, página 8) nos hace el *Ordinarius loci* la siguiente confidencia: «No se puede ignorar que la doctrina de Kant no consista en otra cosa que en el habitual teísmo y que apenas haya contribuido algo o, incluso, nada a una remodelación de las opiniones extendidas sobre dios y su relación con el mundo».

¿Se ha dicho alguna vez algo más fantástico? Y queréis aprender historia de la filosofía de semejantes asnos.

¿Es este profesor de filosofía (el señor Ritter) realmente tan ignorante o inepto como para creerse eso que dice? ¿O miente quizá *in majorem Dei gloriam* [para mayor gloria de dios]? — Pues *tertium non datur* [una tercera posibilidad no existe] para alguien que escribe de Kant —quien, como es sabido, dio el tiro de gracia al teísmo— semejantes e inauditos chismes y los propaga por el mundo. Este mismo profesor de filosofía es el historiador de la filosofía *kat' exochen* [por excelencia] y ha escrito muchos y gruesos volúmenes de la historia de la filosofía. En sus artículos sobre las doctrinas filosóficas puede uno confiar, tras esta prueba de su interpretación de lo más nuevo e importante: acudid a tales artículos, que ahí habéis llegado al lugar adecuado para aprender las enseñanzas de los antiguos filósofos.

Esto podría permanecer anónimo y comenzar así: a pesar de todo lo que hemos vivido, me sorprendió, pues, que en este año un no tanto intelectual como autor prolífico de volúmenes historiador de la filosofía, arropado por los elogios de su colegas, nos instruyera en una exclusiva y erudita revista de literatura de la siguiente manera. Y, finalmente, ¿está el hombre en sus cabales?, se pregunta uno. Pero ya vemos que *la campana* ha sonado en la torre del reloj de la filosofía hecha en la universidad.

Lo mejor es, pues, utilizar la cita anterior, ya que ese enunciado debería entonarse en las aulas de filosofía de todas las universidades, para que todo el mundo supiera inmediatamente qué clase de artículos sobre filosofía se venden allí.

No se me puede objetar que este sea un profesor ordinario que resulta ser muy ordinario y que es un caballero de la triste figura: ¡Todo verdad! Los señores están hechos todos de la misma pasta y sería deseable que la filosofía fuera salvada de las manos de estos consejeros.

(Cuando uno lee estas cosas desearía preguntarse si el hombre está en sus cabales). Pues cuando uno se ha frotado tres veces los ojos y se ha convencido de que, realmente, ha escrito eso, entonces sabe que la campana ha sonado en el reloj de la universidad y que a partir de ahora, quien se interese por la filosofía la buscará por todas partes menos en casa de sus antagonistas: los catedráticos.

Kant fue el más *concienzudo* ateo que ha existido. Los esfuerzos de los profesores de filosofía por meterse con él o por apartarle de algún modo e ignorarle surgen exclusivamente de que la mitología judía no puede hacer compatible sus propias enseñanzas con la sabiduría kantiana.

Cuando alguien expresa algo tan estúpido y de una forma tan explícita no debería,

al menos, repetirlo de un modo triunfante.

34

Si no deseáis nada más que una palabra con la cual entusiasmaros y embelesaros, entonces puede servir la palabra *dios* tanto como cualquier otra, como contraseña.

35

Cuando casi todas las antiguas civilizaciones degollaban una res de ganado no lo hacían nunca con otro fin que el de servir de ofrenda *a los dioses*; sin embargo, se lo comían. Esto es como cuando estuve en Roma: ninguna lámpara debía alumbrar ni callejones ni entradas ni las escaleras de las casas, salvo que fuese en honor a la *virgen* o a cualquier otro santo cuya imagen colgara en algún rincón.

36

Al igual que un círculo con una pulgada de diámetro y otro con 40 millones de millas de diámetro poseen las mismas e idénticas características geométricas, así son *los sucesos y las historias* de una aldea y las de un gran imperio en esencia los mismos: tanto en la una como en el otro se puede estudiar y conocer a la humanidad.

37

El acto de la afirmación mediante el cual entra el individuo en la existencia será de nuevo extinguido, a decir verdad, mediante un serio voto monacal mantenido rigurosamente o también incluso mediante cada *negación de la voluntad de vivir* efectuada.

38

En lugar de decir: «en el *efecto* no puede encontrarse algo más que en la *causa*» — cosa que es falsa, pues a menudo ocurre que la más pequeña causa provoca el efecto más grande— se debería decir: el influjo de un cuerpo sobre otro puede provocar en él solo las manifestaciones que provocaría en sí mismo, como sus cualidades y fuerzas yacentes. Y estas manifestaciones aparecen como el *efecto*: los efectos pueden ser ricos y variados, mientras que el cuerpo que hace acto de presencia como causa, solo es capaz de una única y pobre manifestación. Por ejemplo: una chispa que salta de la pipa (o el presionar de forma casual el gatillo de una pistola cargada) provoca grandes, artificiosamente complejos y preparados fuegos artificiales.

39

La verdadera *filosofía de la historia* no debe, utilizando el lenguaje de Platón, considerar eso que siempre *será* y que nunca *es* y tomar semejante consideración como si fuese la esencia propia de las cosas (como hacen nuestros modernos filósofos de la historia), sino que debe retener en la retina aquello que siempre es y nunca será, aquello que todavía está transcurriendo. La filosofía de la historia no consiste, por tanto, en elevar los objetivos temporales de los seres humanos a la categoría de eternos y absolutos y en construir de forma artificial e imaginaria su progreso mediante toda clase de enredos, sino en la comprensión de que la historia es engañosa no solo en su realización, sino también en su esencia: en tanto que finge estar contando, a través de meros individuos, cada vez algo diferente, mientras que en realidad repite con frecuencia, desde el principio hasta el final, solo lo mismo con diferentes nombres y con otras vestimentas. La filosofía de la historia consiste, a decir verdad, en la comprensión de que bajo todos esos cambios infinitos y sus enredos, a menudo se tiene solo delante el mismo, idéntico e inmutable ser de las cosas, el cual actúa lo mismo hoy que ayer y que mañana. La filosofía de la historia consiste, pues, en reconocer aquello que permanece *idéntico* en todos los acontecimientos del viejo como del nuevo tiempo, de Oriente como de Occidente; consiste en descubrir la misma humanidad a pesar de la diferencia de las circunstancias especiales, de los usos y de las costumbres. Aquello que permanece idéntico y persistente a todo posible cambio son las características esenciales del

corazón y de la cabeza, características más bien malas que buenas. Quien ha leído a Heródoto ha estudiado ya suficiente historia, pues en él está contenido todo aquello que conformará la historia del mundo: la actividad, la conducta y sufrimientos y el destino de las generaciones humanas, como se infiere de las características mencionadas y del destino físico de la tierra. La divisa de la historia es definitivamente esta: *eadem sed aliter* [lo mismo, pero de otra manera].

40

El mundo es asimismo el *infierno* y los seres humanos en él son, por un lado, las almas torturadas y, por otro, los diablos.

41

¡Qué necio resulta lamentarse y quejarse de que, en tiempos pasados, se tuvo la oportunidad de obtener aquella dicha o aquel placer y se dejó escapar! ¿Qué se consigue ahora con recordarlo? La momia seca de un recuerdo. De este modo sucede realmente con todo lo que nos ha acaecido. Así pues, es la propia *forma del tiempo* la que constituye precisamente el medio y está hecha a la medida de hacernos comprender la *insignificancia* de todos los placeres terrenales.

42

Si en los seres humanos, tal y como son la mayoría de las veces, prevaleciese lo bueno sobre lo malo, entonces resultaría más aconsejable confiarse a su justicia, equidad, agradecimiento, fidelidad, amor o compasión que a sus temores; pero como les sucede lo opuesto, es decir, que lo malo prevalece sobre lo bueno, resulta más aconsejable confiarse a lo contrario, esto es, a sus temores.

43

A los señores les encantaría que yo les tratara con mucha cortesía; no estoy, sin embargo, por la labor, pues tengo la intención de no mostrarles más respeto que el que se merecen.

44

Puesto que *las mujeres* existen solamente para procurar la propagación de la especie y están determinadas para ello, llevan, sin excepción, una existencia más acorde con el género que con el individuo: se toman más a pecho las cuestiones del género que las individuales. Esto les otorga a su esencia y actividad cierta frivolidad y les conduce en una dirección completamente diferente, por principios, de la del hombre; ahí tiene su origen la frecuente, y casi normal, desigualdad en el matrimonio.

45

Quien, *por su patria, se dirige hacia la muerte* ha superado la debilidad (el engaño) que supone limitar la existencia a la de la propia persona: él la extiende hacia todo el conjunto humano de su patria (y, con ello, hacia la especie) en la cual (en la especie) continuará viviendo. Encarando la muerte como un guiño de ojo que no interrumpe el mirar, se reconocerá a sí mismo de nuevo en las generaciones futuras y sabrá que, al sacrificarse por ellas, contribuyó a su desarrollo.

Lo mismo sucede, a decir verdad, con cada sacrificio que se ofrece al otro: que amplía con ello su conexión con el género humano, aun cuando sea solo con el puñado de hombres que se tiene ante la vista. La *negación* de la voluntad de vivir es lo primero que sale del género, de ahí que los maestros del *ascetismo*, tras haberse ejercitado en él, consideren las buenas obras como algo superficial e indiferente, aún más las ceremonias en los templos.

46

El *intelecto*, el cual ha surgido solamente para estar al servicio de la voluntad y así es en casi todos los seres humanos, y en cuyo uso y beneficio gastan su vida, es utilizado de forma abusiva en todas las artes y ciencias *libres*: y en tal uso se asienta el progreso y el honor de las generaciones de seres humanos.

47

Todos los pueblos han discernido desde siempre que el mundo, aparte de su nexo *físico*, posee además uno *moral* que resulta ser, propiamente, el esencial. Pero, por todas partes, se ha llegado a albergar una conciencia confusa sobre este asunto. Dicha conciencia, buscando su expresión, se ha revestido con toda clase de imágenes y

mitos (fábulas): estas son las *religiones*.

Los filósofos se han afanado, por su parte, en alcanzar un claro entendimiento del asunto y habrían llegado quizá lejos si las religiones les hubieran dejado las manos libres.

48

Mi filosofía es, dentro de los límites del conocimiento humano, la verdadera solución al enigma del mundo; en este sentido puede decirse que es una *revelación*. Está inspirada por el espíritu de la *verdad* e, incluso, en el cuarto libro [*El mundo como voluntad y representación*] hay algunos párrafos que podrían ser considerados como dictados por el espíritu *santo*.

49

El objetivo principal del *drama* es mostrarnos con un ejemplo aquello que constituye la esencia y existencia del ser humano. El drama nos dedica, pues, la cara triste o alegre de ambas, esencia y existencia, o también de aquello que tiene en común. Pero ya solo la expresión «esencia y existencia del ser humano» contiene el germen de la controversia; pues habría que determinar si es la esencia —es decir, los caracteres— o si es la existencia —esto es, el destino, el acontecimiento, la acción— aquello que constituye el aspecto principal del drama. Por otra parte, ambos términos se hallan tan emparentados entre sí que, si bien sus conceptos pueden separarse, no ocurre así con su representación. Solo las circunstancias, los destinos, los acontecimientos llevan los caracteres a la manifestación de su esencia y solo desde los caracteres surge la acción desde la cual nacen los acontecimientos. Ciertamente tanto la una como la otra pueden destacar más en la representación, con vista a que la pieza del drama que ahonda en los caracteres y la pieza que ahonda en la intriga representen ambos extremos.

50

¿Cómo se puede pensar al contemplar *la muerte* de un ser humano o de un animal que con ello una cosa en sí queda reducida a la nada? Que es más bien tan solo un fenómeno en el tiempo, una forma individual de esta forma general de todos los fenómenos, el que encuentra su final, sin que la cosa en sí sea, en sí misma, por ello impugnada, es un conocimiento inmediato e intuitivo de todo ser humano. Porque en

todas las épocas y en las formas y expresiones más variadas —las cuales se hallan despojadas del fenómeno— en realidad solo se han estado refiriendo a este en lugar de a la cosa en sí.

51

La *química* como tal capacita muy bien al farmacéutico, pero no a los filósofos.

52

Si se le reprochara al *espíritu del mundo* que haya *aniquilado* a los individuos tras haberles concedido una vida breve, este espíritu diría lo siguiente: «¡Míralos, estos individuos, contempla sus errores, sus ridiculeces, sus maldades y atrocidades! ¡¿Debería dejarles vivir siempre?!».

53

En el mundo existe solo un ser mentiroso: *el ser humano*. El resto de los seres son auténticos y honestos, en tanto que se muestran de una forma franca, tal y como son y exteriorizan lo que sienten. Una expresión emblemática y alegórica de esta diferencia fundamental es la siguiente: todos los animales deambulan en su forma natural, lo que contribuye mucho a la impresión amable que su visión nos proporciona; en mi caso, si se trata además de animales en libertad, me llegan, con frecuencia, al corazón. Mientras que el ser humano utilizando vestimentas se ha convertido en un muñeco, en un monstruo, cuya visión resulta incluso, viendo tales vestimentas, repugnante y que se escuda bajo su color blanco —por otra parte un color no natural en él— y bajo todas las consecuencias asquerosas de una contranatural alimentación carnívora, de las bebidas alcohólicas, el tabaco, los vicios y las enfermedades. ¡Él está ahí como una lacra en la naturaleza! Los griegos redujeron las vestimentas a la mínima expresión, porque intuían esto que estoy diciendo.

54

La tan manida excusa para perdonar algunos vicios recurriendo a que se trata de *algo natural para el ser humano* no basta. Más bien habría que replicar contra tal afirmación lo siguiente: «Precisamente porque algo es malo, es *natural*; y si es

natural, entonces es malo». Para entender esto se tiene que haber comprendido el sentido de la doctrina del pecado original.

55

En mí, y espero que en algunos otros también, se agolpan, al contemplar la humanidad en su conducta y actividades, un conocimiento y una certeza intuitivas acerca de la generación actual, la cual —*en su núcleo propio*— ha sido, precisamente *y de una forma inmediata, idéntica* a aquella generación que acaba de transcurrir. Queda la pregunta de en qué consista ese núcleo y cuántos de los seres de esta generación pertenecen a él. La respuesta que mi filosofía da a tal pregunta es conocida. El mencionado conocimiento intuitivo se diría que surge porque esas lentes de aumento que son el tiempo y el espacio padecen, en cierto modo, una intermitencia de su eficacia. Este conocimiento tiene como fundamento todas las doctrinas de la metemecosis [la transmigración de las almas].

56

Ninguna diferencia de estatus, rango, nacimiento resulta tan grande como el abismo entre los incontables millones que utilizan *su cabeza como criada del estómago*, es decir, como un instrumento para los objetivos de la voluntad y aquellos pocos y escasos que tienen el valor de decir: «No, la cabeza está para algo mejor y tiene que actuar conforme a sus propios objetivos: en la elaboración del maravilloso y colorido drama de este mundo, reproduciéndolo después en las diferentes artes, como imagen o explicación, según el talento que cada individuo porte en su cabeza». Estos son los auténticos *nobles*, la verdadera nobleza del mundo. Los otros son los siervos, *glebae adscripti* [apegados a lo terrenal],

Y entre este reducido grupo me refiero solo a aquellos que no solo tienen el valor, sino también el oficio y, por tanto, el derecho, de liberar a la cabeza de su subordinación a la voluntad, de tal forma que este sacrificio merezca la pena. Para el resto, aquellos que no disponen de tanta capacidad para llevar a cabo esta liberación, aquel abismo inicial no resulta tan grande, pero en ellos permanecerá siempre una afilada línea de demarcación, incluso cuando se trata de un escaso pero decisivo talento.

57

La gran mayoría de los seres humanos está constituida de tal forma que no puede, siguiendo su naturaleza, tomarse nada en serio salvo comer, beber y reproducirse. Esta mayoría no sabe sino utilizar en seguida, como instrumento para sus abyectos objetivos, todo aquello que las escasas y sublimes naturalezas han aportado al mundo, ya sea la religión, la ciencia o el arte, haciendo de estas su propia máscara.

58

La realidad de nuestros *conocimientos a priori* no puede explicarse de otro modo que entendiéndolos como las formas de nuestro intelecto: esto no constituye tanto una explicación, sino solamente es la expresión de la cosa en sí. Pues *a priori* no significa otra cosa que «no ganado mediante la experiencia, es decir, que no nos ha llegado desde fuera». Pero aquello existente en el intelecto que no ha llegado desde fuera es, por tanto, aquello que constituye un miembro original propio, su propia esencia. Aquello presente en el intelecto se expresa, y así debe manifestarse, en la forma y modo generales con los cuales a él se le presentan también sus objetos. Con ello quiero decir lo siguiente: que constituyen las formas de su conocimiento, esto es, que la forma y el modo como el intelecto lleva a cabo esta, su función, han sido establecidos de una vez para siempre. «El conocimiento *a priori*» y «las formas propias del intelecto» son, por lo tanto, en el fondo solo dos expresiones para la misma cosa, es decir, son en cierta medida sinónimos.

59

Si llegara a conocer una *edición completa* de mis obras, el lema de su título principal sería: *non multa* [no muchas].

60

¿Cómo podría la voluntad de vivir soportar esta existencia vacía, hueca y penosa a lo largo de un tiempo infinito si *el intelecto no se renovase* incesantemente con *la muerte* y con su hermano —el nacimiento— y no hiciese las veces de *Leteo* al servicio de cada voluntad individual, pues el *Leteo* nos ahorra al menos la monotonía de lo insoportable, en tanto que permite aparecer aquello que se repite millones de veces como si fuera continuamente algo nuevo?

Al juzgar a un *individuo humano* se debería constantemente retener el siguiente punto de vista: que sus fundamentos son algo que no debería ser en absoluto; algo pecaminoso, erróneo, eso que se entiende por pecado original, y que esa es la razón por la cual somos mortales; esa mala y fundamental condición que se caracteriza, incluso, porque nadie soporta que se le observe atentamente. ¿Qué se puede esperar de un ser semejante? Si partimos de este hecho se le juzgará de forma más indulgente, no se sorprenderá cuando el diablo que lleva dentro despierte un día y se asome a su alrededor, y aprenda a apreciar mejor lo bueno que hay en el ser humano, ya sea por efecto del intelecto o por el de cualquier otra fuente. En segundo lugar se debe también considerar su situación y meditar bien que vivir significa esencialmente hallarse en un estado de necesidad y, con frecuencia, de lamento permanente, donde cada uno tiene que forcejear y luchar por su existencia y no puede, por lo tanto, poner siempre buena cara. Si fuese el ser humano eso que todas las religiones y filosofías optimistas se empeñan que sea, es decir, la obra o, incluso, la encarnación de dios, un ser que en todo sentido es, en absoluto, como debería ser, ¡qué diferente sería entonces la primera impresión, el conocimiento cercano y el continuo trato que cada ser humano provocaría en nosotros, de lo que es ahora!

Pardon is the word to all [Perdón es la palabra para todo] ([Shakespeare], *Cymbeline* [Cimbelino], acto 5, escena 5).

Debemos mostrar benevolencia con cada *estupidez humana*, cada *error*, cada vicio, reflexionando de este modo: lo que nos encontramos ante nosotros son asimismo nuestras propias estupideces, errores y vicios, pues se trata de los errores de la humanidad a la cual también nosotros pertenecemos y, por consiguiente, portamos el conjunto de todos sus errores, incluso aquellos por los cuales nos enojamos ahora, por el mero hecho de que, en este preciso momento, no afloren en nosotros: dichos errores no se encuentran en la superficie, sino que se sitúan en el fondo de cada uno y aflorarán en la primera ocasión que se les presente para mostrarse tal cuales, así como los vemos nosotros ahora en los otros. Pues en uno destaca en seguida un error, en otro destaca otro error, puesto que resulta innegable que el conjunto total de todas las propiedades negativas en [un individuo] es muy superior que en otro. La diferencia entre las individualidades resulta muy voluble.

Para una filosofía de la *historia de la humanidad*.

La *historia*, desde sus albores hasta el día de hoy, habla de puras guerras y este mismo tema es el objeto de todos los cuadros antiguos, también de los modernos. El origen de todas las guerras es, sin embargo, *el afán de robar*, de ahí que Voltaire dijera con razón: *dans toutes les guerres il ne s'agit que de voler* [En todas las guerras no se trata sino de robar]^[40]. En cuanto una nación siente un *excedente de fuerzas* cae sobre la nación vecina y, en lugar de vivir de su propio trabajo, la someten y se apropian de sus ganancias, de las que dispongan en ese momento o también, incluso, de las futuras. Y de esta acción se saca el material para la historia del mundo y sus actos heroicos. Especialmente en los diccionarios franceses debería ser mencionado bajo *gloire* [fama] en primer lugar la fama artística y literaria y, bajo *gloire militaire* [fama militar] debería constar simplemente: *voyez butin* [véase botín].

Mientras tanto parece que dos pueblos muy religiosos, *el hindú y el egipcio*, cuando sentían excedente de fuerzas no las empleaban la mayoría de las veces para ir de rapiña contra los vecinos ni para los actos heroicos, sino para las *construcciones* de edificios, las cuales han desafiado el paso del tiempo; este hecho honra su memoria.

64

Todo lo *intelectual* (el trabajo, la capacidad, el mérito) se comporta constantemente con lo *moral* del mismo modo que una mera imagen lo hace con la realidad.

65

La *duración de la vida humana* abarca, como aparece en dos pasajes del Antiguo Testamento (LXX, Salmos 90, 10), unos 70 o máximo 80 años y, lo que tiene aún más peso: que lo afirme Heródoto (I, 32 y III, 22)^[41]. Esto es falso, sin embargo, y no constituye más que el resultado de una interpretación tosca y superficial de la experiencia diaria. Pues si la duración natural de la vida humana fuese de 70-80 años, la gente moriría *de vieja* entre los 70 y 80 años, pero este no es para nada el caso: muere, al igual que los jóvenes, *por causa de las enfermedades*. La enfermedad es esencialmente una anomalía, ya que no supone, por sí misma, un final natural. Los seres humanos mueren, más bien, entre los 90 y los 100 años, eso sí, normalmente mueren *de viejos*, sin enfermedades, sin luchas a muerte, sin estertores, sin palpitaciones, a menudo sin palidecer; esta forma de morir es lo que denominamos *eutanasia*. De ahí que el *Upanishad* tenga razón cuando sitúa en dos lugares la duración natural de la vida humana en 100 años.

66

Una *vida feliz* es imposible, lo máximo a que puede aspirar el ser humano es llevar una trayectoria vital *heroica*. Tal lo lleva quien, de algún modo y en su forma de actuar por el bien de todos, lucha con enormes dificultades y vence finalmente, pero que se ve mal recompensado por ello o, incluso, no es recompensado en absoluto. Al final se queda, como el príncipe en *Re cervo* de Gozzi, petrificado, pero en una posición más noble y con un gesto generoso. *On meurt les armes à la main* [Se muere con las armas en la mano]^[42]. Su memoria permanece y será homenajeado como un *héroe*; su *voluntad*, mortificada a lo largo de una vida entera por el esfuerzo y el trabajo, el escaso éxito y el desagradecimiento del mundo, *se extinguirá en el nirvana*. (Carlyle ha escrito, en este sentido, el *Hero Worship*).

67

Detrás del mundo se esconde otra cosa a la cual tendremos acceso si lo merecemos, en tanto que *sacudamos el mundo*.

68

Tengo que confesarlo honestamente: la visión de *cada animal* me proporciona una alegría inmediata y me llega al corazón, especialmente la de los perros y después la de todo animal libre: el pájaro, los insectos y el que sea. La visión del ser humano me causa casi siempre, por el contrario, una decidida antipatía, pues depara por lo general y con raras excepciones las más desagradables distorsiones, en toda forma y relación: fealdad física, la expresión moral de pasiones abyectas y despreciables impulsos, signos de estupidez y de trastornos intelectuales y tonterías de toda clase y tamaño y, para finalizar, la suciedad como consecuencia de sus asquerosas costumbres; por ello me aparto de todo esto y huyo hacia la *naturaleza vegetal*, contento si me acompañan *los animales*. ¡Decid lo que queráis! La voluntad en el más alto grado de su objetivación no conserva ninguna bella visión, sino una repugnante. Pues el color blanco del rostro resulta ya algo contranatural y el cubrir todo el cuerpo con vestimentas constituye una necesidad triste del norte, una desfiguración.

69

¡Os burláis del los eones y kalpas del *budismo*! El *cristianismo* ha adoptado, en

efecto, un punto de vista desde el cual abarca con la vista solo un lapso de tiempo; el *budismo* ha adoptado uno en el cual se le manifiesta la infinitud del tiempo y del espacio, los cuales, además, han devenido su tema propio.

70

Para el *intelecto al servicio de la voluntad* —es decir, en su uso práctico— solo existen *cosas particulares*; para el intelecto que se implica en el arte o en las ciencias —es decir, que actúa por y para sí mismo y no al servicio de la voluntad— solo hay *generalidades*: todos los modos, especies, clases, *ideas* de las cosas; pues incluso el artista que se está formando quiere representar la idea, esto es, el género en el individuo. Esto es así porque la *voluntad* está dirigida meramente y de un modo directo hacia las cosas particulares: estas son propiamente sus objetos, ya que solo ellas tienen una realidad empírica; por el contrario, conceptos, clases, modos solo pueden ser objetos suyos de un modo muy mediato. De ahí que el tosco ser humano carezca del sentido necesario para las verdades generales. El genio, por el contrario, pasa lo individual por alto y lo echa a perder: el verse forzado a una actividad relacionada con lo particular como tal, la cual conforma el material de la vida práctica, supone para él una labor fastidiosa.

71

El *olimpo de los romanos* es el de los griegos, pues fue llevado muy pronto, en un periodo prehistórico del tiempo, por los griegos o pelasgos hacia Italia. Pero los *dioses romanos* tienen otros nombres que los griegos, es decir, tuvieron que introducirlos traduciéndolos en las lenguas existentes en el país: etrusco, oseo, umbro, o la que sea. Del mismo modo cuando el dios de los judíos, *Jehová*, fue llevado a los pueblos germánicos y godos tuvo que serles traducido con el nombre de algunos de sus dioses: *Wodan, Goudan, Godan, God, Gott*.

72

Quizá algunos se escandalicen de que la música, la cual con frecuencia nos eleva tanto que llegamos a creer que habla de mundos mejores que este que habitamos, mejor, en todo caso de lo que nuestra metafísica deja traslucir, favorezca la locura que supone la voluntad de vivir, en tanto que ella, la música, dibuja sus logros y expresa la alegría de vivir. *Et «anand sroup», quod forma gaudii est, ex hoc dicunt, quod,*

quocunque loco gaudium est, particula gaudii ejus est (Oupnekhat, vol. 1, pág. 405 y vol. 2, pág. 215). Y *anand sroup*, es decir, las formas de la *alegría*, así es denominado el espíritu primigenio: porque donde quiera que haya alegría, *constituye esta una pequeña parte de su alegría*.

73

Cuando uno va a una sesión espiritista, ve que *la mesa levita* e interpreta este hecho como un oráculo que le va narrando, de forma veraz, aspectos sobre lo ausente y lo futuro, ello puede ser explicado del siguiente modo: aquello que uno conocía de forma inconsciente es llevado ahora, mediante la mesa, a una forma consciente.

La voluntad, que igual que ha creado
el mundo lo arrebató,
puede también gobernarlo:
y transformar la mesa
en un animal de cuatro patas.^[43]

En nosotros se oculta un profeta celestial que cobra voz en el sonambulismo y en la clarividencia para anunciarnos aquello que permanece inconsciente antes y después de que despertemos. Este profeta conoce todo incluso durante el sueño profundo y busca, a menudo, imbuir este todo al cerebro en sueños alegóricos, más rara vez en teoremáticos. Con frecuencia no puede, sin embargo, proporcionarle más que un presagio insulso. Comparar con «sobre la visión de fantasmas», etc.^[44] La omnisciencia de este profeta, la cual se manifiesta de forma consciente gracias a los golpes en la mesa, sería algo así como un tono del que solo escuchamos su eco; o también como poder ver nuestro semblante no de una forma inmediata, sino solo en el espejo, a través de la repercusión de los brillos. Incluso cuando el que realiza la consulta del oráculo no toque la mesa, influye él mediante ella sobre quienes sí la están tocando, en virtud de la unidad de la cosa en sí presente en todos los seres, a través de la mesa. *Dupotet* consigue mediante su poderosa voluntad influir en las personas despojándolas de su voluntad, de tal forma que estas llevan a cabo todo tipo de movimientos con un solo *guiño* de aquel; se mueven, por tanto, siguiendo la voluntad de aquel, no la suya. Pues *una mesa* tiene también su voluntad, aunque una muy débil, que se manifiesta como gravedad: esta se ve superada, ahora bien, por la voluntad de las manos que las personas han colocado sobre la mesa, de tal forma que *esta* sigue la voluntad de las manos, en lugar de la *suya*.

74

Cuando alguien plantea si la naturaleza no debería haber dotado a los *insectos* al menos del entendimiento suficiente y necesario para no precipitarse en las llamas de la luz, aquí va la respuesta: en efecto, podría haberlo hecho, pero los insectos no sabían que los seres humanos iban a fabricar velas y las encenderían. *Natura nihil agit frustra* [La naturaleza no hace nada inútilmente]. Solo en un entorno no natural, como lo es el de los seres humanos para los insectos, el entendimiento de estos últimos no resulta suficiente para sobrevivir.

75

En las *matemáticas* la cabeza lidia con sus propias formas de conocimiento, tiempo y espacio; se parece al gato que juega con su propia cola.

76

Prefacio

Los profesores de filosofía han hecho realmente de las suyas para que el público no tenga, a ser posible nunca, conocimiento de mis escritos. A lo largo de 40 años han unificado sus esfuerzos con extraño tesón para suprimirlos y ahogarlos, para lo cual se han servido del medio más eficaz y cobarde: del unánime silencio y de ignorar a alguien. Durante casi 40 años he sido el *Caspar Hauser*, el que fuera con tanto esmero privado de la luz del día y encerrado con tanta firmeza entre muros, de tal forma que el mundo no supo nada de su existencia. Pero, al igual que Caspar Hauser pudo finalmente evadirse, así también mi filosofía ha tomado por fin aire y ha llegado hasta el público; pues el bien y lo auténtico siempre resultan por fin reconocidos, a pesar de que en todas las épocas la totalidad de los mediocres han cerrado filas para luchar contra ello, como si fuese el enemigo común. La gran mayoría de los profesores de filosofía me ignora aún, no me conoce; a decir verdad, he tenido que envejecer para llegar a vivir esto y ahora se burlan de mí diciendo que soy un anciano.

77

Los intentos de los neoplatónicos, Escoto Erigena, Jacob Böhm y Schelling, junto a

los seguidores de este último, por ofrecer una descripción y una construcción del *desarrollo de lo absoluto*, de dios o de algo similar sobre el origen del mundo (un breve cuadro sinóptico de ello se encuentra en *Caji Antibarbari logicus*, página 75^[45]) no son otra cosa, en realidad, que *los intentos por sacar algo de la nada*. Pero ocultas bajo esas demostraciones se hallan en el fondo las conservadas leyes de la naturaleza, las cuales no permitirían en absoluto que algo así ocurriese. De semejantes intentos yo me hallo totalmente libre.

78

La *lógica* se comporta con respecto a la *gramática* como el cuerpo con el vestido.

79

El conocimiento puro, libre de toda voluntad, surge cuando la conciencia de otras cosas se potencia en un grado tan alto que la conciencia de uno mismo desaparece.

80

Que somos *puro fenómeno*, en contraposición a la cosa en sí, queda demostrado, ejemplarizado e ilustrado por el hecho de que la *conditio sine qua non* de nuestra existencia es el continuo ir y venir de la materia, como alimento cuya necesidad retorna siempre: pues en este punto nos parecemos a las apariencias causadas por el humo, las llamas y el chorro del agua, las cuales dejan de producirse cuando falta la causa que las origina.

81

Se puede decir que *la voluntad de vivir* se manifiesta en puros fenómenos, los cuales no llegarán a ser absolutamente *nada*. Esta nada, con todos sus fenómenos, permanece, no obstante, en el seno de *la voluntad de vivir*, se halla fijada en su fundamento. Esto es ciertamente oscuro.

82

Cuando, al representarme el aspecto de un panorama lejano, me doy cuenta de que este se origina mediante las funciones de mi cerebro, esto es, el tiempo, el espacio y la causalidad, que son aplicadas sobre ciertas manchas que han surgido en mi retina, siento entonces que llevo *en mí* dicho panorama y percibo, de una forma extremadamente sensible, la identidad de mi ser con la de todo el mundo exterior.

83

Derivar *lo especial de lo general* puede ser considerado como el objetivo de cada *razonamiento*. Pero esto solo es posible cuando dos conceptos generales son puestos en contacto como (*terminus minor et major*) [término menor y término mayor], los cuales no pueden, como tales, aparecer en la *copula*, sino que se concretizan en una *precipitación* mediante la clara transparencia de su generalidad, de igual modo que una solución de metales se concretiza mediante un alcalino en una sustancia insoluble y colorida.

84

Es propio de las *representaciones budistas* que cuando narran el paulatino deterioro de las generaciones humanas, presenten el deterioro *físico* o las catástrofes en la naturaleza exterior como el efecto de los errores *morales* cometidos. De ahí que aún hoy en China sean contempladas las epidemias, malformaciones y cosas por el estilo como consecuencia de la decadencia moral del emperador. En todo ello se percibe como fundamento el pensamiento de que la naturaleza es la objetivación de la voluntad de vivir y resulta conforme a su condición moral: «Así como es su voluntad, así es su mundo», he dicho [*Die Welt als Wille und Vorstellung (El mundo como voluntad y representación)*, Band I, 397].

85

Comparándolos con los seres humanos poseen los animales una cierta expresión de *inocencia*, la cual contribuye a que su contemplación nos alegre tanto, sobre todo cuando se hallan en condiciones de libertad. Pero la irrupción de la razón, y con ella de la prudencia, ha despojado al *ser humano* de la *inocencia* de la naturaleza.

De este modo se puede interpretar también el mito del hombre que probó los frutos del árbol del bien y del mal. Solo los niños y —a decir verdad solo los chicos— llevan en sí mismos, y solo ocasionalmente, la impronta de la inocencia.

86

Se siente uno tentado de nombrar a los muy microscópicos y macroscópicos *investigadores de la naturaleza* los curiosos de la naturaleza.

La gente que piensa que la auténtica y única fuente de toda sabiduría reside en los instrumentos de laboratorio está en su modo de pensar tan equivocada como entonces lo estaban los escolásticos en el suyo: al igual que estos, los cuales se hallaban totalmente enredados en sus conceptos abstractos, batallando con ellos, sin conocer ninguna otra cosa salvo dichos conceptos, así también aquellos se hallan enredados en su mundo empírico, no admitiendo nada que no vean sus ojos y creyendo con ello haber llegado hasta el fundamento mismo de las cosas, no presintiendo que entre el fenómeno y la cosa en sí hay un abismo, una diferencia radical que solo puede ser explicada mediante el conocimiento y la determinación exacta de la parte subjetiva del fenómeno; y que las últimas y más importantes explicaciones solo pueden ser concebidas a partir de la propia conciencia, sin la cual nada puede avanzar un paso más allá de lo perceptible mediante los sentidos, esto es, no puede llegar más lejos que el problema mismo.

87

Aquello que visto desde dentro es la *facultad del conocimiento* es aquello que, visto desde fuera, es *el cerebro*.

88

No hay nadie digno de ser *envidiado*, pero sí son incontables aquellos de quienes *quejarse*.

89

Lo que una nación tiene que mostrar en las obras de *las bellas artes, de la poesía y de la filosofía* es la cosecha de su excedente de *intelecto* presente en ella.

90

Lo peor de todo es esto: como consecuencia de la subjetividad esencial de la

conciencia cada uno es por sí mismo el mundo entero, pues todo lo objetivo resulta solo mediato y constituye una mera representación del sujeto: todo depende de la conciencia de uno mismo. El único mundo que él realmente conoce y del que sabe algo lo lleva en sí mismo, como su representación. De ahí que para cada uno resulte uno mismo el todo y no pueda haber nada más importante para él. Así se representa, digamos, uno su propio ser en la consideración *subjetiva*; mientras que en la *objetiva* se reduce hasta casi la *nada*, es decir, hasta aproximadamente el 1/1.000.000.000 de la humanidad. Pero él sabe muy bien, con toda seguridad, que incluso este yo tan importante, este microcosmos que se manifiesta como una mera modificación del macrocosmos, esto es, que aparece como si fuese el mundo entero, debe desaparecer con la muerte sin que se inaugure, con total seguridad, una nueva perspectiva hacia otra vida. La muerte representa para cada ser el fin del mundo.

91

Para explicar la *invocación americana de los espíritus*, etc., se podría decir lo siguiente: tras la muerte solo queda la pura voluntad desnuda, sin resto del intelecto. Este precisa para percibir la existencia de un intelecto ajeno, del cual se apropia de una forma parasitaria (que le proporciona el *médium*), percibiendo a través de él y conforme a esta percepción, según la cual se sirve de cada voluntad, también de la voluntad del muerto, ejercitándola como fuerza mágica que es, mediante golpes, lanzamientos, etc.

92

Para ser un buen *actor* se debe: 1) ser alguien que tenga el talento de voltear hacia fuera su interior; 2) poseer la suficiente fantasía como para imaginar de forma vivida circunstancias y sucesos ficticios, de tal modo que conmuevan su interior; 3) tener entendimiento, experiencia y formación en tal medida que pueda comprender convenientemente los caracteres y las relaciones humanas.

93

Que la *verdad* suene extraña en vuestros oídos es suficientemente grave, pero eso no debe servirme de pauta.

94

Por esta razón le deben los *grandes espíritus* a los pequeños espíritus una cierta indulgencia: ya que gracias a la pequeñez de estos resultan aquellos grandes espíritus, dado que todo es relativo.

95

«Sin embargo, *los judíos* son el pueblo elegido». Puede ser, pero sobre gustos no hay nada escrito: mi pueblo elegido no son ellos. *Quid multa?* [¿Para qué tantas palabras?]. Los judíos son el pueblo elegido de su dios, y él es el dios elegido de su pueblo: y esto no le incumbe a nadie.

96

Las *obras* son la *quintaesencia* de un espíritu: de ahí que resulten con frecuencia, incluso cuando se trata del más grande, más valiosas que el propio trato con este espíritu, al cual sustituyen en lo esencial, llegando además a superarlo con creces, dejándolo tras de sí. Incluso los escritos de una cabeza mediocre pueden resultar instructivos, dignos de leer y amenos, porque constituyen la *quintaesencia*, el resultado, el fruto de todo su pensamiento y sus estudios; mientras que su trato puede dejarnos insatisfechos. Por esta razón se pueden leer libros de gente cuyo trato no nos resulta satisfactorio; por eso la cultura intelectual superior nos lleva paulatinamente a buscar entretenimiento casi solo en los libros y no más en los seres humanos.

97

El tan serio y reputado *teísmo* supone necesariamente que el mundo se halla dividido en *cielo y tierra*: en *esta* deambulan los seres humanos; en *aquel* está dios, quien reina sobre ella. Si ahora la astronomía le quitase el cielo, habría quitado *a su vez* a dios: pues la astronomía ha extendido tanto el mundo que no queda ya ningún espacio para dios. Pero un ser personal que, como cada dios resulta indispensable, no tuviera ningún *lugar*, sino que estuviera en todos los sitios y en ninguno, podría existir meramente en palabras; no se deja, así, imaginar y, por lo tanto, tampoco se podría creer en él. A medida que la astronomía física se populariza debe ir desapareciendo, por consiguiente, el teísmo, por muy sólidamente inculcado que este, mediante una incesante y solemne repetición, se halle en el ser humano.

Hay tres aristocracias: 1) la del nacimiento y rango; 2) la aristocracia del dinero; 3) la aristocracia intelectual. Esta última es, propiamente, la más distinguida y así será reconocido solo con dejar transcurrir el tiempo: pues como dijo Federico el Grande: *les âmes privilégiées rangent à l'égal des souverains* [«Los espíritus privilegiados están a la misma altura que los soberanos»]^[46]. Y se lo dijo a su mariscal de campo, para escándalo suyo, pues mientras ministros y generales estaban sentados en la mesa de los mariscales, Voltaire tenía asiento guardado en la mesa donde se sentaban exclusivamente los señores gobernantes con sus príncipes. — Cada una de estas aristocracias está rodeada de un ejército de envidiosos, quienes con disimulo tratan de exasperar a cada miembro de su propia aristocracia; y, si no tienen nada que temer, se esfuerzan en darle a entender, de las más variadas maneras, que «¡tú no eres más que nosotros!». Pero precisamente estos esfuerzos traicionan su convencimiento de lo contrario. Los envidiados, contrariamente a aquellos, aplican el procedimiento de mantener a distancia a todo este batallón de miembros de su propia aristocracia, evitando todo lo posible cualquier contacto con ellos, de tal forma que permanezcan separados mediante un ancho abismo; y si esto no es posible, en un soportar extremadamente relajado de sus esfuerzos, cuya fuente neutraliza: y esto mismo observamos que se aplica en general. Por el contrario: un miembro de una aristocracia tolera normalmente sin envidia ni mayor problema a un miembro de las otras dos aristocracias, pues cada uno pone en la balanza sus preferencias contra las del otro.

El *humanismo* conlleva en sí el *optimismo* y resulta en la misma medida falso, parcial y superficial. Por ello se alzó hace 40 años contra su dominio en la bella literatura alemana, dominio que también se extendía a las obras de Goethe y Schiller, el denominado *romanticismo*, en tanto que este volvía sus ojos al espíritu del cristianismo, el cual es *pesimista*.

Hoy en día se alza por las mismas causas contra el humanismo, cuya influencia amenaza con dar ocasión al *materialismo*, el partido ortodoxo y devoto, aferrándose al lado pesimista y validando, por ello, el *pecado original* y la *salvación del mundo*. Pero este partido debe después asumir toda la mitología cristiana y defenderla realmente en *sensu proprio* [en sentido propio], empeño en el que no puede triunfar actualmente. Antes bien debería saber que el conocimiento del pecado natural y de la perversidad del género humano, de la miseria del mundo, junto a la esperanza de su redención y la liberación del pecado y de la muerte, no es, de ninguna manera, algo característico del *cristianismo* y, por ello, inseparable de su extravagante mitología:

todo ello se halla expresado mejor, de una forma más clara y en un mayor ámbito, en las más antiguas religiones de Asia y a través de la mayoría de sus generaciones, donde, adoptando otra forma, estaba ya presente hace mucho, antes de que llegase el Nazareno.

100

La *infamia* es el *pegamento* que mantiene unidos a los hombres: si falta aquel, estos inician su declive. Cuando me tocó vivir esta experiencia por primera vez, en mis años mozos, no sabía adónde me conducía.

101

Mi *contemplación* de un cuerpo en el espacio es el producto de mi función de los sentidos y del cerebro con X.

102

Tan pronto uno habla de *dios*, no sabe *de qué* está hablando.

103

El carácter de las cosas de este mundo, es decir, del mundo de los hombres no es, como suele decirse, la *imperfección*, sino más bien la *deformación* en lo moral, lo intelectual, lo físico, en todo.

104

*All the world is a stage,
And all the men and women the players on it.
(Sic fere [más o menos], As you like it).*^[47]

¡Muy acertado! Cada uno tiene, independientemente de lo que él sea realmente, un *papel* que interpretar, el cual le ha sido dado desde fuera por el destino y que determina su posición, su educación y sus relaciones. La moraleja más acertada, me parece, esta: que en la vida, como en el escenario, se debe distinguir a los actores de sus papeles; esto es, al ser humano como tal de lo que él representa: de los roles, posición y relaciones que le vienen dadas. Con qué frecuencia el peor actor hace de rey y el mejor de mendigo; así puede suceder también en la vida, resultando, por tanto, una grosería confundir al actor con sus papeles.

105

Vauvenargues dijo:

1) *Les grandes pensées viennent du cœur.*

[Los grandes pensamientos vienen del corazón].

2) *La clarté est la bonne foi des philosophes.*

[La claridad es la carta de fe de los filósofos].^[48]

Quiero leerle.

106

Los actuales filósofos de la universidad o de la corte niegan, por el contrario, serlo y fingen tener la libertad del investigador. Pero entonces sucede lo que ya Napoleón I señaló como un gran inconveniente: *les paroles ne vont pas aux choses* [Las palabras no concuerdan con las cosas].

107

El deseo de todo el mundo de ser *recordado* tras su muerte y que en las aspiraciones más elevadas asciende al *deseo de fama póstuma*, me parece salido del apego a la vida; el cual, cuando se ve separado de toda posibilidad de alcanzarlo en la existencia real, se agarra ahora a lo único presente que le queda, aun cuando sea solo un ideal, es decir, una sombra.

108

El ser humano es algo diferente de una nada animada: *y los animales también.*

109

Entre hombre y hombre se halla con frecuencia, como una tumba ancha, el *egoísmo*. Si alguna vez salta uno realmente sobre ella para ayudar al otro, es como si sucediera un milagro, el cual cosecharía el asombro y el aplauso.

110

Nos conocemos a nosotros mismos, como también a los otros, *solo de una forma empírica*, por lo tanto *cuando* se da la mera ocasión para ello. Dependiendo de cómo en unos casos nos hayamos mostrado, si prudentes, valientes, independientes, finos, inteligentes, o como quiera llamarse, o, en otros casos careciendo de tales virtudes, estamos, cuando alguien entra en contacto con nosotros y nos conoce, satisfechos con nosotros mismos o todo lo contrario.

111

Julius Stahl, *Philosophie des Rechts*, volumen 2, edición 3, 1854, pág. 280, menciona *à propos de bottes* [sobre la barba del Kaiser], que *Schelling* dijo: «todo ser es *voluntad*, la *voluntad* es aquello que resiste en la materia». Pero no dice dónde y cuándo dijo esto Schelling.

112

Pretender que un gran espíritu crea seriamente en la religión *cristiana* o en cualquier otra, es como pretender que un gigante se calce el zapato de un enano.

113

Toda filosofía *dogmática trascendente* constituye un intento de construcción de *la cosa en sí* según las leyes del *fenómeno*, el cual está destinado a fracasar, del mismo modo que si intentáramos cubrir dos figuras absolutamente desiguales superponiendo una sobre la otra: empresa que no suele finalizar con éxito, ya que, como quiera que se las coloque, muy pronto sobresaldrá esta o aquella esquina.

114

La *novela* extrae de la vida todo lo particular, lo escenifica de forma precisa en su individualidad; manifiesta, sin embargo, a través de ello la totalidad de la existencia humana, en tanto que parece ocuparse solo de lo particular, cuando, en realidad, trata de aquello que persiste por doquier y para siempre.

Y esto que acabo de decir vale realmente para toda obra de arte, cualquiera que

sea su género.

115

La razón del *envejecer y del morir* no es física, sino metafísica.

116

Entre las muchas condiciones que pudieron propiciar el surgimiento de las obras de *Shakespeare*, está también la siguiente: el tener ante sí una nación *inteligente* que le sirvió tanto de modelo como de reto para su ingenio, como no podría haberlo hecho ningún otro país de Europa.

117

El gran *poeta dramático* es asimismo tan bueno como el virtuoso; mediante un *tat twan asi* [Esto eres tú], mediante una identificación inmediata con los otros (los personajes de su drama), en los cuales encuentra de nuevo su propio ser, o más bien se pone en su lugar y ahora uno, luego otro, apropiándose de ellos, va hablando por ellos como un ventrílocuo: ora como un héroe y enseguida como una joven, inocente muchacha, cada cual de una forma veraz y natural.

Videatur [véase] Goethe *et* Shakespeare.

118

Lo que no gusta de la *sociedad* a los grandes espíritus es la igualdad de los derechos; en otras palabras, las reivindicaciones, teniendo en cuenta la desigualdad de las capacidades y de los rendimientos (sociales) de los demás.

119

Aquello que se opone al hecho de *llegar a ser inteligente y sabio* es, entre otras cosas, *la brevedad de la vida*: cada 30 años viene una nueva generación que no sabe nada y que tiene que comenzar de cero.

120

Quien crea que la existencia se limita a su vida actual se tiene a sí mismo por una nada animada: pues hace 30 años no era nada y a partir de los 30 años vuelve a ser una nada.

121

La belleza del muchacho se comporta respecto a la belleza de la muchacha como la pintura de óleo a la de pastel.

122

Es muy natural que cuanto más fe se exija a un profesor, menos erudición producirá; al igual que en los tiempos de Altenstein era suficiente con reconocerse seguidor del sinsentido hegeliano. Pero desde que la erudición ha sido sustituida por la fe en la ocupación de las cátedras, los señores ya no se esfuerzan por ser eruditos. Los *Tartüffes* deberían poner más cuidado y preguntarse: «¿quién se creará que nos lo creemos nosotros mismos?». Que *los señores* hayan llegado a ser profesores es algo que atañe solo a quienes les han nombrado: yo solo los conozco como escritores pésimos, cuya influencia trato de contrarrestar.

123

Cuando atrapo a una *mosca*, está claro, pues, que no he matado a *la cosa en sí*, sino meramente su *fenómeno*.

124

Las *ideas platónicas* son los *universalia ante rem* [antes de ser particulares]: a partir de su fragmentación en la *res* vuelven a ser reunificadas por la razón bajo los *conceptos* de *universalia post rem* [tras haber sido particulares], entonces son comparables a las plantas en un herbolario que han sido secadas y han perdido su plasticidad.

125

La concepción de las cosas como *quietivo* de la voluntad es lo que la iglesia denomina como *la gracia*; en tanto que nos sobreviene desde fuera sin nuestra intervención, viene como caída del cielo: pero al igual que según la doctrina de la iglesia es necesaria la aceptación de la gracia para que esta obre, así también resulta el efecto del *quietivo* [tranquilizante] en última instancia un acto libre de la voluntad.

126

Los todopoderosos señores de la universidad opinan que les debo respeto, por el mero hecho de que no lo han tenido hasta ahora por mi parte.

¿Opinan *los profesores de filosofía* que se puede amar la verdad, incluso dedicar su vida a ella, sin que uno sienta la más profunda indignación por sus actividades? Primero han elevado al cielo durante 30 años al burdo charlatán de Hegel y ahora trabajan con fuerzas reunidas para rebajar a Kant, con el mero propósito de colocar en su lugar a la mitología judía. Dicho sin rodeos: mi intención es acabar con la profesión filosófica de estos charlatanes. El Estado debe pensar en otros medios para adaptar a sus fines a su personal laboral, profesores, pastores y médicos y no abusar de la más alta aspiración de la humanidad: la filosofía.

127

Puesto que las *obras de los genios* son reconocidas frecuentemente de una forma tardía, rara vez son gozadas por sus contemporáneos con la frescura del colorido que le presta la actualidad y el presente, sino que, al igual que los higos y los dátiles, lo son más bien en condiciones secas que frescas.

128

Cuando uno *logra alcanzar una edad avanzada* siente, empero, todavía en su interior que sigue siendo exactamente el mismo que era cuando joven, incluso cuando niño: esto resulta invariable, pues el núcleo de nuestra esencia permanece con frecuencia el mismo y no envejece con el tiempo, ya que *no está en el tiempo* y resulta, por tanto, indestructible.

129

El optimismo es el elogio injustificado de sí mismo del auténtico y legítimo creador del mundo.

130

Sería encantador, por cierto, que el intelecto no pereciera *con la muerte*: en ese caso podríamos llevarnos al otro mundo todo el griego que hemos aprendido en este.

131

Cada vez que *dormimos* cedemos un pedazo a la *muerte*, pues el sueño es como un préstamo *anticipado* que obtenemos y renovamos tras un día agotador. *Le sommeil est un emprunt fait à la mort* [El dormir es un trozo hipotecado de la muerte]. El dormir es como un préstamo concedido por la muerte para conservarnos la vida. O también: *es la renta provisional* de la muerte, como lo es asimismo el pago a plazos del capital. Dicho pago será tanto más tarde exigido, cuantos más ricos sean los intereses y más regularmente sean pagados.

132

En todas las épocas se han esforzado en la *República de los Ilustrados* en alzar a los mediocres de cada disciplina, mientras que se ha menoscabado y tratado de eliminar por resultar incómodos a los verdaderamente valiosos, a los grandes.

133

Es siempre algo grave que las palabras no se ajusten a las cosas, como por ejemplo, cuando alguien habla de moral rigurosa y, sin embargo, actúa de forma viciosa.

Sobre la *poligamia* no hay nada *que objetar*, puesto que se trata de una realidad existente por doquier que requiere meramente ser *regulada*. ¿Dónde hay, pues, auténticos monógamos? Todos vivimos *al menos* durante un tiempo, la mayoría incluso siempre, en poligamia. Dado que cada hombre necesita muchas mujeres, nada más justo que tenga la libertad, incluso le corresponda el procurarse muchas mujeres. Con ello se está además reduciendo a la mujer a su lugar correcto y natural como ser subordinado; y la *dama*, ese monstruo de la civilización europea y de la estupidez cristiano-germana con sus ridículas pretensiones de respeto y veneración, será despachada fuera de este mundo, y solo habrá, pues, *mujeres*; pero que no haya *ninguna mujer infeliz* más, como ahora, que Europa está llena de ellas. Los *mormones* tienen razón.

134

La *riqueza* es como el agua salada: cuanto más se bebe de ella, más sed se tiene. Lo mismo ocurre con la fama.

135

Si la forma del intelecto no fuera el *tiempo* cada especie animal, también el ser humano, se reconocería como un ser único, existente e imperecedero. Que lo absurdo de nuestra existencia se nos presente como la *vanidad* de todas las cosas proviene asimismo de la forma de nuestro intelecto, *del tiempo*.

136

Los encantos de los privilegios de rango, de nacimiento, incluso de la realeza, de la

riqueza y otros similares se comportan con respecto a los *verdaderos encantos personales*, como tener un gran espíritu o un corazón generoso, de igual forma que se comportan los reyes del teatro con respecto a los auténticos reyes.

137

Nuestra *vida es tan pobre* que ningún tesoro del mundo podría hacerla rica: pues las fuentes del placer serán percibidas muy pronto como algo trivial y resultará inútil excavar en busca de la *fons perennis* [la fuente eterna]. De ahí que haya solo dos formas de uso de la *riqueza* para el beneficio propio: o se la utiliza para aparentar y jactarse de una majestuosidad imaginaria, por cuya veneración enloquecen las turbas de gente; o se la deja crecer más y más evitando todo dispendio inútil, para disponer siempre de un arma defensiva más fuerte y multiplicada contra la desgracia y las carencias, en vista de que la vida es tan rica en males, como pobre en satisfacciones.

138

A propósito de la utilización *ad vocem* [de la palabra] «barba» como medida de la cultura de cada época: de ahí que florecieran barbas en la *Edad Media*, ese milenio de rudeza e ignorancia, cuyas vestimentas y arquitectura se empeñan en imitar nuestros más nobles contemporáneos.

139

Los teólogos buscan tan pronto alegorizar los *milagros* de la Biblia como naturalizarlos, para deshacerse de ellos de algún modo, pues sienten que *miraculum sigillum mendacii* [los milagros son un signo de la mentira].

140

Un *sabio* solo lo es con la condición de vivir en un mundo lleno de necios.

141

El cerebro no es (como pretende Flourens) el sitio donde reside la *voluntad*, sino

simplemente la *arbitrariedad*, es decir, es el lugar de las deliberaciones, el taller de las decisiones, el campo de batalla de los motivos, entre los cuales aquel que con más fuerza determina la voluntad acaba expulsando a los demás y toma las riendas. Este motivo no es, sin embargo, objetivo, sino subjetivo, esto es, es el motivo más fuerte para la dominante voluntad aquí presente. Imaginemos dos hombres con la misma capacidad de entendimiento y con la misma formación, pero con muy diferentes, incluso opuestos, caracteres, en la misma situación. Sus motivos, también sus deliberaciones (es decir, su *ponderación*), son básicamente las mismas, pues esto forma parte del trabajo del intelecto, del cerebro objetivo. Pero las acciones de ambos serán muy diferentes, ya que lo que produce esa diferencia, el factor decisivo aquí es *la voluntad*. Solo ella mueve los miembros, no los motivos. Su lugar no está en el cerebro, sino en todo el hombre, como su mera manifestación, esto es, su visible objetivación.

142

Casarse significa hacer lo posible por hastiar al otro.

143

Yo enseño *que todo el cuerpo no es otra cosa que la propia voluntad*, la cual ha penetrado en el concepto de cerebro y de ahí ha pasado a las formas de conocimiento. De ahí se sigue que la voluntad se halla presente en la misma medida en todas las partes del cuerpo; como se puede probar en el caso que nos ocupa, puesto que tanto las funciones orgánicas como las animales son obra suya. Cómo puede esto, sin embargo, combinarse con el hecho de que las *acciones arbitrarias*, estos actos innegables de la voluntad, provengan, no obstante, del *cerebro*, vayan a parar primeramente y mediante la médula en los troncos nerviosos, los cuales ponen finalmente los miembros en movimiento, cuya parálisis o corte anulan, por tanto, la posibilidad de los movimientos arbitrarios. Deberíamos pensar entonces que la voluntad, como el intelecto, reside solo en el cerebro y, al igual que aquel, consiste en una mera función del cerebro.

(*In summa*: el cerebro no es el lugar donde reside la voluntad, sino *solo los actos motivados por esta*, o lo que es lo mismo: por la arbitrariedad).

Pero esto no es todavía del todo cierto: todo el cuerpo es voluntad y permanecerá siempre como el lugar de la manifestación de la voluntad en la contemplación, pues el cuerpo es la voluntad misma objetivamente contemplada. Aquel proceso según el cual se llevan a cabo los actos de la voluntad se basa en que la voluntad, la cual se

exterioriza, como ya se sabe, en cada manifestación de la naturaleza, también en la inorgánica, hace acto de presencia en el cuerpo humano y animal como una *voluntad consciente*.

Una *conciencia* es, no obstante, algo esencialmente unitario, de ahí que exija constantemente un punto de unidad central. La necesidad de la conciencia será, como he expuesto frecuentemente, motivada mediante lo siguiente: que como consecuencia de la complicación ascendente y a través de las más variadas necesidades de un organismo, los actos de la voluntad deben ser encauzados mediante los *motivos*, no ya como en los niveles más profundos, que lo hacen mediante meras estimulaciones. Para conseguir esto la voluntad debe aparecer con una conciencia cognitiva, esto es, con un intelecto, como el medio y el lugar de los motivos. Este intelecto, si se contempla objetivamente, se presenta como el cerebro mismo junto a sus dependencias, es decir, la médula espinal y los nervios. El intelecto es el lugar donde se producen las representaciones a raíz de las impresiones exteriores, las cuales se constituirán en motivos para la voluntad: en el intelecto *racional* experimentan, sin embargo, además todavía otro procesamiento mediante la reflexión y la meditación. Un intelecto tal debe entonces, ante todo, reunir en *un* punto todas las impresiones, junto a su procesamiento mediante sus funciones, bien sea para la mera contemplación o para los conceptos; punto este que será el foco de todas sus radiaciones para que tenga lugar aquella *unidad* de la conciencia que es el *yo teórico*, el portador de toda la conciencia, en la cual este yo se muestra idéntico con el *yo volitivo*, cuya mera función es cognitiva. Aquel punto de unidad de la conciencia o yo teórico es lo mismo que la unidad sintética de la apercepción kantiana en la que se alinean todas las representaciones como en un collar de perlas, gracias a la cual el «yo pienso» puede acompañar todas nuestras representaciones como el hilo del collar de perlas. Este lugar de almacenamiento de los motivos, donde una vez ha tenido lugar su entrada en el foco unitario de la conciencia, es el cerebro: los motivos son aquí meramente contemplados en la conciencia a-racional, para pasar después a ser explicados mediante conceptos en la conciencia *racional*, esto es, en un primer momento pensados y comparados *in abstracto*; sobre dichos motivos decide la voluntad acorde a su carácter individual e inmutable y así nace la decisión, la cual activa de ahí en adelante, gracias al cerebelo, a la médula y a los troncos nerviosos, a los miembros externos. Pues, aun cuando la voluntad está presente de forma inmediata en estos, en tanto que estos constituyen su mera manifestación, precisa la voluntad de tal aparato para activarse a partir de los *motivos* y de las reflexiones, para la interpretación y procesamiento de las representaciones de tales motivos, en cuya constitución se manifiestan aquí sus actos como decisiones. Al igual que la alimentación de la sangre a través del quilo^[49] precisa de un estómago y de los intestinos, en los cuales será preparada aquella, para después, ya como sangre, fluir a través suyo, a través del *ductus thoracicus*, el cual juega aquí el papel que allí juega la médula espinal. La cuestión se puede resumir de la forma más fácil y general como

sigue: la voluntad se halla en todas las fibras musculares del cuerpo entero como irritabilidad, presente de una manera inmediata, como un absoluto y continuo impulso hacia la actividad. En el caso de que este impulso llegue a realizarse, es decir, a exteriorizarse como movimiento, este movimiento debe entonces, como tal que es, tener alguna dirección: esta dirección debe ser *determinada*, sin embargo, mediante algo, esto es, precisa un conductor, que es el sistema nervioso. Pues a la mera irritabilidad, tal y como se encuentra en las fibras musculares y dado que consiste en pura voluntad, todas las direcciones le son iguales; es decir, no se dirige a ninguna en concreto, sino que se comporta como un cuerpo atraído de igual manera por todas las direcciones; el cuerpo reposa. Solo cuando la actividad nerviosa entra en juego como motivo (en los movimientos reflejos como estimulación) recibe la fuerza impulsora, es decir, la irritabilidad, una dirección determinada y suministra, entonces, los movimientos. Se puede comparar de forma general todo el proceso de la cuestión con una máquina, cuyas fuerzas mecánicas están presentes y son activas en cada una de sus partes, pero que precisa ser puesta en funcionamiento a partir de *un* punto determinado, esto es, el hilo sobre el que tirar para que comience a funcionar. O más breve: la acción del cerebro y de los nervios motores se comporta con respecto a la contracción de los músculos como la mecha del disparo de un cañonazo. Las tensiones y las convulsiones pueden ser comparadas con un cañonazo perdido debido a motivos casuales, sin intervención de la mecha. Los únicos actos externos de la voluntad que no precisan, sin embargo, de motivos ni tampoco del procesamiento de las meras estimulaciones para las representaciones en el cerebro para convertirse en motivos, pues suceden de forma inmediata mediante las estimulaciones, la mayoría interior, son los *movimientos reflejos*, procedentes de la mera médula espinal, como por ejemplo, los espasmos y calambres *ubi voluntas absque cerebro agit* (donde la voluntad actúa independientemente del cerebro).

144

Somewhere.

Mi ojo es el que ve, pero para ver precisa de la *luz*. Asimismo es mi voluntad la que dirige mi *obrar*: pero solo puede hacerlo bajo la mediación del conocimiento, el cual es una función del cerebro; de ahí que las únicas resoluciones de la voluntad procedan del cerebro. El cerebro no es donde reside la voluntad, sino la arbitrariedad, es decir, el lugar donde operan los motivos.

145

¡Y la fascinación ha llegado a alcanzar tal grado que se piensa muy seriamente que la clave del misterio del ser y de la existencia de este mundo admirable y enigmático se encuentra en las miserables *relaciones químicas*! En realidad, la locura de los alquimistas, que buscaban la piedra filosofal y esperaban fabricar oro, es una nadería comparada con la locura de nuestros *químicos fisiológicos*.

146

Sobre el dicho de Jean Paul, *que el genio consiste en la gran prudencia*, se pueden hacer todavía las siguientes aclaraciones:

El animal vive sin ninguna *prudencia*: no hace memoria. Tiene conciencia, es decir, reconoce su bienestar y su dolor, también los objetos que los originan: pero lo reconoce de una forma inmediata, no mediata y aprehende su propia existencia meramente de una forma *subjetiva*, no objetiva; de ahí que le parezca que las cosas se entienden por sí mismas, de tal manera que, para él, esto nunca pueda convertirse ni en reproche (objeto de la representación) ni en problema (objeto de la meditación). Su conciencia es, por tanto, algo totalmente *inmanente*.

Todo esto resulta también válido para la mayoría de la raza humana, aunque con mucho menor fundamento, pues aún más: su conciencia es, si no en igual medida sí de una forma cercana, una condición predominantemente inmanente: esto es, reconoce las cosas *en* el mundo, pero no el mundo; reconoce una forma de obrar y de sufrir propios, pero no propiamente el obrar y el sufrir.

También el ser humano posee una percepción de sí mismo y de las cosas más bien directa que indirecta, más subjetiva que objetiva. No obstante, de vez en cuando circulan en su cabeza, aunque en raras ocasiones y de nuevo, con muy diferentes grados de lucidez, preguntas como: «¿Qué es todo esto?», o «¿Cómo fue esto realmente creado?». Lo que hace al gran filósofo, así como al artista y al poeta, es la capacidad de llegar a la gran claridad y la presencia continua que precisa la primera pregunta. Por esta razón el ejercicio de estas dos supremas profesiones (del filósofo y del artista) hunde sus raíces en la *prudencia*, es decir, en la claridad con la cual ambas profesiones toman conciencia del mundo y de sí mismos, esto es, cobran conocimiento de ello. Este proceso está, sin embargo, condicionado a que el intelecto, a través de su hegemonía, se desprenda en su momento de la voluntad, a cuyo servicio estaba originalmente.

147

El destino de mi filosofía y el de la doctrina de los colores de Goethe demuestran qué

clase de *espíritu indigno* y vil domina en la *República de los Ilustrados alemana*.

148

Los críticos estafadores permanecen en el anonimato para ejercitar el mal y, al mismo tiempo, denigrar la corrupción de forma impune, esto es, para *poder engañar al público*. ¡Se debería tratar con ellos, como tales, con más frecuencia y hablar con ellos en el tono adecuado y no llamarles críticos, sino estafadores!

149

Ad proximam praefationem: in fine

[En el prólogo inminente, hacia el final]^[50]

Una parte del público habrá notado cómo los profesores de filosofía y sus primos (la chusma literaria) se lanzan sobre mí con excrementos y piedras, pero con tan poco seso que no han previsto que tanto los excrementos como las piedras caigan sobre sus propias cabezas. Yo, por mi parte, contemplo la escena como alguien que, subido en un globo y en lo alto flotando, percibe los esfuerzos de los pequeños golfos descoyuntándose los brazos para arrojarle piedras. El público, por su parte, se dará cuenta de que la intención no es otra que arrebatarle lo bueno de las manos y depositar sobre ellas lo malo. Para empezar se han esforzado con increíble celo en demostrar a lo largo y a lo ancho que mi filosofía no consiste realmente y de ningún modo en mitología judía, y creen que con esto ya la han destruido sobradamente. Pero no queda ahí la cosa, pues desde que «licenciados, doctores, escribanos y curas» [Goethe, *Faust*, I, 367] *nolentibus volentibus* [queriendo o sin querer] han soltado al fin su lengua contra mí, necesitan de ella principalmente para mentir, lo cual constituye un vicio propio de subordinados del cual deberían avergonzarse: (pero estos consejeros han resultado ser en gran parte solo avispados *funcionarios: hence it is they have no gentlemanly feeling* [de ahí se deriva que no tengan las maneras de un caballero]). Las universidades deberían, sin embargo, tenerse a sí mismas por algo más digno y no permitir que se introdujeran en sus programas de estudio tales mentiras, como, por ejemplo, que yo había dicho en una carta a Rosenkranz que Kant había querido evitar la apariencia de la paradoja, lo cual... fue enseñado y después en un tono trivialmente cómico refutado^[51]. De ahí que me *permita* aquí de nuevo expresar la observación que aparece al final de mi prólogo a *Sobre la voluntad en la naturaleza*: pues la rabia con la que esta gente arremete contra mi filosofía, la cual se ha abierto camino pese a su resistencia, es el mismo *comentario* a sus 35 años de severa y exitosa *segregación*. Por esta razón no me parece mal su furia contra mí, la

cual dirigen hacia mi persona mediante todas las formas posibles de ofensa, y consiento gustosamente en ello, ya que la causa de todo ello me es conocida y me resulta agradable. Puesto que no pueden producir el bien, no le permiten tampoco manifestarse. No tengo nada en contra de que muestren al mundo lo que son y tampoco sus intentos frustrados para denigrarme, ya que mientras lo hacen se prostituyen ellos mismos a pedir de boca: antes bien, me divierte su rabia, cuya causa conozco, pues no es otra que *la filosofía seria ha rezagado a la farsa universitaria, y esta se hunde ahora en su propio lodo; hinc ille ululatus* [de ahí aquel lloriqueo]. Ellos muestran mediante su bramido e insultos contra mí, cada vez más acentuados, lo que son; no sabía, sin embargo, que esto les podía ocasionar algo grave. Entre sus armas hay solo una que puede alcanzarme y herirme realmente; es la mentira y su anomalía: la gran tergiversación; de ahí que considere que sea posible que exista todavía en algún lugar gente tan simple que pretenda conocerme por la boca de tales profesores de filosofía, por ello me permito, etc.

Quien con tan malas intenciones se ha extraviado en las más altas regiones, se asemeja a un *pickpocket* [carterista] disfrazado con un traje de caballero.

Los profesores de filosofía, cuya arma más fuerte, callar y segregarse, se ha agotado finalmente, se ven reducidos ahora a censurar, a la denigración, a despreciar, a la increpación, a insultar, a la desfiguración y a mentir: pero esto no les sirve de nada y no podrán nunca más desviar al público, que busca la verdad y la claridad, de mis obras para conducirlo a sus palabras huecas, a su servil cotilleo falto de espíritu, malintencionado y beato. Antes bien será reconocido que a ellos les da igual el espíritu, la verdad y la claridad, ya que el objeto de su afán son el salario, los honorarios y los títulos.

Es natural que la franqueza de mi exposición en el prólogo a *Sobre la voluntad en la naturaleza* haya provocado en los profesores de filosofía la más extrema rabia. Algunos parecen, sin embargo, tener por máxima la siguiente: *a una zafia verdad pertenece una zafia mentira*.

Ellos muestran francamente aquello que, si tuviesen algo de entendimiento, ocultarían cuidadosamente, a saber: que detestan lo auténtico, lo verdadero y lo grande.

Ya no es solo que los señores no puedan hacer el bien, no quieren siquiera que se manifieste y, además, conjuran contra él. Muy bien, confiad solo en que el público no descubra lo que sois; confiad también en que yo os guarde respeto: ahí estáis bien aconsejados. Queridos, vuestra hora ha llegado.

¿Puede haber algo más indigno para un profesor de filosofía, esto es, un hombre que vive de la filosofía —por emplear una palabra prudente— que inducir a culpar a alguien de *ateísmo*? Esta acusación ya ha sidoalzada contra mí por tres de ellos.

Los señores harían bien en comedirse un poco en su *griterío sobre el ateísmo* reflexionando sobre en qué se fundamenta el *teísmo*, a saber: 1) Revelación, 2) Revelación y 3) Revelación, y sobre nada más en el mundo; para que no nos

induzcan, una vez en el calor de la discusión, a olvidar la cortesía que se le debe, en todas partes, a la revelación.

150

La cotidiana y natural *gesticulación* que acompaña a cualquier conversación animada constituye una lengua propia, concretamente una mucho más general que aquella de las palabras; en tanto que, independientemente de estas, se trata de la misma lengua en todas las naciones. Mientras que cada uno hace uso de ella según la medida de su viveza, en algunos casos, como por ejemplo, los italianos, se le añaden aún unos pocos gestos puramente convencionales que gozan de una validez solo local. Su generalidad resulta análoga a la de la lógica y la gramática, en tanto que radica en que la gesticulación expresa solo lo formal y no lo material de cada conversación: se diferencia, no obstante, de aquellas en que se refieren no solo a lo intelectual, sino también a lo moral, es decir, a los impulsos de la voluntad. La gesticulación acompaña, así pues, a la conversación como un auténtico bajo continuo acompaña a la melodía y sirve, al igual que esta, para potenciar el efecto del mismo. Lo más interesante de todo resulta la total identificación de cada gesto, dado que el aspecto *formal* de la conversación es el mismo; mientras que el aspecto *material*, esto es, la materia de los gestos, puede ser todo lo heterogéneo que sea en cada ocasión. De ahí que contemplando, por ejemplo, desde la ventana, una conversación avivada pueda, sin entender ni una sola palabra, comprender muy bien el sentido general, es decir, el sentido puramente formal y típico de lo que se está diciendo; en tanto que puedo percibir de forma certera cómo el hablante está ahora argumentando, exponiendo sus razones, luego está limitando estas, para después enfatizar sus razones y, victorioso, extraer su conclusión. O quizá cómo él refiere, expone de manera palpable, por ejemplo, una injusticia cometida contra él, el endurecimiento, la estupidez, la indocilidad del adversario y lo dibuja vivamente y de forma acusadora; o cómo cuenta que ha urdido y llevado a cabo un plan refinado, exponiendo después, triunfante, el éxito; o quizá se lamenta de que cómo él, a causa de la mala suerte del destino, ha sufrido, no obstante, una derrota; o también que reconoce en este caso su desamparo; o quizá cuenta cómo se ha dado cuenta a tiempo de las maquinaciones de los otros, les ha calado y gracias a hacer valer sus derechos o mediante la utilización de la violencia, las ha desbaratado y ha castigado al artífice de ellas; y cientos de cosas análogas. A decir verdad, creo que la mera gesticulación arroja el contenido esencial, moral o intelectual de toda conversación *in abstracto*, esto es, la quintaesencia, su auténtica sustancia, la cual permanece idéntica en las diferentes ocasiones y, por consiguiente, con diferente material, con respecto a los cuales se comporta como el concepto lo hace con respecto a los individuos incluidos en él. Lo más interesante y divertido de todo ello resulta, como ya dije, la total identidad y

estabilidad de los gestos para designar las mismas relaciones, aun cuando son utilizados por diferentes tipos de personas. Ocurre lo mismo con las palabras de una lengua en la boca de cada uno: son las mismas, pero con las modificaciones sufridas por pequeñas diferencias de pronunciación o, incluso, por la educación. Y, sin embargo, estas formas de gesticulación persisten y, utilizadas de forma generalizada, no tienen como fundamento, ciertamente, ningún acuerdo, sino que son naturales y originales, una auténtica lengua natural, aunque hayan podido ser consolidadas mediante la imitación y la costumbre. Un estudio exacto de ellas le es familiar al actor y, en menor medida, al orador público. Ellas deben haber sido constituidas, no obstante, principalmente mediante la observación y la imitación, pues no se dejan reducir mediante reglas abstractas; a excepción de algunos axiomas muy generales, como por ejemplo, que el gesto no sucede a la palabra, más bien la debe preceder anunciándola, atrayendo de este modo la atención.

[Mirar si en la mímica de Engel hay algo de esto].^[52]

151

Los ingleses muestran un desprecio específico por la gesticulación y la tienen por algo indigno y vulgar; me parece que se trata aquí solo de un simple prejuicio de la mojigatería inglesa, pues se trata de la lengua dada por la naturaleza a cada uno y que cada uno entiende y que así sin más, por simple amor a las buenas maneras, se desea eliminar y prohibir.

152

Max Müller dice en su introducción a *Rig Veda*, texto y notas de sánscrito, Londres, 1854, o también en su *On the Veda and the Zend Avesta*, introducción que aparece como artículo en la nueva edición de Busens Hippolytus: *brahma means originally force, will, wish, and the propulsive power of creation* [*Brahma* significa originalmente *fuerza, voluntad, deseo* y el poder impulsor de la creación].

El vocablo italiano *bramare* [bramar], ¿de dónde viene? (Esta cita es del *Times*).^[53]

153

En la *vejez* no hay ningún consuelo más hermoso que el de quien ha incorporado a toda la fuerza de su juventud unas *obras*, las cuales no envejecen.

154

La muerte apacigua completamente la *envidia*; la vejez solo la mitad.

155

Morbus ipse est medela naturae, qua opitulatur perturbationibus organismi: ergo remedium medici medetur medelae. Ego. [La enfermedad constituye, por sí misma, un intento de curación de la naturaleza mediante el cual viene en ayuda contra las molestias del organismo: el remedio del médico cura, por tanto, al intento de curación. He dicho].

156

Para una *persona joven* constituye una mala señal, tanto desde el punto de vista intelectual como moral, el *saber orientarse* tan pronto en los asuntos humanos, hasta el punto de que, en lo referente a dichos asuntos, se siente ya como en casa: esto anuncia maldad. En tales asuntos un comportamiento extraño, confuso, torpe y equivocado constituye, por el contrario, señal de una naturaleza de índole noble.

157

La razón de que nos afanemos, con frecuencia inútilmente, en *sueños* por gritar o por mover los miembros, tiene que residir en el hecho de que soñar es un asunto de la mera representación, una actividad exclusiva del cerebro grande que no llega a extenderse al cerebro pequeño. Este permanece, por consiguiente, en el entumecimiento del sueño, completamente inactivo y no puede desempeñar su misión como regulador del movimiento de los miembros, no puede producir efecto en la médula y, por esta razón, no se cumplen las órdenes más urgentes del cerebro grande; de ahí la angustia. Si el cerebro grande rompe el aislamiento y se apodera del pequeño, se produce el *somnambulismus* (sonambulismo).

158

Nuestra *memoria* es como un colador cuyos agujeros, pequeños al principio, dejan pasar muy poco, pero se van haciendo más grandes hasta que, al final, son tan

grandes que casi todo lo echado en él acaba por caer.

159

Nos sentamos juntos y hablamos y nos exaltamos unos con otros, y los ojos brillan y las voces se vuelven más sonoras; de igual modo *otros* se han sentado hace miles de años: y era lo mismo, y eran *los mismos*: y así serán también dentro de miles de años. El mecanismo que impide que descubramos este hecho es *el tiempo*.

160

Les gustaría mucho tener un *dios*, y mendigarle y alagarle para solicitarle aquello que únicamente puede producir la propia fuerza de la voluntad.

161

El grado de mala conciencia que debe tener *la religión* se puede medir por el hecho de que la pena impuesta por *despotricar* contra ella sea tan severa.

162

El Antiguo Testamento hizo del mundo y del ser humano una obra de *dios*; pero el *Nuevo Testamento*, para enseñarnos que la *curación* y la salvación de la miseria de este mundo solo podían venir del propio mundo, tuvo que permitir que aquel *dios* se *encarnase en hombre*.

163

Donde los *budistas* sitúan de un modo recto y, por tanto, de un modo meramente negativo el *Nirvana*, que significa la redención del mundo, lo sitúan los brahmanes de una forma positiva y, por tanto, puramente mística, a saber: el *Mokscha*, que significa la reunificación con el *brahmán*.

Los *jainas*, próximos a los budistas, nombran a los brahmanes creyentes de Veda los Sabdapramans, cuyo mote designaría que creen solo de oídas, creen en cosas que no se saben y que, menos aún, se dejan demostrar.

164

La *unidad* en última instancia entre lo esencial de nuestro propio yo y lo esencial del mundo exterior no explica nada de forma tan inmediata como *el sueño*: pues también en este aparecen los otros como seres totalmente diferentes a nosotros, en completa objetividad y con una naturaleza con frecuencia enigmática que nos resulta profundamente extraña, la cual nos asombra a menudo, nos sorprende, nos angustia, etc., y, sin embargo, todo eso somos nosotros mismos. Asimismo es también la voluntad, la cual porta y aviva todo el mundo exterior, incluso aquella voluntad en nosotros mismos, donde solo nosotros llegamos a conocerla de una forma inmediata. Pero es el *intelecto*, no obstante, en nosotros y en los demás, el que posibilita todos esos milagros, en tanto que separa por doquier y continuamente el propio ser en sujeto y objeto, conformando una acción fantasmagórica de impronunciable impronta y digna de admiración; es un mago sin igual.

Se puede decir también que *el tiempo, el espacio y la causalidad* constituyen aquella disposición de nuestro *intelecto*, en virtud de la cual, en principio, la sola existente *unicidad* del ser de cualquier tipo se nos representa como una multiplicidad de la misma especie, surgiendo nuevamente seres de forma emergente y pasajera en una sucesión infinita. La concepción de las cosas mediante y conforme a dicha disposición es la inmanente; aquella que, por el contrario, toma conciencia de las cosas es la trascendental: *in abstracto* se la concibe a través de la crítica de la razón pura. Pero ella puede, excepcionalmente, presentarse también de forma intuitiva.

165

Reyes y sirvientes son nombrados por sus nombres de pila: es decir, los dos extremos de la sociedad.

166

Todo pensamiento primigenio sucede en imágenes, por eso la *fantasía* es un instrumento necesario del mismo, y los hombres sin fantasía no han logrado nunca realizar nada grande, salvo en las matemáticas.

167

Del manual de *Spence Hardy*, también de Sangermano y Buchanan *Asiatic*

researches^[54], se infiere que en el *budismo* se da, referente a la perpetuación *tras la muerte*, una doctrina exotérica y una esotérica: la primera consiste en la *metempsychosis* [la transmigración de las almas], como en el brahmanismo; la segunda se trata, sin embargo, de una más difícilmente comprensible *palingenesia* [reencarnación], la cual coincide en gran medida con mi doctrina de la constitución metafísica de la voluntad, teniendo en cuenta la mera naturaleza física y, por tanto, el carácter efímero del intelecto.

Palingenesia [reencarnación] aparece ya en el Nuevo Testamento.

La muerte es contemplada, sin embargo, como una condena de nuestra existencia.

168

Mi filosofía se comporta respecto a las religiones como una línea recta respecto a numerosas curvas pasando a su lado: pues se expresa *sensu proprio* [en sentido propio], alcanzando lo que persigue de una forma directa, mientras que las religiones solo lo muestran bajo envoltorios y consiguen de forma indirecta; y, en el caso del *cristianismo*, de una manera dilatada y completamente tortuosa.

169

Mediante la más infrecuente coincidencia de las más superiores y oportunas de las circunstancias se propiciará que, por ejemplo, una vez en el siglo nazca un ser humano con un *intelecto* notoriamente superior al de *la media normal*, el intelecto que constituye, dicho sea de paso, un rasgo secundario y accidental de la voluntad. Ahora bien, puede llevar mucho hasta que esto sea comprendido y reconocido, pues primero la estupidez y luego la envidia están en su contra. Una vez *identificado*, se arremolina la gente alrededor suyo y de sus obras con la esperanza de que brote de él cualquier luz que ilumine la oscuridad de sus existencias y les descubra la explicación de su vivir; en cierto modo, que les proporcione una *revelación* última de carácter *sublime* (y hay tan pocas de esta clase).

Comparar Clemente Alejandrino [*Opera quae extant*, 2 volúmenes, Würzburg, 1778-1779], vol. 2, pág. 84.

170

Puede suceder que, tras un largo periodo de tiempo, lleguemos a lamentar *la muerte* de nuestros enemigos y contrincantes incluso casi tanto como la de nuestros amigos,

a saber: cuando les echemos de menos como testigos de nuestro flamante éxito.

171

Todo aquello que vive debe *expiar con su existencia*, primero en vida y después al morir.

172

Es para maravillarse cómo la *individualidad de cada* ser humano (es decir, de ese carácter determinado con ese intelecto determinado) se asemeja a un penetrante colorante que tiñe todas las acciones y pensamientos del mismo, hasta los más insignificantes, exactamente de una forma determinada; como consecuencia de ello qué diferente resulta todo el *curriculum vitae*, esto es, la historia exterior e interior de uno con respecto a otro.

173

Este mundo no es solamente un *infierno*, sino que sobrepasa al de Dante en tanto que cada ser humano debe ser un *demonio para con el otro*.

174

Los materialistas de nuestro tiempo machacan desafortadamente con la idea de que ninguna fuerza acontece por sí misma sin su componente material, es decir, sin la *materia* modelada; de mi filosofía se sigue necesariamente esto mismo, ya que la materia es el mero *fenómeno* de la fuerza. Esta es, *en sí misma, voluntad*: en la *aparición* que tiene lugar en nuestro cerebro se presenta como materia, con una determinada propiedad, esto es, en su componente material. Sin tal propiedad no puede acontecer *empíricamente*, sino que es simplemente *pensada*, en tanto que constituye, pues, la forma de entendimiento de la causalidad proyectada hacia fuera, de ahí que la causalidad, la efectividad, constituya *en realidad* la esencia de la materia *in abstracto*. Puesto que esta simple materia sin forma no constituye ningún objeto de la experiencia, tampoco puede producirse ningún componente material sin la fuerza, pues dicho componente sería asimismo la materia *in abstracto*.

(Ya desde Kant constituye la materia el fenómeno de dos *fuerzas*: de la expansión

y de la gravedad. Es la materia la que suministra todos los fenómenos, experiencias, únicamente *fuerzas* y, por consiguiente, fuerza y materia no constituyen de ningún modo dos cosas diferentes, ya que toda fuerza es, en sí misma, voluntad).

175

Los *terribles dolores* a los que se hallan expuestos cada parte de nuestro cuerpo, cada nervio, no se producirían si nosotros o ese cuerpo no fuéramos algo que *no* debiéramos ser. (Estos dolores tienen, sin embargo, la utilidad de llamar nuestra atención sobre la herida y los cuidados necesarios de esa parte del cuerpo).

Es esta una frase que pocos entenderán.

176

Qué singular placer nos depara la contemplación de cada *animal* libre cuando este hace de las suyas por sí mismo, sin ser molestado; cuando persigue su alimento o cuida a sus crías o se arrima a uno de los suyos, etc. Con ello muestra todo lo que él debe y puede ser. Y aunque se trate solo de un pajarillo, puedo contemplarlo largo tiempo con deleite; incluso a una rata de agua, a una rana; ¡pero mejor todavía a un erizo, a una comadreja, a un corzo, a un ciervo! Que la contemplación de los *animales* nos solace tanto tiene que ver principalmente con el hecho de que nos alegra ver nuestra propia esencia ante nosotros de una forma tan *simplificada*.

177

Intentar explicar la naturaleza orgánica, esto es, la vida, el conocimiento y, finalmente, el *querer* a partir de la *naturaleza inorgánica*, significa pretender derivar la cosa en sí a partir del la *apariencia*, a partir de este mero fenómeno del cerebro: es como si se quisiera explicar el cuerpo a partir de su sombra.

178

Los *milagros* en la Biblia (en el Nuevo Testamento, en el Evangelio; la *Biblia* es más inofensiva) deben demostrar su verdad: pero surten efecto en el sentido opuesto (demuestran lo contrario).

Considerado el asunto de forma muy realista y objetiva, está tan claro como la luz del sol que el mundo *se sostiene a sí mismo*: los seres orgánicos perduran y se propagan en virtud de su propia fuerza de vida interior; los cuerpos inorgánicos portan estas fuerzas en sí, las cuales se describen meramente mediante la física y la química; y los planetas recorren sus órbitas en virtud de su inercia y gravitación. El mundo no necesita a nadie, por tanto, salvo a sí mismo, para mantenerse. Pues lo mismo le sucede a *Visnu*.

Pero afirmar ahora que una vez, en el tiempo, este mundo con todas sus fuerzas inherentes no existía, sino que fue producido de la nada por una fuerza ajena y exterior a él, resulta una absoluta vaga ocurrencia, sin justificación alguna; tanto más cuanto que se hallan todas sus fuerzas ligadas a la materia, cuyo surgimiento y ocaso no podemos siquiera imaginarnos.

Esta concepción del mundo resulta suficiente para el *spinozismo*. Que los seres humanos, en su precariedad existencial, hayan imaginado seres por doquier que dominen las fuerzas naturales y su transcurso, para poder invocarlos, resulta muy natural. Griegos y romanos permitieron en lo que respecta a este dominio de las fuerzas naturales, sin embargo, que se invocase a cada uno de estos seres en sus respectivos ámbitos; y no se les ocurrió que alguno de ellos hubiera creado el mundo y las fuerzas naturales.

El *cristianismo* tiene la desventaja peculiar de que no se trata, como es el caso de las otras religiones, propiamente de una *doctrina*, sino que es esencial y principalmente una *historia*, una sucesión de acontecimientos, un complejo de hechos, acciones y sufrimientos de un ser individual; y esta historia conforma, asimismo, el dogma, en cuya creencia consiste la felicidad. Otras religiones, como por ejemplo el budismo, tienen también un componente histórico, como es la vida de su fundador; pero ello no forma parte del dogma en sí mismo, sino que transcurre en paralelo junto a él. Se puede muy bien comparar, por ejemplo, el *Lalitavistara*^[55] (en mongol *Rok*) con el Evangelio, en tanto que contiene la vida de Shakia Muni, el buda del periodo actual; se trata aquí, no obstante, de un asunto completamente singular y diferente del dogma, esto es, del budismo en sí mismo, ya que el transcurso de las vidas de los anteriores budas fueron otros muy diferentes, así como lo serán también el de los budas futuros. El dogma no está aquí, de ningún modo, soldado a la vida del fundador y no se basa ni en personas ni en hechos individuales, sino que resulta igualmente válido de forma general y para todas las épocas. De ahí que el *Lalitavistara* no sea un evangelio en el sentido cristiano de la palabra ni constituya ningún mensaje alegre de

un hecho redentor, sino que narra la vida de aquel que dio las indicaciones de cómo cada uno puede salvarse a sí mismo. De aquella condición histórica del cristianismo proviene que los chinos ridiculicen a los misioneros tratándoles de cuentistas.

181

«La materia *solo* puede ser movida por *fuerzas mecánicas*». Esta es la implícita premisa de los físicos franceses y de sus seguidores alemanes, quienes buscan explicar todo de una forma mecánica: el imán, la luz, etc. A decir verdad, debe aclarar quien no acepte que exista una *voluntad* en las cosas —como por ejemplo Descartes y Lesage— cómo tiene lugar la fuerza de la gravedad mediante el impulso exterior. Pues realmente solo hay una alternativa: o bien el origen de todo movimiento radica totalmente en causas exteriores, con lo cual todo movimiento sucede por impulso, o bien tenemos que suponer en *el objeto movido* un *impulso interior*, como consecuencia del cual se mueve, y que denominamos la *gravedad*. Tal *impulso interior* no puede ser de ningún modo explicado, solo pensado, si no es mediante eso mismo que en nosotros *denominamos* la *voluntad*. Solo que en nosotros la dirección de esta no se reduce de una forma tan unilateral a una dirección vertical, como sucede con la fuerza de la gravedad (en la tierra), sino que resulta muy cambiante, dependiendo de la magnitud de las imágenes que el intelecto —hasta el cual la voluntad ha elevado su receptividad— le presenta a esta; no obstante, la voluntad actúa en nosotros con la misma necesidad imperante que reina en la fuerza de la gravedad.

Que la esencia de la fuerza en la naturaleza inorgánica es idéntica a la voluntad en nosotros, se le representa a cualquiera que reflexione seriamente sobre ello como una certeza absoluta y una verdad demostrada. El hecho de que esto suene paradójico se debe simplemente a la importancia de este descubrimiento.

182

Nos parecemos a los corderos jugando en la pradera mientras el carnicero va eligiendo con el ojo primero uno, luego otro; pues no sabemos, en nuestros felices días, qué calamidades nos tiene preparado el destino: enfermedad, persecución, empobrecimiento, mutilación, ceguera, locura, muerte, etc.

183

Conversación *en el anno 33*:

A.—¿Sabe usted lo último?

B.—No, ¿qué ha ocurrido?

A.—¡El mundo ha sido redimido!

B.—¡Qué me dice!

A.—Sí, el buen dios ha adoptado forma humana y se ha dejado ejecutar en Jerusalén, con ello ha redimido al mundo y escarmentado al demonio.

B.—Vaya, eso resulta sencillamente encantador.

184

Al igual que el ser humano, ante cualquier animal, tiene el privilegio de la *risa*, también el *perro* posee antes que ningún otro animal algo propio y muy característico de él: el *movimiento de cola* tan expresivo, benévolo y sincero. Esta forma de saludar que le ha sido concedida por la naturaleza resulta muy beneficiosa si se la contrasta con la reverencia y la sonriente grimosa amabilidad del ser humano. Si esto le ocurre a todo el *genus canis* [género canino] o solamente a los *familiaris* [perros domésticos], no lo sé.

185

Nuestra existencia y la de todos los animales no es algo que esté ahí de forma estable, ni siquiera temporalmente, de forma perdurable, sino que se trata de *una mera existentia fluxa* [existencia fluida], la cual puede compararse, por su constante cambio, con un remolino. Pues si bien la forma del cuerpo posee durante un periodo de tiempo algo de consistencia, solo la tiene con la condición de que la materia se halle cambiando sin cesar: que la vieja materia sea evacuada y la nueva introducida. Y en eso consiste la actividad principal de todo ser: traer siempre la materia adecuada para este continuo flujo. Todo ser es consciente, de este modo, asimismo de que su constituida existencia se deja sostener solo durante un periodo de tiempo; de ahí que se afane, al aproximarse su salida de este mundo, en transmitirlo al que llega para ocupar su sitio: este afán se manifiesta en la forma del impulso sexual en la propia conciencia y se representa en la conciencia de las otras cosas, esto es, en la contemplación objetiva, con la forma de los genitales. Se puede comparar este impulso con el hilo de un collar de perlas: esta rápida sucesión de individuos se correspondería con las perlas que se suceden unas a otras en el hilo. Si, en un acto de fantasía, esta sucesión se agilizara y en toda la serie de individuos, así como en cada uno de ellos en particular, permaneciera solo la forma, mientras que la materia se mostrase cambiante, descubriríamos que gozamos solo de una cuasiexistencia.

Esta concepción constituye también la base de la doctrina platónica de las *ideas* existentes por sí mismas y de las cosas que les corresponden, cuya característica consiste en reflejar a aquellas como sombras.

186

He buscado la *verdad* y no un puesto de profesor: en esto radica, en última instancia, la diferencia entre los denominados filósofos postkantianos y yo. Con el tiempo se reconocerá cada vez más esto que digo.

187

Tan cierto como que en todas las personas que se nos aparecen *en sueños* hay algo de nosotros mismos, así también ocurre *en la vigilia*, aunque no se perciba tan fácilmente. Pero *tat-twam asi* [Esto eres tú].

188

La *responsabilidad* por la existencia y la condición de este mundo solo puede cargarla él mismo y ningún otro, pues ¿cómo podría alguien echarse sobre su espalda esta responsabilidad?

189

La intrínseca *dignidad de los seres humanos dotados de genialidad* y de una gran inteligencia, aquello que les permite elevarse sobre los demás y que les hace merecedores de veneración es, en el fondo, lo siguiente: que en ellos la única parte más pura e inocente de la esencia humana, *el intelecto*, constituye lo predominante y lo imperante; mientras que en el resto esta parte la constituye la pecaminosa voluntad, dotada solo con el intelecto necesario para dirigir sus pasos, rara vez para algo más, con mucha frecuencia para algo menos. ¿Qué se obtiene con ello?

190

(*ad infra*, para suavizarlo, para que se vea que aquí solo me estoy refiriendo a *Agustín*, no al cristianismo).

Agustín: como consecuencia de su cuadrículada y sistemática cabeza y mediante su rígida dogmatización del cristianismo a través de su estricta interpretación de las oscilantes enseñanzas que en la Biblia son tan solo insinuadas, y aun así sobre un oscuro fundamento, ha dotado a dichas enseñanzas de unos contornos tan duros y al

cristianismo de una versión tan áspera, que hoy en día nos resulta desagradable. Y por esta misma razón se alza el nacionalismo en nuestros días contra el cristianismo; del mismo modo que el pelagianismo se alzó, en su tiempo, contra Agustín. Por ejemplo, en *De civitate Dei (La ciudad de Dios)*, L. 12, cap. 21, se hace referencia propiamente a ello, dicho de un modo abstracto: un dios crea *un ser de la nada* dotándole de prohibiciones y órdenes y, puesto que este ser no las ha cumplido, le martiriza ahora por toda la eternidad con toda clase de torturas imaginables; y para llevar a cabo tal castigo se sirve, pues, del hecho de fundir cuerpo y alma de forma inseparable (*De civitate Dei*, L. XIII, cap. 2, cap. II, *in fine* y 24 *in fine*), con el fin de que la tortura de este ser no pueda nunca ser eliminada a través de la descomposición ni pueda librarse de ella, sino que viva eternamente con este sufrimiento. Este pobre tipo creado de la nada, el cual tiene al menos derecho a su *nada* primigenia; este último retiro, el cual no puede ser de ningún modo tan malo, le debería ser dado, a causa de su derecho, como su propiedad heredada. Sé muy bien que cuando se es dios uno puede permitirse lo que quiera, pero me parece que aquí se ha ido demasiado lejos. Yo, por mi parte, no puedo si no simpatizar con este pobre tipo. Y si tomamos ahora el resto de las enseñanzas de Agustín, aquellas que, por así decirlo, no dependen, a decir verdad, del obrar de cada uno, sino que son el fruto de la elección de la gracia, llegados a este punto no sabemos ya qué decir al respecto.

Ciertamente afirman, pues, nuestros más ilustres racionalistas que «todo esto no es, sin embargo, verdad, sino pura palabrería. Lo cierto es que estamos en continuo progreso, escalón a escalón, nos alzamos cada vez más hacia una mayor perfección». Pues es una lástima que no hayamos comenzado antes: ya podríamos estar allí.

191

En virtud de la forma del conocimiento *del tiempo* se manifiesta el ser humano (es decir, la afirmación de la voluntad de vivir en su grado máximo de objetivación) como una generación en constante trasiego de nuevos seres que nacen y luego perecen.

192

Que mucha gente, tan pronto como inicia una conversación con su acompañante, *deba detener inmediatamente sus pasos* con el fin de mantener mejor el hilo de lo que está diciendo, se debe al hecho de que su cerebro, cuando tiene que conectar un par de pensamientos, no conserva ya la fuerza suficiente y necesaria para mover las piernas mediante los nervios motores: así de escasas son las capacidades que les han

sido otorgadas al ser humano.

193

Entre el obrar de la creadora naturaleza y el de los seres humanos se da una analogía característica, pero que no resulta casual, sino que se basa en la identidad de la voluntad en ambos. Después de que en el conjunto de la naturaleza animal aparecieran los animales que se alimentan de los vegetales, surgió en cada clase animal, necesariamente al final, los animales depredadores para vivir de aquellos primeros, los herbívoros, que pasaron a ser sus presas.

De igual modo desde que los seres humanos comenzaron a cultivar la tierra honestamente y con el sudor de su frente, lo cual resulta necesario para el sustento de un pueblo, se juntaron un número de hombres que prefirieron, en lugar de cultivar la tierra y vivir de su cosecha, arriesgarse y poner en juego su vida, su salud y su libertad, dedicándose a atacar a aquellos que disfrutaban honradamente de su propiedad adquirida, para apropiarse del fruto de su trabajo. Estos animales depredadores de naturaleza humana son los pueblos conquistadores, a los cuales hemos visto surgir desde tiempos inmemoriales hasta el presente, con su suerte cambiante, suministrando con sus respectivos éxitos y fracasos el material que conforma la historia del mundo. Por eso tiene razón Voltaire cuando afirma que *dans toutes les guerres il ne s'agit que de voler* [En todas las guerras no se trata de otra cosa sino de robar]^[56]. Que todos los gobiernos se avergüenzan de ello, se infiere del hecho de que siempre arguyen que se alzan en armas solo en defensa propia y nunca por otros motivos.

194

En el fondo del todo, y al margen de ambas mitologías, el *Samsara* y *Nirvana* de Buda es idéntico a las dos *civitates* de Agustín, en las cuales el mundo se desmorona: la *civitas terrena* [la ciudad terrenal] y la *coelestis* [la ciudad celestial], como él las representa en los libros *De civitate Dei*, especialmente en el libro 14, cap. 4 *et ultimum*; libro 15, caps. 1 y 21; libro 18 *in fine*; libro 21, cap. 1.

195

La solución real, positiva *del enigma* de nuestra existencia debe consistir en algo que el intelecto humano no está en absoluto capacitado para concebir y pensar. De tal

forma que si llegase un ser de una calidad superior y se esforzara al máximo para instruirnos, no podríamos comprender nada a través de sus introducciones, pues la solución sería trascendente, mientras que el intelecto es inmanente.

196

La pérdida del *intelecto* que al producirse la muerte sufre la *voluntad*, la cual constituye el núcleo del fenómeno que perece, pero que, como cosa en sí, resulta indestructible, es el *Leteo* asimismo de esa voluntad individual, sin el cual ciertamente recordaría muchos fenómenos, de los cuales ya ha sido su núcleo anteriormente.

197

Prefacio a la tercera edición (pero mejor aún al final del prefacio).

Para disgusto de todos los curas y de todos los profesores de filosofía mi obra ha logrado ver una tercera edición; pues la resistencia pasiva ha sido superada, el efecto de los 30 años de silencios y de segregación se ha agotado, los poderes de las tinieblas han hecho su trabajo y ha sido en vano. Los, a modo de epílogo, emergentes e impotentes intentos de profesores de filosofía faltos de ingenio por anularme intelectualmente han servido para extender la fama de mis obras y me recuerdan al ataque general de los liliputienses contra Gulliver^[57].

198

Al final del sendero me siento agotado,
La exhausta cabeza apenas puede sostener el laurel:
Sin embargo contemplo feliz lo que he llevado a cabo,
Siempre imperturbable ante lo que los demás creen.

199

Me gustaría aconsejarles a los señores de la *revelación* que no hablasen tanto de revelaciones hoy en día, de lo contrario podría sucederles fácilmente que alguna vez se les revele lo que significa realmente la revelación.

200

Un concepto es *correcto*; un juicio *verdadero*; un cuerpo *real*; una relación *evidente*.

201

Al igual que un medicamento no surte efecto si la dosis ha sido demasiado fuerte, así sucede también con *las sentencias condenatorias y las críticas* cuando han sobrepasado los límites de la justicia.

202

Los *resultados morales del cristianismo*, hasta el más elevado ascetismo, se encuentran fundamentados en mi obra de una forma racional y en consonancia con las cosas, mientras que en el cristianismo se fundamentan mediante meras fábulas. La creencia en estas va disminuyendo cada día más: por eso tendrán que volver sus ojos hacia mi filosofía.

203

Al igual que el gato se vuelve inevitablemente loco de gozo cuando le acarician, así se dibuja un dulce deleite en la cara del *ser humano al que se elogia* y, a decir verdad, en el campo de sus pretensiones, por muy mentiroso que resulte el elogio.

204

Con la perfección del sistema nervioso van disminuyendo cada vez más la sensibilidad y la *capacidad de sentir el dolor*; ambas son muy escasas ya en los insectos, más aún, sin duda, en los zoófitos, careciendo totalmente de ellas las *plantas*.

205

El estado en el que nos deja *la muerte* se deja representar solo como una nada absoluta: esta nada indica simplemente que la muerte es algo sobre lo que nuestro

intelecto —ese instrumento surgido meramente para estar al servicio de la voluntad— se muestra incapaz de pensar.

206

El mundialmente famoso *monólogo de Hamlet* afirma básicamente esto: nuestra condición es tan miserable que el no-ser sería, definitivamente, preferible. Si el suicidio nos ofreciera de verdad esto, de tal forma que la alternativa *to be or not to be* se mostrase realmente con todo el sentido de la palabra, entonces lo elegiríamos con seguridad como una redención deseable, *a consummation devoutly to be wish'd* [«Sería un final digno de ser deseado con fervor», Shakespeare, *Hamlet* III, 3]. Pero hay algo en nosotros que nos dice que no es así, que no es un final, que la muerte no supone ninguna exterminación.

207

Con relación a la paciencia, y para sobrellevar de una forma serena tanto los males que nos llegan como a los seres humanos, no puede haber nada más idóneo que un recuerdo *budista* de esta clase: «*Este es Samsara*, el mundo de las veleidades y del deseo y, por ello, el mundo del nacimiento, de la enfermedad, de la vejez y del morir; es el mundo que no debería ser. Y esta es la población de *Samsara*. ¿Qué cosa mejor podríais, entonces, esperar?». Es mi deseo prescribir que cada uno repita esto, con plena conciencia de ello, cuatro veces por día.

208

La lengua alemana, como el latín, tiene preferencia por el *genus* y la *species*; para *mulier* [mujer] y para *uxor* [esposa] cuenta con las dos palabras correspondientes y no puede renunciar a tal preferencia a causa de un capricho femenino: de ahí que cuando las muchachas utilizan la palabra «*Frauen*» suene, con frecuencia, como una cacofonía, aun cuando miles de anodinos literatos de mesa camilla se esfuercen de la forma más sumisa en limar este uso.

Así también quieren los judíos ser llamados *israelitas* y los sastres *modistos* y hace poco se propuso incluso que, puesto que la palabra *literato* había caído en desgracia, a quien se dedique a ello se le debe denominar ahora *autor de obras*. Pero cuando una denominación, en sí misma inofensiva, se desacredita no es por causa de la denominación, sino de los denominados: aunque estos nuevos autores pasen a ser

denominados de otra forma tendrán el mismo destino que los viejos autores. Ocurre lo mismo con toda la categoría de ellos como con la de uno en particular: cuando uno cambia su nombre sucede que ya no puede sobrellevar con honor su antiguo nombre; pero él sigue siendo el mismo y no podrá, por lo tanto, otorgarle mayor honor al nuevo nombre del que ya disponía con el antiguo.

209

¡Qué situación tan envidiable es la nuestra! Vivir un lapsus de tiempo todo pleno de esfuerzo, necesidad, miedo y dolor, sin tener la más mínima idea *de dónde, adonde y para qué* existimos; y, por si fuera poco, tenemos que soportar todavía a curas de todas las condiciones con sus respectivas *revelaciones* sobre cualquier cosa y sus amenazas contra los no creyentes. Y aún más: miramos al otro y tenemos trato con él —*como máscaras con máscaras*, no sabemos quiénes somos— pero como máscaras que no se conocen ni siquiera a sí mismas. Y de este modo nos miran también los animales y nosotros a ellos.

210

Prefacio a la tercera edición.

Para que mi filosofía pudiese surgir y ser presentada de forma ingeniosa y acabada fueron precisas, además de las circunstancias internas, todavía diversas circunstancias externas, como el atento lector puede fácilmente juzgar: *nam Caesar nullus nobis haec otia fecit* [Pues ningún emperador nos ha procurado este ocio]^[58]. Dichas circunstancias han confluído en un momento dado y a ellas se añade ahora, además, una última: que me ha sido concedida una larga vida, es decir, que he superado el breve lapso de tiempo al que está limitada generalmente la existencia humana —al menos sin grandes reducciones de años vividos— para que pudiera aún revisar mi obra y dotar a mi sistema, poco a poco, de su perfección y completitud; y que pudiera también, finalmente, enriquecerla con aquellas concepciones y pensamientos que solo pueden ser el fruto de los años tardíos o como aquellos frutos que precisan por lo general de tiempo para germinar paulatinamente. Como esto me ha sucedido a mí ahora, presento mi obra en la actual edición con la máxima perfección de la cual he podido dotarla; sobre todo porque, muy posiblemente, esta sea, debido a mis 70 años, la última revisión que lleve a cabo de ella. Pues no resulta probable que alcance a ver todavía otra edición de mi obra y, menos aún, que me encuentre en disposición de enriquecerla de forma notable, dada mi avanzada edad.

Initium:

La aparición de esta tercera edición constituye una señal de que la resistencia de los profesores de filosofía ha sido, de aquí en adelante, superada: tanto la primera resistencia, llevada a cabo de una forma persistente y pasiva, como la siguiente, ya de una forma burda y muy ridículamente activa. Mi doctrina se ha abierto camino y, armada con la fuerza de la verdad, continúa su rumbo de modo imparable hacia otros países y a lo largo de los siglos. La filosofía ejercida con tan poca seriedad en la universidad, con su obligatoria teología (mitología de los judíos) puede caminar junto a ella o no, según el gusto de cada cual. En esta tercera edición hago la que, probablemente, será la última revisión de mi obra, otorgándole toda la perfección de la que soy capaz.

Exordium:

Lo auténtico y lo verdadero ganarían fácilmente espacio en el mundo si aquellos que se muestran incapaces de producirlos, dejaran al mismo tiempo de conjurarse para que este espacio fuera posible. Pero resulta difícil, en tanto que aquellos que deberían prestar ayuda son ellos mismos adversarios y enemigos. Como consecuencia de tales esfuerzos aparece, pues, la tercera edición de este libro 40 años después de ser publicado por primera vez. He tenido que envejecer hasta los 71 años para alcanzar a ver esta nueva edición y para mejorarla, lo cual no ha gustado a todo el mundo. Pero ahora ya ha pasado definitivamente la hora de la resistencia de los incapaces, de estos enemigos innatos de la verdad, de lo grande y de lo bello. Ellos zumban, gruñen y aúllan todavía desde el escondite tenebroso de sus cuevas. Ahora bien, ya todo eso está superado. El atardecer de mi vida será el amanecer de mi fama. Por decirlo con palabras de Shakespeare:

*Good morrow, masters, put your torches out,
The wolves have prey'd, and look, the gentle day,
Before the wheels of Phoehus, round about
Dapples the drowsy east with spots of grey.*

[¡Buenos días, señores, apagad las antorchas!
La rapiña de los lobos ya terminó, contemplad el suave día.
Antes que el carro de Febo avance en el camino,
el todavía dormido oriente será rociado de gris].

(*Much ado about nothing* [*Mucho ruido y pocas nueces*], V, 3, [vv. 24-27], p. 272, volumen 2).

213

Antes de quemar vivo al agudo y reflexivo *Vanini* le cortaron la lengua porque había blasfemado contra *dios*. Confieso que cuando leo semejantes cosas me entran ganas de blasfemar contra este *dios*.

(*Hoc ipsum blasphemia est: ne igitur dicas*. [Esto es ya incluso una blasfemia: ¡no hables así!]).

214

Según unos informes franceses llegados de *Japón* —en el *Journal de la flotte*, 1856 — hay allí dos religiones principales: 1.^a Sintoísmo, cuyo sacerdote supremo es el *Dairi* y es la religión del emperador y 2.^a el *budismo*. Ambas son, sin embargo, tan similares en dogmas y ceremonias que se esperaría verlas fusionadas la una en la otra.

215

Una magnífica prueba de la *subjetividad* miserable del ser humano, como consecuencia de la cual todo lo refiere *a sí mismo* y de cada pensamiento extrae aquello que retorna inmediatamente hacia sí mismo en línea recta, la suministra la *astrología*, la cual relaciona el curso de los grandes cuerpos celestes con el mezcquino yo; como también relaciona los cometas en el cielo con las disputas terrenales y la perfidia generalizada. Esta manera de relacionar todo ya se daba, sin embargo, en la noche de los tiempos; por ejemplo: Estobeo, *Égloga*, vol. 1, pág. 478.

216

Los oráculos fueron atribuidos por los griegos a los dioses; más tarde por los cristianos al diablo y a los demonios; y por los escépticos a los timadores de todas las épocas. En nuestra era hemos progresado tanto que comenzamos a presentir que ni dioses ni diablos ni timadores están en juego, sino el magnetismo animal; de tal forma que, como es conocido en otros casos, si investigamos la fuente del fenómeno,

somos remitidos desde el mundo exterior hacia nuestro interior.

217

Aquello que opone *al idealismo y al realismo* concierne a *lo conocido*: el objeto. Lo que opone, por el contrario, *al espiritualismo y al materialismo* concierne *al que conoce*: el sujeto. (Los actuales ignorantes faranduleros confunden idealismo y espiritualismo).

218

El *poeta* es el ser humano *general*: todo aquello que conmueve el corazón de un hombre y que la naturaleza humana, en cualquier situación, hace brotar de sí misma, aquello que habita y late en el pecho de un ser humano, así como también toda la naturaleza restante, todo eso constituye su tema y su material. De ahí que el poeta le cante igual de bien a la lujuria como a la mística, que pueda ser tanto Anacreón como Ángelus Silesius, que escriba tanto tragedias como comedias, que represente tanto su convicción sublime como ordinaria, según su humor y sus gustos: cada poeta encauzará, no obstante, su individualidad conforme a aquello que le agrade y que, por tanto, mejor comprende. Por esta razón nadie debe ordenar al poeta que sea noble y sublime, moral, devoto, cristiano o esto o lo otro de más allá y, menos aún, debe reprocharle que no sea esto o lo otro. Él es el espejo de la humanidad y aporta a esta aquello que siente y realiza.

219

No pueden aceptar que *la voluntad*, en sí misma, *carezca de conocimiento*, que se trate de un impulso *ciego*. Esto le parece inaudito; es, sin embargo, una verdad ya conocida desde hace mucho, pues incluso los *escolásticos* la han enseñado. Esto atestigua el ilustrado e ingenioso Vanini, aquel que fuera vilmente asesinado por los curas; aquel que no podemos mencionar sin pensar en su infame asesinato por parte de ese Parlamento de Toulouse, mojigato, fanático y cruel, que en 1619 lo quemó vivo, tras haberle cortado previamente la lengua. La formación de Vanini hunde sus raíces en la Escolástica, en la cual estaba muy versado. El afirma en *Amphitheatrum*, pág. 180: *voluntas potentia caeca est, ex scholasticorum opinione, etc.* [La voluntad es un poder ciego, según la doctrina de los escolásticos, etc.].

220

Desear *que un acontecimiento cualquiera no hubiera sucedido* significa desear algo imposible del todo; resulta tan necio como si se desease que el sol saliera por el oeste. Pues todo lo que acontece lo hace de una forma *rigurosamente necesaria*. Resulta,

pues, inútil que reflexionemos sobre qué insignificantes y accidentales fueron las causas que ocasionaron dicho acontecimiento y qué fácilmente pudo haber ocurrido todo de otra forma: esto es ilusorio, ya que todas las causas acaecen con tal rígida necesidad y producen su efecto con tal fuerza, que determinan que, por ejemplo, el sol deba ocultarse por el oeste. Debemos considerar más bien todo suceso tal y como se presenta de la misma manera con que el ojo lee: el ojo sabe perfectamente que, cuando está leyendo, lo impreso estaba ya ahí mucho antes de que lo leyéramos.

221

Al igual que *no sentimos* la salud en todo nuestro cuerpo, sino solo allí donde notamos su ausencia —por decirlo así: donde nos aprieta el zapato—, del mismo modo no pensamos en el conjunto de nuestros asuntos cuando todo marcha perfectamente, sino en el momento en el que una pequeñez insignificante nos resulta fastidiosa.

222

La crítica periodística no tiene, como cree erróneamente, poder sobre el *juicio*, sino solo sobre la *atención* del público, de ahí que su único golpe de efecto consista en el silencio. Todo escritor de mérito debe, por el contrario, asumir igual de bien tanto la crítica como el elogio, pues todo es lo mismo.

223

La *vida* debe ser en todo punto contemplada como una *severa lección* que se nos imparte precisamente en el momento en que no podemos entender cómo hemos podido llegar a necesitar de tal lección, dado que hemos orientado nuestra forma de pensar hacia otros objetivos muy diferentes. Conforme a ello debemos, pues, volver a mirar con complacencia a nuestros amigos fallecidos, reflexionando que han superado esta lección y con el deseo sincero de que tal lección haya dado buenos resultados. Y con esta misma perspectiva debemos afrontar nuestra propia muerte, como un acontecimiento deseado y agradable, en lugar de con titubeos y miedos, como normalmente sucede.

224

Las peleas de animales constituyen el medio más cruel de exponer en toda su evidencia mediante el *principium individuationis* [principio de individuación] el emergente dilema de la voluntad de vivir.

225

En la *Revue des Deux mondes* del 15 de marzo de 1857, hay un artículo: *Les Anglais et l'Inde*, de un tal Major Fridolin, el cual estuvo en la India. En dicho artículo se narra, en parte también gracias a un informe especial y personal de un oficial inglés, un fenómeno extremadamente curioso, a saber: que en el reino de Ouda, en los bosques cercanos a Lucknow, ha ocurrido ya en varias ocasiones que *un lobo* ha raptado *niños*, incluso de tres años, y los ha alimentado junto a sus cachorros; después de lo cual el niño se ha transformado en algo animal y así se ha quedado. Incluso a un niño capturado ya con nueve años ha resultado imposible del todo educarle en las costumbres humanas, en el lenguaje y en la razón; se le ha tenido que encerrar en las jaulas de una casa de fieras junto a otros animales. Tras un suceso así la historia de *Rómulo y Remo* no sería una fábula.

Hay que tener en cuenta que el lobo, empujado por el hambre, deseaba devorar al niño, y el animal ha tenido que superar este primer instinto mediante algo más fuerte, es decir, por el deseo de dar de mamar al niño.

¿No resulta extremadamente significativo que, como el ser humano ha conseguido mediante la domesticación y humanización de un tipo de lobo a su más fiel amigo, el perro —hazaña que Frederic Cuvier señala como la conquista más preciada llevada a cabo por el ser humano— sea precisamente el lobo el que se apropie de los niños? ¿No da fe esto de una *simpatía* especial, de un misterioso parentesco entre ambos *generibus*, el cual explicaría el amor, con frecuencia ilimitado, entre el amo y el perro? Del mismo modo se podría considerar como una clara analogía de lo que aquí estoy refiriendo el caso contrario, esto es: la fuerte *antipatía*, incluso espantosa abominación, que profesa mucha gente hacia los sapos; antipatía que no se basa en razones físicas, ni tampoco estéticas, sino en razones misteriosamente metafísicas. Debe considerarse además que los sapos han sido utilizados desde siempre para las artes mágicas, pero no, por ejemplo, las serpientes venenosas.

226

Los *griegos*, al igual que los *germanos*, eran una tribu emigrada desde Asia, eran hordas. Y ambos pueblos, alejados como estaban de su patria, se han forjado *solo con*

sus propios medios. ¡Pero adónde han llegado los *griegos* y adónde los *germanos*! Basta con que se compare solo la mitología de ambos: los griegos fundaron sobre ella posteriormente su poesía y su filosofía, sus primeros educadores fueron los antiguos rapsodas: Orfeo, Musaeus, Anfión, Linus y, por último, Homero. A ellos les siguieron los siete sabios y, finalmente, los filósofos. De este modo los griegos han pasado en su escuela por estos tres grados (poetas, sabios y filósofos), mientras que en los germanos no hay rastro, antes de su emigración, de esto.

227

Los filósofos y teólogos han ido despojando *a dios*, quien originalmente era Jehová, de un envoltorio tras otro hasta que, al final, no ha quedado nada de él más que la palabra que lo designa.

228

En los *institutos* no debería enseñarse literatura antigua alemana, tipo los *nibelungos* o poetas medievales por el estilo, etc.: esta literatura resulta, a decir verdad, muy curiosa, incluso digna de leer, pero no contribuye a la formación del gusto y nos quita el tiempo que podríamos dedicar a la lectura de la auténtica literatura clásica. Cuando vosotros, nobles germanos y patriotas alemanes, anteponéis las antiguas poesías alemanas a los clásicos griegos y romanos, no estáis haciendo otra cosa que criar bárbaros. Comparar, esos *nibelungos* con la *Ilíada* es una auténtica *blasfemia* de la que deberían protegerse los oídos de los jóvenes sobre todo.

229

Así como el *Lalitavistara* que, al comienzo, era bastante sencillo y natural, pero que en cada nueva redacción, como se apreció en las que surgieron de los concilios siguientes, resultaron cada vez más complicadas y maravillosas, asimismo le ha ocurrido al *propio dogma*, cuyos pocos, simples y magníficos teoremas fueron cada vez más descabellados y complicados mediante comentarios cercanos, representaciones espaciales y temporales, personificaciones, localizaciones empíricas, etc., todo ello de una forma vivida y colorida; porque el espíritu de la gran masa así lo quiere, ya que prefiere una actividad fantástica y no se deja satisfacer con lo simple y abstracto.

Los *dogmas brahmánicos* y distinciones entre Brahm y Brahmâ, entre Paramatma

y Djiwatma, Hiranya-Garbha, Pradjapati, Puruscha, Prakiti y otros similares (como se pueden encontrar muy bien presentados y en pocas palabras en el libro publicado por Obry: *Du Nirvana Indien*, 1856), son, en el fondo, ficciones mitológicas realizadas con la intención de representar de forma *objetiva* aquello que posee esencial y absolutamente solo una existencia *subjetiva*; de ahí que el mismo *Buda* haya dejado de lado dichos dogmas y no conozca nada más que el Samsara y el Nirvana. Por eso cuanto más descabellados, coloridos y complejos eran los dogmas, tanto más mitológicos se convirtieron. Quien mejor comprende esto es el Yogui o *Saniassi*, el cual, tomando asiento de forma metódica, apartó de sí mismo todos sus sentidos, olvidando lo que es el mundo y de sí mismo: hasta que en su conciencia quedó solo el Ser originario. Pero resulta más fácil decir esto que hacerlo.

230

El *materialismo moderno* es el estiércol con el que se abona la tierra para la filosofía.

231

El frecuentemente citado pasaje de *Leibniz* contra *Locke*, el cual adquiriría un mayor significado y exactitud en la boca de *Kant*, aparece en los *Nouveaux Essays sur l'entendement humain*, Lib. II, cap. 1, § 6 (pág. 223 Erdmann)^[59] y dice así: «*On m'opposera cet axiome reçû parmi les philosophes: nihil est in intellectu, quod non fuerit in sensu: excipe: nisi intellectus ipse*» [«Se me objetará este axioma tan extendido entre los filósofos: nada hay en el intelecto que no estuviera antes en la percepción sensorial: *salvo el intelecto mismo*»].

232

Les ruego a los señores profesores que no continúen esforzándose: se lo digo yo mismo abiertamente y por mucho que les sorprenda: no me reconozco en mi oficio como filósofo si por enseñar filosofía se entiende enseñar *mitología judía*.

Y aun cuando se narre esta historieta todavía durante 100 años más, ¿habrías adelantado algo contándola?

233

El ser humano prefiere confiarse a la gracia ajena que al propio mérito: esto constituye un apoyo fundamental del *teísmo*.

234

Los caprichos surgidos del *impulso sexual* son análogos a los *fuegos fatuos*: engañan hasta al más espabilado. Pero si los seguimos nos conducirán al fango y desaparecerán.

235

¿No hunde todo *genio* sus raíces en la perfección y la vitalidad del volver a recordar el propio *curriculum vitae*? Pues en virtud de este volver a recordar, el cual auna propiamente nuestra vida con un todo, alcanzamos un entendimiento más completo y más profundo de ello que el resto de las personas.

236

El *diablo* resulta una persona extremadamente necesaria para el *cristianismo* como contrapeso al todo bondadoso, todo sabio y todo poderoso dios, al cual no se le escapa en absoluto que si no existiera el diablo, no podría achacársele a nadie los predominantes, incontables e ilimitados males del mundo, pues ¿de dónde podrían provenir estos entonces? De ahí que desde que los racionalistas han abolido al diablo, la creciente desventaja resultante de ello es, por otra parte, cada vez más palpable: como era previsible y como los ortodoxos lo previeron. Pues no se puede extraer ni un pilar de un edificio sin poner en peligro el resto de él. Con ello se confirma también, lo cual de otro modo ya había sido comprobado, lo siguiente: que Jehová es una transformación de Ormuzd, al igual que Satanás lo es de su inseparable Ahriman: el propio Ormuzd es, sin embargo, una transformación de Indra.

237

Ut mundus, sive homo, summam ac veram felicitatem adipisceretur, ante omnia oporteret, tempus sistere. Ego. [Para que el mundo o el ser humano alcanzaran la mayor y verdadera felicidad sería necesario, ante todo, *que el tiempo se detuviese*. He dicho].

238

Bajo *las cambiantes capas* de sus años, de sus relaciones, incluso de sus conocimientos y opiniones, se halla, como un cangrejo bajo su caparazón, *el idéntico y propio* ser humano, siempre invariable y siempre el mismo.

239

De los miles de seres humanos que en cada momento se están concibiendo en este planeta (y seguramente también en otros tantos innumerables), mientras que, en otro momento, se está destruyendo al mismo tiempo a tantos seres humanos similares, cada uno exige tras un par de años de vida, perdurar en *una ilimitada continuidad* en otros mundos (solo el cielo sabe cuáles), cerrando, de este modo, los ojos ante el mundo animal. Una pretensión manifiestamente ridícula y, sin embargo, está justificada y será cumplida no obstante, pero, solo si se admite que la individualidad consiste en puro fenómeno, producido mediante el *principium individuationis* [Principio de individuación]. Todos ellos perdurarán en la esencia, la cual se manifiesta en todos y *cada uno de ellos*. En este sentido se llevará a cabo aquella pretensión: solo que no se entiende a sí misma.

240

El *catolicismo alemán o el nuevo catolicismo* no es otra cosa que un hegelianismo popularizado. Y al igual que este, tampoco aclara aquel nada sobre el mundo, salvo que está ahí, sin dar mayores explicaciones. Simplemente lleva el mundo el nombre de *dios* y la humanidad el de *Cristo* y ambos son «fines en sí mismos», esto es, tanto el mundo como la humanidad están solo ahí para pasárselo bien, al menos tanto como esta vida breve se prolongue. *Gaudeamus igitur!* Y la apoteosis hegeliana del Estado ha sido conducida hasta derivar en el comunismo. Una muy profunda presentación del nuevo catolicismo en este sentido la suministra F. Kampe, *Geschichte der religiösen Bewegung neuerer Zeit*, Band. 3, [Leipzig: Wigand] 1856.

241

La *conciencia de dios* afirma, pues, que somos conscientes de forma inmediata *a priori* y por sí mismos de que el mundo ha sido creado por un ser personal. Tal conciencia existe, pero no *a priori*. Más bien hemos adquirido, además de forma muy

reciente, una representación contemplativa del *génesis de la conciencia de dios*, la cual podría servir como tal para hacerlo entendible incluso al más apocado; a saber: una estampa muy popular representando a un niño de tres años, arrodillado sobre la cama, con las manos plegadas y la cabeza dirigida hacia arriba; junto a él su madre, amaestrándole de este modo y diciéndole las palabras que luego él repetirá. — Quien ha sido domesticado ya a los tres años de este modo, con su tierno y suave cerebro aún en crecimiento, mantendrá durante toda su vida una indestructible conciencia de dios; y no nos sorprenderá nada que llegue a considerar tal conciencia como algo innato. — Mas tal proceso, no importa cómo sea aplicado, significa un intento de inculcar una idea fija: sea esta la que sea y por muy estupenda que sea: dicha idea quedará adherida hasta el final de sus días y él la considerará como algo innato, como una revelación inmediata y dios sabe qué otra cosa.

242

Se debe concebir a *Jesucristo* de forma general, como el símbolo o la personificación de *la negación de la voluntad de vivir*. No hay que concebirlo de forma individual, ya sea a través de su mítica historia narrada en los Evangelios o a través de las historias existentes, supuestamente verdaderas, narradas a partir de aquella de los *Evangelios*; pues ni la una ni las otras nos dejarán satisfechos. Se trata meramente de un vehículo para transmitir al pueblo aquella primera concepción del mundo, pues el pueblo precisa con frecuencia algo fáctico.

243

Si meditamos, mirando a nuestro alrededor, cómo *ho bios brachys hē de technē makra* [«La vida es breve, el arte duradero», dice Hipócrates, *Aforismos*, 1], y cómo a los grandes y bellos ingenios les ocurre frecuentemente que, apenas han alcanzado la cima de sus capacidades, son llevados por la muerte; así también les sucede a los grandes eruditos lo mismo precisamente cuando han logrado una profunda comprensión de su ciencia (como por ejemplo Rafael, Mozart, etc.), todo esto no hace sino reafirmarnos en lo siguiente: el sentido y la finalidad de la vida no es *intelectual*, sino *moral*.

244

Quienes otorgan a la *Historia* un puesto principal en la filosofía, construyéndola

según un supuesto *plan mundial*, según el cual todo está encaminado hacia el mayor bien posible, el cual debe entonces producirse finalmente y comportará un gran esplendor, quienes así piensan toman el mundo como algo perfectamente real y sitúan sus objetivos en la miserable *felicidad terrenal*, la cual aun cuando resulte tan bien cuidada por los seres humanos y favorecida por el destino no es más que una cosa hueca, taimada, caduca y triste que ni constituciones ni legislaciones ni máquinas de vapor ni telégrafos podrán nunca transformar en algo esencialmente mejor.

Dichos filósofos y adoradores de la historia son, por consiguiente, realistas, optimistas y eudemonistas, esto es, son tipos simples y empedernidos filisteos, además de malos cristianos, pues el auténtico espíritu y núcleo del *cristianismo* (así como del brahmanismo y del budismo) consiste en el conocimiento de la vanidad de la felicidad mundana, en el total desprecio de uno mismo y en la dedicación hacia una forma de existencia absolutamente diferente, incluso opuesta: este es, digo, el espíritu y la finalidad del cristianismo, el verdadero «humor del asunto», y no como aquellos piensan, el monoteísmo. De ahí que el ateísmo del budismo se halle más próximo al cristianismo que el optimismo del judaísmo y del islam.

245

¡Qué significativas se nos representan en el recuerdo algunas escenas y acontecimientos de nuestra vida pasada, aunque en su momento los dejásemos pasar inadvertidamente sin dedicarles una atención especial! Pero tales momentos tenían que pasar de todas formas, apreciados o no, pues son como las *piedras de un mosaico*, a partir de las cuales se compone el cuadro de recuerdos de nuestro *curriculum vitae*.

246

Que tras la *necesidad* se halla el *aburrimiento*, el cual sobreviene incluso a los animales más listos, resulta una consecuencia de que la vida no posee ningún *contenido verdadero y auténtico*, sino que lo adquiere a través de las necesidades y de la ilusión en *el movimiento*: tan pronto como este cesa, surge, sin embargo, la vacuidad total y el vacío absoluto de la existencia.

247

Cada vez que un ser humano es engendrado y traído al mundo se pone en hora de

nuevo el *reloj de la vida humana*, para repetir otra vez, en ese preciso instante y por enésima vez, la trillada pieza musical, frase a frase y paso a paso, con variaciones insignificantes.

248

Por otra parte es digno de atención que *san Francisco*, cuya decisión de abandonar una vida de clase pudiente para pasar a vivir como un mendigo guarda gran similitud con la decisión tomada, en el mismo sentido, por el buda Schakia Muni, y cuya vida, así como la de su fundación, puede considerarse una forma de *Saniasismo*, demuestra —y así lo afirmo— mediante su gran amor hacia los animales y su trato habitual y amigable con ellos hasta el punto de llamarles sus hermanas y hermanos, que este santo cristiano guarda un parentesco con el espíritu de la India.

Así también su hermoso *Cántico* evidencia su espíritu indio innato, mediante la alabanza al sol, a la luna, a los astros, al viento, al agua, al fuego, a la tierra.

249

Al *ascetismo cristiano* le falta un *motivo* que sea, en verdad, claro, preciso e inmediato: pero no tiene otro salvo la imitación de Cristo, quien no ha ejercitado, en realidad, absolutamente ningún ascetismo. Cristo recomienda, sin embargo, la pobreza voluntaria (Mateo, 10, 9); pero la mera imitación de otro, quien quiera que sea, no constituye, luego, ningún motivo aclaratorio e inmediato que resulte por sí mismo suficiente para esclarecer el sentido y la finalidad del asunto.

250

Quien no entiende el *latín* se asemeja a uno que se encuentra en un bonito paraje con un tiempo neblinoso: su horizonte queda extremadamente limitado, ya que solo puede ver de forma precisa lo más cercano, perdiéndose en lo indeterminado apenas avance unos pasos. El horizonte del *latín* se extiende, por el contrario, muy lejos, a través de los siglos más recientes, hasta la Edad Media y la Antigüedad. El griego y también el sánscrito amplían, por cierto, aún más el horizonte de manera considerable.

Quien no entiende *latín* pertenece a la muchedumbre, incluso aunque se trate de un virtuoso de una máquina eléctrica y tuviese el radical del ácido fluorhídrico en una probeta.

251

Se puede decir que el ser humano se ha otorgado a sí mismo la *voluntad*, pues aquella es él mismo: pero el *intelecto* es un don que ha recibido del cielo — es decir, del destino eterno y misterioso en el cual impera la necesidad; destino este que se muestra como un mero instrumento de esta, su madre.

252

La perfecta satisfacción, la calma final, el estado auténtico y deseable se nos representa siempre solo en imágenes, en una *obra de arte*, en un poema o en la música. De este hecho se podría extraer la esperanza de que realmente existen en algún lugar.

253

En el *presente* no reconocemos fácilmente *lo significativo* de los acontecimientos y de las personas: solo cuando ambos, acontecimientos y personas, forman parte ya del pasado surgen realzadas con toda su significación en el recuerdo, en las narraciones, en las representaciones.

254

La fuerza vital utiliza y hace uso de las fuerzas de la naturaleza inorgánica, pero no *consiste* en estas; como tampoco el herrero consiste en un martillo ni en un yunque. De ahí que nunca podrá ser explicada la más simple vida vegetal mediante, por ejemplo, la fuerza de los capilares y de la endósmosis, ni mucho menos el mundo animal.

255

Cuando el budista define el *nirvana* como la nada quiere decir que en el *samsara* no hay una sola gota de bondad, esto es, que no contiene ni un solo elemento que pudiera servir como aclaración o construcción del nirvana.

256

La *misantrópía* y el amor hacia la soledad son conceptos intercambiables.

257

Uno puede tener el juicio más acertado y más convincente acerca de todas las cosas, no así en lo que respecta a sus propios asuntos, ya que en este caso la voluntad distorsiona inmediatamente los conceptos que ofrece al intelecto. De ahí que, en lo que respecta a los propios asuntos, uno deba dejarse aconsejar; por la misma razón que un médico cura a cualquier persona, pero no a sí mismo, sino que llama a un colega.

258

Esto es el *samsara* y toda cosa existente lo anuncia; pero aún más el mundo humano, como aquel en el cual predominan moralmente la maldad y la infamia; intelectualmente la ineptitud y la necedad, y todo ello en proporciones aterradoras. No obstante, surgen en el mundo, aunque de forma esporádica, pero con frecuencia de forma sorprendente, muestras de honradez, de bondad, incluso de nobleza, así como de un gran entendimiento, de un ingenio reflexivo, incluso de genialidad. Nunca llegan a disiparse del todo: dichas muestras nos iluminan, como únicos puntos brillantes de la gran masa oscura. Debemos considerarlas como una prenda que introduce un principio bueno y redentor en este *samsara*; una prenda que nos traerá la ruptura y podrá colmar y liberar el Todo.

259

La *unidad de la acción* ha sido entendida en el teatro francés de tal manera que el desarrollo dramático se asemeja a una línea geométrica sin extensión; lo que muy a menudo significa: «¡Solo hacia delante! *Pensez à votre affaire!*» [«¡Pensad solo en vuestras cosas!»] y el asunto queda totalmente despachado sin detenerse en tonterías que no le pertenecen y sin mirar hacia la derecha o la izquierda.

El teatro de Shakespeare se asemeja, por el contrario, a una línea que, además, tiene extensión: se toma su tiempo, *exspatiatur*: se suceden conversaciones, incluso escenas completas que no propician la acción y que no vienen al caso, pero a través de las cuales conocemos más de cerca a los personajes que actúan y sus circunstancias, con lo cual entendemos también mejor la acción. Esta es la cuestión principal, aunque no debemos olvidar que, después de todo y en última instancia, no se pretenda otra cosa que la representación de la existencia y de la esencia humanas.

260

Cuanto menos piensa uno, tanto más lo curioseá todo: el mirar sustituye, en su caso, al pensar.

261

La oposición que da lugar a la suposición de que existan dos sustancias profundamente diferentes como lo son *el cuerpo y el alma* es en realidad la misma que da lugar a *lo objetivo y lo subjetivo*: si el ser humano se percibe a sí mismo en la contemplación exterior como algo *objetivo*, entonces ve a un ser en su extensión espacial y absolutamente corpóreo; si, por el contrario, se percibe a sí mismo en la mera conciencia de sí, esto es, en una forma puramente *subjetiva*, entonces ve meramente a un ser que desea y que se representa cosas, libre de toda forma de contemplación y libre también de cada una de las propiedades características del cuerpo. Que ambos aspectos son la misma cosa contemplada desde dos caras diferentes ya lo dijo *Spinoza*.

262

Una *ley natural* no es otra cosa que un hecho generalizado. Un conocimiento completo de todas las leyes naturales constituiría, por consiguiente, un mero registro

compilatorio de todos los hechos. El conocimiento de las leyes naturales tiene más importancia para la práctica, para la cual resulta esencial servirse de las fuerzas naturales, que para la teoría, donde plantea más preguntas que soluciones.

263

La mirada de la inteligencia, incluso de la más refinada, es diferente de la mirada de la *genialidad*, pues aquella lleva en sí la impronta de servir a la voluntad; mientras que en el caso de la genialidad se ha liberado, por el contrario, de tal servicio.

264

El *maestro Eckhard* tiene un conocimiento maravillosamente profundo y correcto. (En la *Protestantische Monatsschrift*, abril 1858, hay un buen artículo de Steffensen sobre el *maestro Eckhard*). El maestro Eckhard tuvo su auge en 1307 en Erfurt, siendo mayor que *Tauler*, quien le cita, refiriéndose a él. Aproximadamente un tercio de lo publicado por Pfeiffer se encuentra en las ediciones más antiguas de Tauler, adjuntadas en el epílogo, y que fue omitido en las posteriores ediciones. Steffensen cita como los mejores sermones los números 56 y 87. Como muestra de las opiniones de Eckhard cita un pasaje muy bello de aproximadamente cinco páginas, cuya gran parte está tomada de un sermón. Solo que la referencia a ese sermón ha sido, desgraciadamente, en vano, ya que como consecuencia de su educación, la mitología cristiana se ha convertido totalmente en una idea fija para él y ahora, para conciliar esta mitología cristiana con su propio conocimiento o, al menos, para hablar su lenguaje, está en continua lucha con dios, con las tres personas de la Trinidad y con la santa Virgen, a los cuales considera, sin embargo, solo desde un punto de vista alegórico. Lucha en la cual dios le concede, en un momento dado y con sus propias manos, el llegar a convertirse en dios mismo. En este punto llega tan lejos que casi raya en lo ridículo: por ejemplo, en la página 465, va una devota penitente a su confesor para decirle: «Señor, alegraos conmigo, pues me he convertido en dios». Aquí surge un discurso difícilmente comprensible y, en ocasiones, incluso contradictorio. El *maestro Eckhard* usa a todas luces la mitología cristiana solo como un lenguaje figurado o jeroglíficos, a partir de los cuales él deduce otras cosas completamente diferentes a las que están ahí realmente. Debido a ello concibe el cristianismo de forma *alegórica*, casi como lo hicieron los neoplatónicos con las religiones paganas, y su enseñanza resulta profundamente diferente del cristianismo bíblico.

Tiene que ver todo ello con el hecho de que ha escrito mucho y como no ha

sabido expresarlo de un modo claro y conciso, de ahí resulta que continuamente esté recomenzando todo y se repita sin cesar.

Buda, Eckhard y yo enseñamos esencialmente lo mismo; Eckhard en las ataduras de su mitología cristiana. En el *budismo* se hallan los mismos pensamientos, pero sin haber sido corrompidos por dicha mitología y, por lo tanto, de una forma sencilla y clara, hasta donde una religión pueda ser clara. Yo lo expreso de una forma totalmente diáfana.

Si consideramos el asunto en profundidad resulta evidente que el *maestro Eckhard* y Shakia Muni enseñan lo mismo, solo que aquel, al contrario de este, no se permite manifestar de forma abierta sus pensamientos, menos aún *puede* expresarlos; sino que precisa traducirlos en la lengua y la mitología del cristianismo, con lo cual se le presentan grandes dificultades y molestias y su lector se topa también con dificultades de comprensión, pues el maestro Eckhard dice lo que no piensa y lo que piensa no lo dice. De ahí que la cita antepuesta a la edición de Pfeiffer de un código afirme: «Un ser humano —se quejaba alguien al maestro Eckhard— no puede entender sus sermones». La *Theologia Deutsch* se halla libre, por el contrario, de gran parte de estos errores. Aun así Eckhard es, con todo, el mejor de los tres.

265

El realizado *materialismo* consiste en el intento de explicarnos lo dado de forma inmediata a través de lo dado de forma mediata. Todo lo objetivo, lo extenso, lo que causa efecto en lo demás, es decir, todo lo material, aquello que consideráis un sólido fundamento de todas las explicaciones, se ve reducido de tal forma, especialmente cuando se ve suministrado en forma de ataque y contraataque que no deja espacio para desear nada. Todo eso, digo, es solo dado de forma extremadamente mediata y, por lo tanto, solo relativamente existente, pues ha pasado a través de la maquinaria y la fabricación del cerebro, y después ha sido absorbido por las formas de espacio y tiempo y por la causalidad, por lo cual se presenta primeramente como extenso en el espacio y actuante en el tiempo. De algo *así* dado queréis, pues, explicar lo dado de forma inmediata; queréis explicar de este modo la representación (en la cual todo aquello está ahí) e, incluso, la voluntad, cuando resulta más bien lo contrario: que todas aquellas fuerzas fundamentales siguen la directriz marcada por las causas y, por esta razón, se exteriorizan conforme a la ley y se explican precisamente por la voluntad.

266

Por lo visto le dan estos *panteístas* el nombre de *dios* al *samsara*. Este mismo nombre se lo dan los místicos, por el contrario, al *nirvana*. De este cuentan, sin embargo, más de lo que realmente pueden saber, cosa que no hacen los *budistas*, de ahí que su nirvana sea precisamente una nada relativa. La sinagoga, la iglesia y el islam utilizan la palabra dios en su sentido propio y correcto. Si entre los *teístas* hay algunos que, bajo el nombre de dios, pretenden entender el *nirvana*, no vamos a discutir con ellos por un nombre. Los *místicos* son los que sí parecen entenderlo así. *Re intellecta, in verbis simus fáciles* [Si nos hemos entendido en lo principal, no vamos a poner trabas con las palabras].

267

En la *República de los Ilustrados* sucede en general como en la República de México, donde todo el mundo piensa en su *propio* beneficio, buscando fama y poder *para sí mismo* y despreocupándose por completo del todo, que es por lo que deberían, en realidad, preocuparse. De igual modo cada uno busca en la República de los Ilustrados hacerse valer para alcanzar prestigio: lo único en lo que todos coinciden es en lo siguiente: cuando una cabeza realmente inminente desea asomarse, no le dejan paso, pues podría ponerles en peligro a todos al mismo tiempo. Cómo le irá a las ciencias en estas circunstancias es fácil de adivinar.

268

En las *iglesias protestantes* el objeto que más salta a la vista es el *púlpito*; en las *católicas* es *el altar*. Esto simboliza que el protestantismo se dirige primero al entendimiento y el catolicismo a la fe.

269

Los *profesores de filosofía* deben aprender a comprender que la filosofía tiene otra finalidad que la de completar la educación de los futuros profesores, pastores y médicos de familia.

270

La vida de la «*actualidad*» es una gran *galopada*: en la literatura se manifiesta como

extrema futilidad y desaliño.

271

El Dr. Sederholm, párroco de Moscú que habla sueco, dice que «*seelig*» no proviene de *Seele*, sino de la palabra sueca *sal*, que significa abundancia, majestuosidad, felicidad (pero no en sentido teológico) y que dicha palabra aparece en alemán solamente en otras palabras derivadas de aquella: *Schicksal*, *Trübsal*, etc. Es decir, que se debe escribir *sälig* en lugar de *seelig*^[60].

272

La muerte anula el engaño que separa nuestra conciencia de la del resto. En esto consiste la *perpetuidad*.

273

hē alazoneia tēs hedonēs [La altanería del placer]

El engaño que nos tiene reservado las veleidades eróticas puede compararse a las estatuas que, como consecuencia de su lugar de posición, están realizadas para ser contempladas solo por delante y causar así un buen efecto; mientras que ofrecen una perspectiva no tan bella cuando son contempladas por detrás. Algo análogo sucede con el enamoramiento: mientras estamos con el amado y lo tenemos al alcance resulta el paraíso de las delicias, pero cuando ya ha transcurrido el enamoramiento y es, por lo tanto, contemplado desde la distancia, se muestra como algo exiguo e insignificante, cuando no totalmente repugnante.

274

Aquello que se sabe posee un doble valor si se reconoce al mismo tiempo lo que *no se sabe*. Pues de este modo estará uno libre de la sospecha de fingir saber lo que no sabe, como hacen por ejemplo los seguidores de Schelling, que simulan saber también aquello que no saben.

275

Los seres humanos son como el mecanismo de un reloj: se les da cuerda y marchan, sin saber por qué.

276

La putrefacción es la descomposición de un cuerpo orgánico, en primer lugar, de sus elementos químicos *más cercanos*. La omnipresente voluntad de vivir puede adueñarse de estos elementos, ya que son, más o menos, los mismos en todos los cuerpos vivos, para engendrar a partir de ellos y mediante la *generatio aequivoca* [concepción primaria] nuevos seres, los cuales resultan entonces moldeados de forma conveniente y generados a partir de ellos, como el pollito lo está a partir de los fluidos del huevo: pero si no llega a suceder esto, entonces serán descompuestos en los elementos *más alejados*, los cuales constituyen la materia prima química y se verán absorbidos por el gran ciclo del mundo.

277

La tan intrincada, confusa, pero prominente *mitología del cristianismo*, acompañada de la reconciliación y muerte de *Cristo*, la *elección mediante la gracia*, la justificación a través de la fe, etc., es la hija de dos padres muy heterogéneos: dicha mitología surge, a saber, del conflicto entre la verdad *sentida* y el presente monoteísmo judío, el cual se opone esencialmente a dicha verdad.

De ahí el contraste entre los pasajes *morales* del Nuevo Testamento que son magníficos, solo aproximadamente 10 o 15 páginas del mismo lo son, y todo el resto del Nuevo Testamento, el cual consiste en una inaudita barroca y retorcida metafísica creada contra todo sentido común y próxima a los cuentos de hadas.

Mi filosofía ha explicado y articulado claramente aquella verdad *sentida*; de ahí el entusiasmo que muchos muestran hacia ella.

278

Lo realmente *esencial de mundo*, de las cosas, de los seres humanos es siempre uno y lo mismo, algo persistente e insistente en el *Nunc stans* [en el presente continuo], algo fijo e inamovible: el cambio de los fenómenos y de los acontecimientos es una mera consecuencia de nuestra concepción de dicho cambio mediante nuestra forma

de intuición del tiempo.

279

Hay *dos historias: la de la política y la de la literatura* y el arte. Aquella es la de la *voluntad*, esta la del *intelecto*. De ahí que aquella resulte sin excepción angustiada, incluso terrible: miedos, necesidades, engaños y asesinatos horribles, en grandes cantidades. La otra, por el contrario, resulta por doquier amable y alegre, como lo es el intelecto aislado, incluso allí donde retrata caminos equivocados. Su principal rama la constituye la Historia de la Filosofía. A decir verdad, esta resulta su fundamento, el cual resuena incluso en las otras Historias, y también en ellas, como fundamento de las mismas que es, dirige la opinión: esta domina, sin embargo, el mundo. De ahí que sea la filosofía, en el fondo y bien entendido, también el poder material más imponente, cuyo efecto se deja sentir, no obstante, muy lentamente.

280

La correcta escala *para juzgar a cada ser humano* es que se trata propiamente de un ser que no debería existir en absoluto, sino que está purgando su existencia a través de sufrimientos varios y de la muerte: ¿qué se puede esperar de tal ser? ¿No somos, pues, todos unos pecadores sentenciados a muerte? Esto es lo que también nos muestra el *pecado original* de una forma alegórica.

281

Hay una cantidad de seres de dos y de cuatro patas que no consisten en otra cosa que en *existir*.

282

Que se da poca sinceridad entre los *escritores* resulta evidente a través de la falta de conciencia con la cual falsifican sus citas con escritos ajenos. Encuentro pasajes citados de mis escritos completamente falsificados y solo mis simpatizantes constituyen aquí la excepción. Sucede a menudo que la falsificación se produce por negligencia, en tanto que sus expresiones y giros triviales y banales se encuentran ya en la pluma y las escriben por costumbre; otras veces sucede por ser un entrometido y

pretender mejorarme. Pero lo más frecuente es que suceda por mala intención y, entonces, se trata de una infamia escandalosa y de una canallada equiparable a la falsa moneda, que le arrebatada de una vez para siempre a su artífice el carácter de hombre sincero.

283

El *sufrimiento del mundo animal* se justifica solamente por el hecho de la voluntad de vivir, porque fuera de esta, en el mundo del fenómeno, no existe otra cosa y porque es una voluntad hambrienta, debe *alimentarse de su propia carne*. De ahí la cadena sucesoria de los fenómenos, según la cual cada uno vive a expensas del otro.

284

Los *poemas* no pueden ser *traducidos*, sino solo recreados en otro idioma, lo cual resulta siempre algo fastidioso.

285

La *Edad Media* es la superstición encarnada (personificada).

286

La *inteligencia* significa exclusivamente el existente *entendimiento* al servicio de la voluntad.

287

Durante 1.800 años *la religión* ha colocado un bozal a la *razón*. La tarea de los profesores de filosofía consiste en hacer pasar la *mitología judía* como si fuese filosofía.

288

A la naturaleza le preocupa solo nuestra *existencia*, no nuestro *bienestar*.

289

La vida humana no debería medirse, en realidad, en términos de larga o breve, porque ella constituye, en el fondo, la medida a partir de la cual evaluamos todos los demás periodos temporales.

290

Aquello que los *franceses* denominan en sentido guerrero *gloire* [fama] debe ser entendido como un sinónimo de *butin* [botín]. Voltaire dice: *dans toutes les guerres il ne s'agit que de voler*. [En todas las guerras no se trata de otra cosa sino de robar]^[61]. Él era francés.

291

Que las cabezas limitadas se hallen tan expuestas al *aburrimiento* proviene del hecho de que su intelecto no es absolutamente otra cosa que el *medio que sirve a los motivos* de la voluntad. Ahora bien, si no se dan tales motivos de forma evidente, entonces la voluntad descansa y lo festeja el intelecto; ya que este, al igual que aquella, no se pone en movimiento por propia decisión y el resultado es un terrible estancamiento de todas las fuerzas en el ser humano: el aburrimiento. Para afrontarlo se le suministran a la voluntad pequeños motivos meramente provisionales para estimularla y, con ello, de paso, también al intelecto, el cual tiene que asimilar estos motivos, transformándolos en actividad: estos, los pequeños motivos pasajeros, se comportan, pues, con respecto a los motivos reales y naturales, como los billetes de papel lo hacen con la plata, dado que su validez es supuesta de forma arbitraria. Tales motivos son, ahora bien, *los juegos* (de cartas, etc.), los cuales han sido inventados para dicha finalidad. A falta de estos juegos, se ayuda a sí mismo el hombre limitado mediante cencerros y tambores, mediante todo aquello que tenga a mano. También el cigarro constituye para él un sucedáneo bienvenido de los pensamientos.

292

Cada *día supone una pequeña vida*. Cada despertar y levantarse es un pequeño nacimiento, cada fresca mañana una pequeña juventud y cada irse a la cama y dormir una pequeña muerte.

293

Die Welt als Wille und Vorstellung, 3.^a edición, volumen II, página 734 o página 699.

Si no perdemos de vista, páginas 734-736, esta expuesta y esencial *inmanencia de nuestro —y de cada uno— conocimiento*, el cual emerge como algo secundario, surgido para el mero servicio a la voluntad, entonces nos resultará comprensible que todos los místicos de todas las religiones alcancen finalmente una especie de *éxtasis* en el cual toda forma de conocimiento, junto con sus formas elementales *objeto y sujeto*, cesa completamente; y solo cuando se han situado en ese más allá de todo conocimiento, aseguran haber alcanzado su más supremo objetivo, en tanto que han llegado a un punto en el que ya no existe ni sujeto ni objeto, ni ninguna forma de conocimiento, precisamente porque ya no existe la voluntad, a cuyo servicio estaba el conocimiento y en eso consistía su única determinación.

Quien ha comprendido esto bien ya no encontrará tan estupendo que los faquires se sienten y, mirando hacia la punta de su nariz, intenten anular todo pensamiento y representación y que, en algunos pasajes del Upanisad se den instrucciones para que, bajo la sosegada e interiorizada recitación del misterioso «Om», se sumerjan en la propia interioridad, donde sujeto y objeto y toda clase de conocimiento se suprimen.

294

Si contemplo cualquier objeto, por ejemplo un panorama, pienso para mí que si en ese momento me cortaran la cabeza, entonces sé que el objeto permanecería ahí invariable e imperturbable: esto implica en el más profundo fundamento, sin embargo, que también yo existiría todavía de ese modo. Este pensamiento iluminará a pocos, pero para esos pocos ha sido dicho.

295

Lleno de indignación por la mutilación escandalosa de la lengua alemana, la cual es practicada desde hace una serie de años por las manos de varios miles de pésimos

escritores y hombres sin juicio, con tanto celo como desatino y de una forma metódica y *con amore* [con amor], me veo obligado a realizar la siguiente aclaración: maldigo a todo aquel que en las futuras ediciones de mis obras cambie sustancialmente cualquier cosa en ellas, ya sea un periodo, o una palabra, una sílaba, una letra o un signo de puntuación.

Ya he indicado desde hace tiempo la exigencia de que, para alcanzar una comprensión profunda de mi filosofía, se debe haber leído cada una de las líneas de mis pocas obras. A esta exigencia le sale al encuentro ahora la presente edición completa, expuesta de una forma agradable, de modo que su dueño encuentre fácilmente todos los escritos allí reunidos y pueda leerlos en su orden conveniente. Este orden es el siguiente: 1) *vierfache Wurzel*, 2) *Welt als Wille und Vorstellung*, 3) *Wille in der Natur* 4) *Ethik*, 5) *Parerga*. La *Farbenlehre* va aparte.

296

En *Siècle*, 10 abril de 1859, y posteriormente en el *Journal du Magnétisme* de Dupotet, del 25 de mayo de 1859, aparece la historia, descrita de manera muy bella, de una pequeña ardilla atraída *deforma mágica* por una *serpiente* hasta sus fauces.

Esta historia resulta importante no solo como una mera referencia mágica, sino también como argumento para el pesimismo: que un animal sea atacado y devorado por otro es grave, uno puede, sin embargo, tranquilizarse sobre ello; pero que una pobre e inocente ardilla, sentada junto a su nido con sus cachorros, se vea obligada, paso a paso, vacilando, luchando consigo misma y gimiendo, a dirigirse directamente a las fauces ampliamente abiertas de la serpiente y arrojarse de forma consciente en ellas, esto resulta indignante y clama al cielo, pues uno siente, entonces, que Aristóteles afirmase con toda razón: *hē physis daimonia men esti, ou de theia* [«(Toda) la naturaleza está realmente llena de semidioses, pero no es del todo divina», *De divinatione per somnum*, II, 463b, 14]. ¡Qué espantosa naturaleza es esta a la que pertenecemos!

297

Para asegurarse la *atención* permanente y la *participación* del público se debe o bien escribir algo que posea un valor duradero, o bien escribir siempre algo nuevo, lo cual resultará, por eso mismo, siempre peor.

Si quiero por un momento alcanzar el último escalón,
Entonces debo escribir cada sermón.
Sic fere [más o menos], Tieck.

298

Aquella existencia, la cual permanece ajena a la *muerte* del individuo, no posee la forma ni del tiempo ni del espacio: pero para nosotros todo lo real se nos manifiesta, sin embargo, bajo esta forma, de ahí que la muerte se nos presente también como aniquilamiento.

Pues el cese de *las funciones animales* es el sueño; la de las *orgánicas*, la muerte.

Solo hay *un presente* y es para siempre, pues constituye la única forma de la existencia real. Se debe llegar a eso, a comprender que el *pasado, por sí mismo*, no resulta diferente del presente, sino solamente en nuestra aprehensión que, como tal, es la forma que adopta *el tiempo* en virtud de la cual lo presente se nos manifiesta como algo diferente del pasado. Para transmitir esta comprensión pensemos en todos los *acontecimientos y escenas de la vida humana*, buenas y malas, felices y desgraciadas, gratas y espantosas, tal y como se nos representan sucesivamente en una colorida diversidad y alternancia a lo largo del tiempo y en diferentes lugares, como si estuviesen allí *desde siempre*, en *Nunc stans* [en un presente invariable], mientras que solo de forma aparente ora parece esto, ora lo otro; entonces se comprenderá realmente lo que significa la objetivación de la voluntad de vivir. También nuestra complacencia por los cuadros que muestran situaciones cotidianas estriba principalmente en que fija las escenas fugaces de la vida. El dogma de la metempsicosis [transmigración de las almas] nació del sentimiento de la verdad pronunciada.

La *vulgaridad* consiste básicamente en lo siguiente: en la conciencia prevalece en absoluto el querer sobre el conocer, con lo cual se llega hasta el punto de que el conocer está ahí solo para entrar al servicio de la voluntad; por consiguiente, cuando este servicio no tiene lugar, es decir, cuando no se halla ningún motivo, grande o pequeño, para que el conocer actúe, este cesa por completo, produciéndose un vacío de pensamientos. Ahora bien, un querer carente de conocimiento es lo más infame que puede haber: cada tronco de madera lo tiene y lo muestra, al menos, cuando cae. De ahí que aquella situación constituya la vulgaridad. En la misma situación permanecen los instrumentos de los sentidos y la escasa actuación de la facultad de comprender, la cual requiere de una mayor actividad para la aprehensión de los datos. Como consecuencia de ello el hombre vulgar está expuesto constantemente a todas las impresiones, esto es, percibiendo a cada instante todo aquello que sucede a su alrededor, de tal forma que el más leve ruido, incluso el más insignificante percance, le llama la atención enseguida, como a los animales. Esta situación se deja ver en su

rostro y en toda su presencia física, dotándole de un aspecto vulgar, cuya impresión resulta aún más repugnante cuando, como sucede en la mayoría de los casos, la conciencia se halla dominada solo por una voluntad vil, egoísta y absolutamente malvada.

302

Cada cosa tiene *dos propiedades*: aquellas que pueden ser conocidas *a priori* y aquellas que pueden ser conocidas *a posteriori*. Las primeras surgen del intelecto que las concibe; las segundas, de la esencia en sí de la cosa, la cual es aquello que, en nosotros, conocemos como la voluntad.

303

La auténtica escala para medir *la jerarquía de las inteligencias* la suministra el grado en el cual dicha escala concibe las cosas desde la mera concepción *individual* hasta una más *general*. El animal conoce solo lo particular como tal, permaneciendo así atrapado en la concepción de lo individual. Cada ser humano agrupa, sin embargo, lo individual en conceptos; en eso consiste precisamente el uso de su razón; y cuanto mayor sea la inteligencia más generales serán, a su vez, estos conceptos. Cuando esta concepción de lo general penetra ya el conocimiento *intuitivo* y no se queda en los meros conceptos, sino que tiene la capacidad de asimilar lo contemplado de una forma inmediata como algo ya general, entonces surge el conocimiento de las *ideas* (platónicas): dicho conocimiento es estético y será, si actúa por sí mismo, genial y alcanzará su máximo grado cuando se convierta en conocimiento filosófico; es decir, cuando de este modo la totalidad de la vida, de los seres y de su caducidad, del mundo y de su consistencia, destaquen, concebidos de forma intuitiva, en su auténtica condición y se impongan de esta forma como objeto de meditación para la conciencia. Es el grado más alto de la sensatez. Entre este grado y el de los animales se sitúan, pues, incontables grados, los cuales se diferencian entre sí por la menor o mayor generalización de su concepción.

304

Ellos levantan *monumentos* para la gente, monumentos con los cuales la posteridad, algún día, no sabrá qué hacer. Pero *a los ciudadanos* no les levantan ninguno.

305

El *presente* tiene dos mitades: una *objetiva* y otra *subjetiva*. La objetiva posee solo la intuición del *tiempo* como forma, y continúa, por tanto, de manera imparable; la subjetiva se asienta y permanece, por ello, siempre la misma. De ahí se originan nuestros recuerdos más vivos de un pasado remoto y la conciencia de nuestra Eternidad, a pesar de que conocemos la fugacidad de nuestra existencia.

A partir de mi frase que comienza así «*el mundo es mi representación*» se sigue primeramente que: «primero soy yo y después es el mundo». Esto se debería retener muy bien como antídoto contra la confusión entre la muerte y la aniquilación.

306

En todas las cosas ha sucedido desde siempre que la verdad ha sido percibida por individuos y que estos han encontrado su expresión en frases aisladas, hasta que yo las he recogido todas en un nexo.

307

Aquello que caracteriza a los *grandes* escritores (en el género máspreciado) así como a los artistas, y que resulta común a ambos, es que *se toman en serio su trabajo*: el resto no se lo toma en serio, ya que solo se interesan por el beneficio y la ganancia que puedan producir su trabajo y, puesto que los señores son cabezas muy mediocres, no quieren que existan otras cabezas que no sean como las suyas.

308

Todo el mundo piensa que su esencia más íntima es algo que contiene *el presente* y que porta a este siempre consigo.

309

Todas las *ciencias naturales* se hallan sujetas a la desventaja inevitable de interpretar la naturaleza exclusivamente desde su lado *objetivo*, despreocupándose del lado *subjetivo*. En este se encuentra, sin embargo, necesariamente lo principal: este lado subjetivo le corresponde a la filosofía.

310

Que muy pronto los gusanos devorarán mi cuerpo, es un pensamiento que puedo soportar; pero que los profesores de filosofía devoren mi filosofía, ¡eso me hace estremecer!

311

Los seres humanos son, desde el punto de vista intelectual, miserables: por eso no pueden ni quieren tolerar ninguna superioridad. «Que lo soporte el diablo», dijeron todos los grandes ingenios y permanecieron solos.

312

La *muerte* dice: eres el producto de un acto que no debió suceder, de ahí que debas morir para borrarlo.

313

Los *animales*, seres conscientes que comparten la misteriosa existencia con nosotros.

314

Contra los *méritos* hay dos formas de comportarse: o bien tener alguno o bien no permitir que nadie tenga ninguno.

315

Si uno reflexiona realmente se dará cuenta de que *todo aquello que parece* no era en realidad verdadero.

316

Proemium in opera omnia [Prefacio a las obras completas].

Alicubi [en algún lugar].

Los profesores de filosofía me tratan con un frío desprecio bajo el cual se oculta, sin embargo, un odio visceral al que, lejos de merecerlo, se me impulsa constantemente.

Creo que tengo derecho al título de honor de un *oligográfico*, pues estos cinco volúmenes contienen todo lo que he escrito y representan todo el rendimiento de mis 73 años de vida. La causa de ello es que yo quería estar seguro de la continua atención de mis lectores sin excepción y me he puesto a escribir, por tanto, solo cuando tenía algo que decir. Si esta máxima estuviera generalizada se reducirían considerablemente las obras literarias.

317

Lo esencial, de lo que todo depende, son los *acontecimientos en la vida* de todo ser humano; pero, al principio, lo que cuentan son esos seres humanos mismos que se manifiestan como *eidōla kai kouphai skiai* [«quimeras y sombras fugaces»; Sófocles, *Ajax*, vv. 125-126]. La *maquinaria* con la cual se pone en marcha todo esto es el *destino*, el *fatum*, con su instrumento que es la necesidad, esto es, la cadena causal.

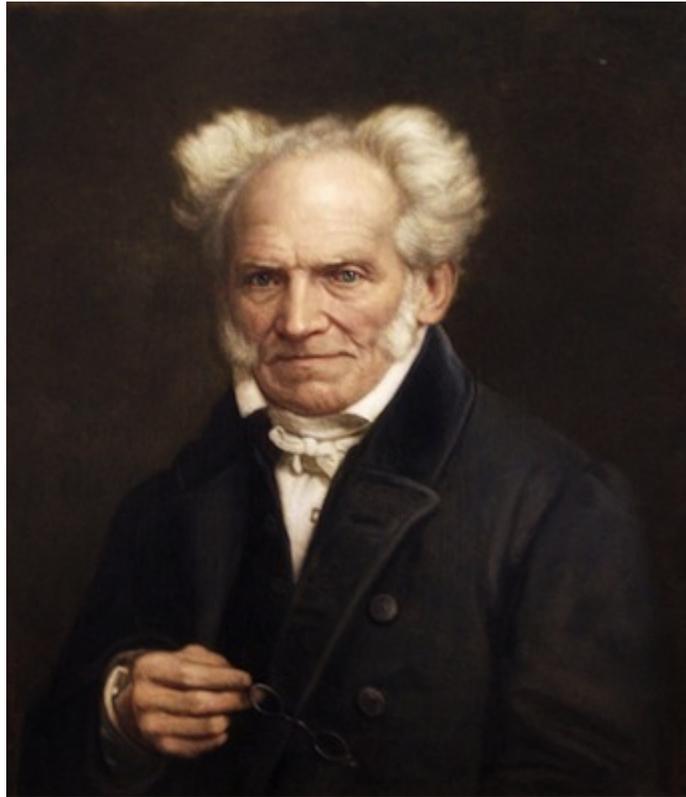
318

Una utilidad principal del *estudio de los antiguos* es que nos previene de la *verborrea*, en tanto que los antiguos se esforzaban constantemente por escribir de una forma concisa y significativa; pues el error de casi todos los modernos consiste en la verborrea, mientras que los aún más modernos tratan de enmendarlo suprimiendo sílabas y letras para contrarrestar dicha verborrea. De ahí que se deba continuar a lo largo de toda la vida con el estudio de los antiguos, aunque limitando el tiempo dedicado a ello.

Los antiguos saben que no se debe escribir como se habla; los más modernos tienen, por el contrario, incluso la desvergüenza de dar a imprimir el contenido de sus clases.

319

El *mundo es*, y es tal y como nos lo muestra la figura: solo deseo saber quién se beneficia de eso.



ARTHUR SCHOPENHAUER. Danzig (República de las Dos Naciones), 1788 - Fráncfort del Meno (Reino de Prusia), 1860. Filósofo alemán conocido por su filosofía del pesimismo.

Nacido en Danzig (actual Gdansk, Polonia), Schopenhauer estudió en las universidades de Gotinga, Berlín y Jena. Se instaló en Fráncfort del Meno donde llevó una vida solitaria y se volcó en el estudio de las filosofías budista e hinduista y en el misticismo. También estuvo influenciado por las ideas del teólogo dominico, místico y filósofo ecléctico alemán Meister Eckhart, del teósofo y místico alemán Jakob Boehme, y de los eruditos del Renacimiento y la Ilustración. En su obra principal, *El mundo como voluntad y representación* (1819), expone los elementos éticos y metafísicos dominantes de su filosofía atea y pesimista. Schopenhauer, en desacuerdo con la escuela del idealismo, se opuso con dureza a las ideas del filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel, que creía en la naturaleza espiritual de toda realidad. En su lugar, Schopenhauer aceptaba, con algunas reservas, la teoría del filósofo alemán Immanuel Kant, de que los fenómenos existen solo en la medida en que la mente los percibe como representaciones. Sin embargo, no estaba de acuerdo con este en que la «cosa-en-sí» (*Ding an sich*), o realidad última, exista más allá de la experiencia. La identificaba por su parte con la voluntad experimentada. No obstante, la voluntad no está limitada a una acción voluntaria previsible, sino que toda actividad experimentada por la personalidad es voluntad, incluidas las funciones fisiológicas inconscientes. Esta voluntad es la naturaleza innata que cada ser experimenta y adopta en el tiempo y el espacio como apariencia del cuerpo, que es

así su representación. Partiendo del principio de que la voluntad es la naturaleza innata de su propio cuerpo, como una apariencia en el tiempo y en el espacio, Schopenhauer llegó a la conclusión de que la realidad innata de todas las apariencias materiales es la voluntad; y que la realidad última es una voluntad universal. Para Schopenhauer la tragedia de la vida surge de la naturaleza de la voluntad, que incita al individuo sin cesar hacia la consecución de metas sucesivas, ninguna de las cuales puede proporcionar satisfacción permanente a la actividad infinita de la fuerza de la vida o voluntad. Así, la voluntad lleva a la persona al dolor y a un ciclo sin fin de nacimiento, muerte y renacimiento. Solo se puede poner fin a esto a través de una actitud de renuncia, en la que la razón gobierne la voluntad hasta el punto en que esta cese. Esta filosofía influyó también su concepción del origen de la vida, partiendo de una idea de la naturaleza como conciencia impulsora.

Mostró una fuerte influencia budista en su metafísica y un logrado sincretismo de ideas budistas y cristianas en sus reflexiones éticas. Desde el punto de vista epistemológico, las ideas de Schopenhauer pertenecen a la escuela de la fenomenología. Famoso por su misoginia, aplicó sus ideas también a la actividad sexual humana, para afirmar que los individuos se unen no por un sentimiento de amor, sino por los impulsos irracionales de la voluntad.

Huellas de la filosofía de Schopenhauer pueden distinguirse en las primeras obras del filósofo y poeta alemán Friedrich Nietzsche, en las óperas del compositor alemán Richard Wagner y en muchos de los trabajos filosóficos y artísticos del siglo XX.

Notas

[1] Véase A. Schopenhauer, *Sämtliche Werke*, hg. von A. Hübscher, Bd. I, pág. 121. Para los datos bibliográficos completos de las obras citadas, véase la lista de las ediciones utilizadas, pág. 35. <<

[2] A. Schopenhauer, *Gespräche*, pág. 22. <<

[3] En esta misma colección: *El mundo como voluntad y representación*, Madrid: Alianza, 2010. (N. del E.). <<

[4] A. Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung*, en *Sämtliche Werke*, hg. von A. Hübscher, Bd. III, pág. 271, 403. <<

[5] A. Schopenhauer, *Gespräche*, pág. 306. <<

[6] En esta colección: *Sobre la libertad de la voluntad*, Madrid: Alianza, 2001. (N. del E.). <<

[7] En esta colección: *Aforismos sobre el arte de vivir*, Madrid: Alianza, 2009. <<

[8] *Rivista contemporanea* 15 (1858), págs. 369-408, reimpresa en *Jahrbuch der Schopenhauer-Gesellschaft* 14 (1927), págs. 131-176, con la traducción alemana en el anexo (págs. 177-215); y después en Francesco De Sanctis, *Saggi critici*, editado por Luigi Russo, vol. II, Bari: Laterza, 1952, págs. 115-160. <<

[9] A. Schopenhauer, *Gesammelte Briefe*, pág. 477. <<

[10] A. Schopenhauer, *Gespräche*, pág. 225. <<

[11] Véase A. Schopenhauer, *Über den Willen in der Natur*, en: *Sämtliche Werke*, hg. von A. Hübscher, Bd. IV, pág. 12. <<

[12] Véase Juliusz Domanski, *La philosophie, théorie ou manière de vivre?*, París/Friburgo: Cerf/Éditions Universitaires de Friburgo, 1966, quien recoge el pensamiento fundamental de Pierre Hadot en: *Exercices spirituels et philosophie antique*, París: Études augustiniennes, 1987; *Qu'est-ce que la philosophie antique?*, París: Gallimard, 1995; *La philosophie comme manière de vivre*, París: Albin Michel, 1995. <<

[13] Véase Pierre Courcelle, *Connais-toi toi-même. De Socrate à Saint Bernard*, tres volúmenes, París: Études augustiniennes, 1974-1975. <<

[14] Immanuel Kant, *Vorlesungen über Metaphysik und Rationaltheologie*, en *Gesammelte Schriften*, 3 Bde., Berlín: de Gruyter, 1968-1972, volumen II, 1970, pág. 534. <<

[15] Véase Lucien Braun, *Iconographie et philosophie*, dos volúmenes, Estrasburgo: Éditions universitaires de Estrasburgo, 1994-1996. <<

[16] Para una historia del problema véase Georges Minois, *Histoire de la vieillesse en Occident de l'Antiquité à la Renaissance*, París: Fayard, 1987; Jean-Pierre Bois, *Les vieux: de Montaigne aux premières retraites*, París: Fayard, 1989; Humberto Mattioli, *Senectus. La vecchiaia nel mondo classico*, dos volúmenes, Bolonia: Patron, 1995; Pat Thane (ed.), *The Long History of Old Age*, Londres: Thames & Hudson, 2005; Ursula M. Staudinger y Heiz Häfner (hg.), *Was ist Alter(n)? Neue Antworten auf eine scheinbar einfache Frage*, Heidelberg: Springer, 2008, especialmente la contribución de Wolfgang Welsch: *Neuigkeiten über das Alter?*, págs. 199-214. También interesantes son: Jean Améry, *Über das Altern. Revolte und Resignation*, Stuttgart: Klett-Cotta, 1968 y, sobre todo, Simone de Beauvoir, *La vieillesse*, París: Gallimard, 1970 [en castellano: *La vejez*, Barcelona: Edhasa, 1983]. <<

[17] Véase Platón, *Resp.*, I, 329 b-c. <<

[18] Johannes von Tepl, *Der Ackermann aus Böhmen*, cap. 20. <<

[19] A. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, Bd. I, en *Sämtliche Werke*, hg. von A. Hübscher, Bd. V, pág. 508. <<

[20] En virtud del manuscrito reconstruido en A. Schopenhauer, *Die Kunst, glücklich zu sein.* <<

[21] A. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, Bd. I, pág. 512. <<

[22] Este pasaje se encuentra solo en la edición de Eduard Grisebach: Arthur Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, Bd. I, en *Sämtliche Werke*, hg. von Eduard Grisebach, Bd. IV, pág. 539. <<

[23] A. Schopenhauer, *Parerga und Paralipomena*, Bd. I, en *Sämtliche Werke*, hg. von A. Hübscher, Bd. V., pág. 520. <<

[24] *Ibid.* Pág. 521. <<

[25] *Ibid.* Pág. 514. <<

[26] *Ibid.* Pág. 521. <<

[27] *Ibid.* Pág. 523. <<

[28] *Ibid.* <<

[29] *Ibid.* Pág. 525. <<

[30] *Ibid.* Pág. 523. <<

[31] *Ibid.* Pág. 524. <<

[32] *Ibid.* <<

[33] *Ibid.* Pág. 525. <<

[34] *Ibid.* Pág. 514. <<

[35] *Ibid.* Pág. 514/515. <<

[36] *Ibid.* Pág. 527, Sobre el concepto schopenhaueriano de la eutanasia, véase el aforismo 65 y *Die Welt als Wille und Vorstellung*, Bd. II, cap. 41. <<

[37] *Ibid.* Pág. 528. <<

[38] A. Schopenhauer, *Gesammelte Briefe*, pág. 238 (carta a Sibylle Merstens-Schaffhausen del 27 de noviembre de 1849). <<

[39] *De rerum natura graece*, hg. von A. F. W. Rudolph, Leipzig: E. B. Schwicker. 1801. <<

[40] *Dieu et les hommes*, en *Oeuvres de M. de Voltaire, Pièces détachées*, Ginebra: Cramer et Bardin, 1775, Bd I, pág. 4. Véase n.º 193 y 290. <<

[41] Véase la carta a Johann August Becker del 1 de marzo de 1858 en *Sämtliche Werke*, hg. von P. Deussen, Bd. XV: *Der Briefwechsel Arthur Schopenhauers*, Bd. II, n.º 680, pág. 624. <<

[42] Véase Voltaire, *Essai sur l'histoire générale, et sur les mœurs et l'esprit des nations, depuis Charlemagne jusqu'à nos jours*, en *Oeuvres de M. de Voltaire*, Bd. XII, Ginebra: Cramer, 1756, pág. 240. <<

[43] Véase la carta a Julius Frauenstädt del 28 de enero de 1854, en *Sämtliche Werke*, hg. von P. Deussen, Bd. XV: *Der Briefwechsel Arthur Schopenhauer*, Bd. II. n.º 409, págs. 270-275. <<

[44] En *Sämtliche Werke*, hg. von P. Deussen, Bd. IV: *Parerga und Paralipomena*, Bd. I, págs. 251-344. <<

[45] Cajus (F. H. T. Allihn), *Des Antibarbarus Logicus*, 2. verb. und sehr verm. Auflage, Theil I: *Einleitung in die allgemeine formale Logik*, Halle: R. Mühlmann, 1853. <<

[46] *Des mœurs, des coutumes, de l'industrie, des progrès de l'esprit humain dans les arts et dans les sciences*, en *Oeuvres de Frédéric le Grand*, ed. por J. D. E. Preuss, Bd. I, Berlín: Decker, 1846, pág. 262. <<

[47] *All the world's a stage,*

And all the men and women merely players.

El mundo entero es un escenario

Y hombres y mujeres meros actores.

W. Shakespeare, *Como gustéis*, II, 7, vv. 140-141. <<

[48] *Oeuvres complètes de Vauvenargues*, Bd. II: *Réflexions et Máximes*, París: Dentu, 1806, pág. 20 (n.º 127) y 85 (n.º 372). Véase M. de Cervantes, *Don Quijote*, II, 16.

<<

[49] El quilo es un líquido lechoso que interviene en el proceso de digestión y cuya función consiste en llevar a la sangre sustancias nutritivas para que esta, posteriormente, las distribuya por el cuerpo. (*N. de la T.*). <<

[50] Se hace referencia aquí al prólogo de la tercera edición de *Die Welt als Wille und Vorstellung* (*El mundo como voluntad y representación*), que debió publicarse en 1859. <<

[51] Schopenhauer se refiere a la denominada «epistula exhortatoria» del 24 de agosto de 1837 dirigida a Rosenkranz y a Schubert, ambos editores de las obras completas de Kant, en la cual les anima a que se decanten por la primera edición de la *Crítica de la razón pura* (*Kritik der reinen Vernunft*) en *Sämtliche Werke*, Bd. XIV: *Der Briefwechsel Arthur Schopenhauers*, Bd. I, págs. 472-477. Véase también la carta a Julius Frauenstädt del 29 de junio de 1855 (ibda., Bd. II, págs. 388-398): «Entonces recurre él a puras y meras *mentiras*, dando por supuesto en la pág. 12, que yo había mencionado entre los motivos de Kant su “temor a ser considerado un necio paradójico”, y que yo le había tachado de “temeroso ante la apariencia de la paradoja”; mientras que en mi carta no hay *ni una sílaba, ni una huella* de esta sugerencia y la palabra ‘paradoja’ no aparece en absoluto: así miente él... a las autoridades académicas y al público». <<

[52] J. J. Engel, *Ideen zu einer Mimik*, I und 2 Theil, Berlín: Mylius, 1785-1804. <<

[53] Véase la carta a David Asher del 12 de noviembre de 1856 y aquella a Christian Karl Josias Bunsen del 28 marzo de 1857, en *Sämtliche Werke*, hg. von P. Deussen, Bd. XV: *Der Briefwechsel Arthur Schopenhauers*, Bd. II. págs. 520-522, 562-563. <<

[54] R. S. Hardy, *A Manual of Buddhism, in its modern development*, translated from Singhalese manuscripts, Londres: Partridge and Oakey, 1853. P. V. Sangermano, *A Description of the Burmese Empire*, compiled chiefly from native documents by the reverend father Sangermano and translated from his manuscript by William Tandy, Londres: Murray and Parbury, Allen and Co., 1833. *Vindication of the Hindoos from the Aspersions of the Reverend Claudius Buchanan*, with a refutation of his arguments in favour of an ecclesiastical establishment in British India: the whole tending to evince the excellence of the moral system of the Hindoos, by a Bengal officer, Londres: Rodwell, 1808. <<

[55] Escritos no canónicos que han transmitido la leyenda de Buda. <<

[56] Véase n.º 63, nota. <<

[57] Véase J. Swift, *Travels into Several Remote Nations of the World. By Lemuel Gulliver, First a Surgeon, and then a Captain of Several Ships*, 2 vols., Londres: B. Motte, 1726. El ejemplar de Schopenhauer, publicado en 1804 en París en dos volúmenes, se ha perdido. <<

[58] Giordano Bruno, *De immenso et numerabilibus*, VIII, 10, refiriéndose a las palabras del pastor Titirus en Virgilio, *Églogas*, I, 6 («*Deus nobis haec otia fecit*»).

<<

[59] G. W. Leibniz, *Nouveaux essais*, II, I, § 6, en *Opera Philosophica, quae extant Latina, Gallica, Germanica, omnia*, hg. von J. E. Erdmann, Berlín: Eichler, 1840, pág. 223. <<

[60] «*seelig*», actualmente «*selig*» (feliz, bienaventurado, dichoso, difunto), «*Seele*» (alma), «*Trübsal*» (aflicción), «*Schicksal*» (destino). (N. de la T.). <<

[61] Véase n.º 63, nota. <<